Mía es la venganza

MARIE NDIAYE

gatopardo ediciones

MÍA ES LA VENGANZA

MARIE NDIAYE

Traducción de Palmira Feixas

gatopardo ediciones

Título original: *La vengeance m'appartient*

Copyright © Éditions Gallimard, París, 2021

© de la traducción: Palmira Feixas, 2021
© de esta edición: Gatopardo ediciones S.L.U., 2021
Rambla de Catalunya, 131, 1º-1ª
08008 Barcelona (España)
info@gatopardoediciones.es
www.gatopardoediciones.es

Primera edición: octubre de 2021

Diseño de la colección y de la cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: *Counterparts* © Brooke DiDonato (2016)
Imagen de la solapa: © Francesca Mantovani

eISBN: 978-84-123021-8-9
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La letrada Susane supo enseguida que el hombre que el 5 de enero de 2019 entró tímidamente, casi temerosamente en su despacho, ya lo había conocido mucho tiempo antes y en un lugar cuyo recuerdo se le apareció con tanta precisión, con tanta brutalidad, que fue como si le dieran un golpetazo en la frente. La cabeza se le inclinó algo hacia atrás, de manera que no pudo contestar de inmediato al saludo —un murmullo avergonzado— de su visitante, y el azoramiento entre ellos se prolongó hasta después de que la letrada Susane se hubiera contenido, lo hubiera saludado amablemente, sonriente, cordial, reconfortante, como tenía por costumbre mostrarse, en un principio, con cualquiera que fuera a visitarla a su despacho.

En dos ocasiones se frotó la frente, maquinalmente, creyendo que tenía alguna herida leve y luego sin pensar más en ello.

Cuando, por la noche, sentada en la cama, se llevara de nuevo una mano lenta y pesada a la frente antes de detener el gesto porque, en realidad, no sentía ningún dolor, recordaría bruscamente cómo le había dolido ver entrar en su despacho a aquel hombre discreto, menudo, de rostro insignificante, igual que su cuerpo.

Su asombro fue considerable: ¿por qué había experimentado sufrimiento en lugar de alegría?

¿Por qué, tras haberse reencontrado treinta y dos años más tarde con alguien que la había cautivado, se había sentido como si quisieran matarla?

La letrada Susane escuchó a Gilles Principaux durante largo rato, sin dejar de pensar en varias ocasiones: Te conozco y conozco tu historia, confundiendo así su certeza de haber intimado bastante, antaño, con aquel hombre y con lo que sabía, por haberlo leído en la prensa, de la gran desgracia que lo abrumaba.

Durante aquella conversación, él no le permitió adivinar si recordaba haberla conocido, si, tal vez, aquel recuerdo lejano había influido en su decisión de acudir a ella.

Pues ¿de qué casos importantes podía alardear la letrada Susane?

¿Qué habría llevado —se preguntaba ella— a un hombre acomodado, devastado pero lúcido, a elegirla para la defensa de su esposa, si no era, tal vez, un brumoso, supersticioso sentimiento de

lealtad a los instantes luminosos que les había regalado el destino?

Sin embargo, Principaux no dijo nada acerca de las razones de su elección, razones embrolladas y tontas.

Observó a la letrada Susane con una mirada huidiza, que fue volviéndose más rotunda a medida que contestaba a sus preguntas, y en aquella mirada clavada en su rostro la letrada Susane no logró entrever, pese a sus esfuerzos, ni la insinuación de un: Te conozco.

Como no podía preguntarle: ¿Por qué ha acudido a mí, si aquí en Burdeos no soy una abogada prestigiosa, teniendo en cuenta la gravedad del caso?, la letrada Susane le informó de que su esposa, Marlyne Principaux, imputada, debía aceptar oficialmente que ella la representara.

¿Estaba de acuerdo su esposa?

—Por supuesto —respondió él como si fuera evidente, con una expresión repentinamente tan adusta, tan antipática en sus rasgos contraídos, que por un instante la letrada Susane dudó de si tenía enfrente a aquel hombre a quien no había olvidado jamás.

—El letrado Lasserre, que hasta ahora era el abogado de mi esposa, no nos gusta ni a Marlyne ni a mí —le había dicho Principaux al llegar —. Por eso he insistido en cambiar, por el bien de Marlyne.

Cuando Principaux se levantó para marcharse, ella le preguntó si tiempo atrás había vivido en el barrio de Caudéran.

—Sí —dijo—, de joven, ¿por qué?

Entonces le sonrió y toda su cara se animó alegremente, puerilmente, dotada de repente de un encanto que la letrada Susane percibió con presteza, dado que ese mismo rostro, un minuto antes y para su viva decepción, le había parecido casi repulsivo.

Pero ¿por qué debía sentirse decepcionada de que Principaux fuera aquel de quien se acordaba o de que no tuviera nada que ver con todo eso?

Ella, desprevenida, le contestó que en su infancia había conocido a una familia de Caudéran.

No le hizo falta oír cómo exclamaba: ¡Hay muchas!, para darse cuenta de lo absurda que había sido su respuesta.

Mucha gente, en efecto, vivía en Caudéran.

¿Quién era, para ella, Gilles Principaux?

¿Cómo saberlo, cómo fiarse de esa intuición exaltante, hiriente, inquietante de que él había sido el adolescente de quien ella se había prendado para siempre, antaño, en una casa de Caudéran que hoy sería incapaz de reconocer?

La letrada Susane se sorprendió balbuciendo.

—¿Cómo se llamaba aquella familia? —le preguntó Principaux con una expresión de esperanza excitada, como si ya se regocijara por una relación que no dejaría de establecer entre esa gente y él, incluso, pensó ella, como si ya se regocijara ante la perspectiva de tener que inventarse y hacer plausible, llegado el caso, una relación entre aquella familia y él, para concederle a la letrada Susane el placer de la complicidad, de un vínculo entre ellos.

—No lo sé, bueno, ya no lo sé —susurró la letrada Susane.

Por último, retomando su tono de abogada, le dijo que quedaba a la espera de la carta de la señora Principaux con la que la designaría para su defensa.

Abrió la puerta y se apartó para dejarlo salir.

Entonces él se apoyó en el marco y, con una voz lánguida, cavernosa, murmuró:

—Solo usted puede salvarnos.

Más tarde, la letrada Susane dudaría de su memoria, ya que no lograría recordar si había dicho «salvarnos» o «salvarme».

El hombre añadió algo banal como:

—Nos va a sacar de esta pesadilla, ¿verdad?

La letrada Susane se quedó atónita.

Desde luego, comprendía perfectamente su esperanza de que los librara de los efectos de un error judicial atroz, de una equivocación espantosa.

Pero, en ese caso en particular, la pesadilla no era fruto de ninguna confusión, de ningún malentendido, sino que era la vida misma de aquel hombre, y los hechos que quebraban esa vida habían ocurrido y no tenían vuelta atrás, puesto que los muertos no iban a abandonar su sueño para nacer por segunda vez.

¿Acaso Principaux deseaba que lo despertaran?, se preguntó.

¿Realmente creía que en su vida futura una mañana clara y despejada sus hijos correrían de nuevo a su encuentro, intactos, alegres y cándidos?

¿De qué sueño exactamente quería liberarse, gracias a la letrada Susane?

Cuando aquella noche regresó a su casa, el tranvía no funcionaba a causa de la lluvia gélida.

Hasta la víspera, cuando se percataba de que los zapatos resbalaban en el pavimento helado, su primer pensamiento habría sido para Sharon.

Espero que haya podido coger el tranvía a tiempo, habría pensado la letrada Susane, a quien no le gustaba ver a su empleada del hogar

marcharse en bici una noche gélida.

Pero aquella noche no pensó en Sharon, pues estaba demasiado atareada rememorando cada detalle de la visita de Principaux, ansiosa al constatar que algunas de las palabras que él había pronunciado no se habían grabado en su memoria (¿había dicho «mi mujer» o «mi esposa»?, ¿había dicho su nombre de pila o la letrada Susane creía recordarlo porque había leído el nombre Marlyne en el periódico?), y con prisa por llegar a su casa para apuntar todo lo que tenía en la cabeza.

¿Quién era Gilles Principaux para ella?

De manera que al abrir la puerta de su casa, al descubrir el pasillo, el salón, la cocina completamente, visiblemente iluminados, sintió verdadero pavor, ya que se dijo que tal vez Sharon aún estaría allí, a pesar de que no funcionaba el tranvía y a pesar de que la letrada Susane siempre le había dicho que podía marcharse cuando quisiera, hubiera terminado o no el trabajo (tan escaso, a decir verdad).

La letrada Susane siempre le había dicho o le había dado a entender a Sharon que prefería que esta cuidara plácidamente de sus hijos, ayudándolos con los deberes o pensando sensatamente en su porvenir, a encontrársela en su casa a una hora tardía.

Me incomoda, no se atrevía a decirle la letrada Susane, que considere usted indispensable fregar una bañera en la que nunca me sumerjo, limpiar cada semana los cristales impolutos a través de los cuales nunca miro, o el cuarto de baño que limpio yo escrupulosamente cada día para que usted no deba sufrir jamás el más mínimo contacto con mi intimidad, sí, no se atrevía a decirle la letrada Susane, me incomoda horrores que se tome usted al pie de la letra mi deseo de emplear a alguien que se ocupe de mi casa y que, por una cuestión de honestidad, encuentre la manera de pasarse horas y horas perfeccionando maniáticamente lo que yo ya he hecho por decencia, por pudor, me incomoda, sí, la letrada Susane no podía decirle a Sharon que hasta entonces nunca había experimentado la necesidad de tener una empleada del hogar, que incluso albergaba innegables prejuicios frente a dicha necesidad.

Sharon, le doy trabajo por una cuestión de principios, para ayudarla y apoyar una causa que defiendo, así que no es necesario que se muestre usted escrupulosa, honrada, irreprochable, como si temiera que yo no estuviese satisfecha con usted; siempre lo estaré, Sharon, porque la verdad es que no le pido nada, no le decía la letrada Susane, también por decencia, aunque de otra clase.

El desconcierto que le había provocado un vuelco en el corazón no se había aplacado cuando Sharon fue a su encuentro en el pasillo.

La letrada Susane le dio un breve abrazo, como tenía por costumbre, sintió cómo su corazón chocaba contra el pecho mudo,

tranquilo, imperturbable de Sharon, siempre fuerte, resignada y alegre, que no manifestaba jamás que su vida fuera más difícil que la de la letrada Susane.

A veces, incluso le parecía que Sharon se compadecía de ella.

En cualquier caso, la letrada Susane había logrado convertir esa suposición en algo chistoso cuando la invitaban a cenar y debía corresponder con historias graciosas, o eso pensaba, dado que ella nunca recibía en casa.

Entonces, exaltada y cínica, guasona y afligida, soltaba:

—¡Pues mi Sharon no me envidia en absoluto, al contrario!

Y sus amigos se reían y, acto seguido, adoptaban una expresión grave para tratar de analizar las razones que impedían a Sharon darse cuenta de hasta qué punto la letrada Susane la superaba en el plano de la felicidad, las razones que impedían a Sharon comprender que debería desear ser como la letrada Susane en lugar de una mauriciana sin permiso de residencia, agraciada pero lastrada por dos hijos con un futuro de lo más incierto y un marido que, según intuía la letrada Susane, padecía una profunda depresión.

Pero ¿acaso no era un puro ensamblaje especulativo?

Porque Sharon siempre le mostraba una expresión serena y el corazón le latía con suavidad y de manera casi imperceptible cuando la letrada Susane la estrechaba contra ella, con su corazón salvaje intentando en vano desviar el de Sharon, llevarla a su nivel de ardor y de rebeldía, ¿con qué propósito?

La letrada Susane no lo sabía.

—Sharon, debería haber regresado a su casa, esta noche ya no hay tranvías.

La letrada Susane apagó las luces absurdas del techo.

Sharon, no hace falta que encienda todas las luces del piso, tampoco eso le decía la letrada Susane, porque esa muestra de respeto hacia mí, esa consideración que cree que debe mostrar a su jefa que vuelve tarde y cansada iluminando a lo grande su aparición no se ajusta a mi espíritu frugal, ahorrador, sobrio en los pequeños actos de la vida cotidiana, no, Sharon, de verdad, encienda únicamente las luces indispensables para hacer su trabajo, no le diría jamás de los jamases la letrada Susane.

Sentía tanto cariño por Sharon que pensaba que por esas pequeñeces no merecía la pena arriesgarse a descubrir en los ojos de color gris verdoso de la joven la sombra de una decepción o de cualquier indicio de ansiedad.

Lo que abrumaba a la letrada Susane era que Sharon pudiera temer algo por parte de ella.

Trabajo para usted, Sharon, nunca le infligiré la menor vejación y no le doy ninguna orden, decía calladamente la letrada Susane con la esperanza de que esos pensamientos caritativos, impetuosos, fervientes salieran de su mente como huevos en el frezadero: entonces los sueños de Sharon, sus emociones insondables se unirían a las declaraciones silenciosas de la letrada Susane y tal vez esta experimentaría cierta esperanza, consecuencia de la fusión virginal, inexpresada, de la angustia y de la confianza.

Nunca la dejaré en la estacada, Sharon, crea en mí, pensaba intensamente la letrada Susane.

—La acompañaré a casa —le dijo a Sharon.

Al verla repentinamente inquieta, añadió:

—Como le decía hace un momento, el tranvía ya no circula, las vías se han helado.

—No es posible, gracias, tengo la bici, no cabe en el coche —dijo Sharon.

¿Por qué a la letrada Susane a menudo le daba la impresión de que ella no quería mantener ninguna clase de relación fuera de las cuatro paredes del piso?

¿Acaso creía y temía (¿y por qué?) que la letrada Susane deseaba ser su amiga?

La letrada Susane no lo pretendía en absoluto.

Pero una vez se cruzó con Sharon y sus hijos en un hipermercado de Lac, y el hecho de que Sharon fingiera claramente no haberla visto la había herido.

Sharon, no corre usted ningún peligro aceptando reconocerme, saludarme, presentarme a sus hijos, que se parecen a usted en gracia y en belleza, ¿cómo podría causarle algún daño?, ¿cómo podría desear someterla a algún maleficio?

No tengo ningún interés en darle trabajo, Sharon, me sale caro y no me gusta que me sirvan.

Simplemente quiero hacer el bien a mi manera, Sharon.

La letrada Susane se sacó el abrigo cubierto de gotas glaciales, lo colgó en la percha de la entrada antes de que Sharon pudiera quitárselo de las manos.

La joven, menuda, estrecha de cara, de hombros y de cadera, como si hubiera decidido ocupar un espacio muy limitado en el mundo, levantó su mirada glauca y dulce, atormentada, hacia la letrada Susane, que era alta y corpulenta, imponente y segura de sí misma.

—La acompañaré en coche —dijo con tiento la letrada Susane—, y mañana por la mañana puede coger el tranvía y venir a recoger la bici.

—¡No! —gritó Sharon con una especie de desesperación feroz,

implacable, que desconcertó a la letrada Susane—. No me va bien —añadió Sharon despacio—, pero gracias, gracias, gracias.

La letrada Susane alzó la mano, conciliadora y humilde, tremendamente incómoda.

A continuación, una vez olvidado el rifirrafe (salvo por parte de la letrada Susane, que por temperamento tendía a recordar eternamente lo que no había ninguna necesidad de recordar y a difuminar los recuerdos más placenteros), Sharon adoptó una voz alegre para describirle a la letrada Susane lo que había hecho durante las horas de trabajo en aquel piso de la Rue Vital-Carles de aspecto imponente (parqué en espiga, chimenea del siglo xvii, ventanales con cuarterones), desde luego, pero de escasa superficie, cuarenta metros cuadrados que debían de haber arrebatado a una vivienda de lujo dividida recientemente para poder venderla mejor.

La letrada Susane era consciente de que no había ningún motivo racional para tener en casa a una Sharon enérgica, rebosante de brío y de entusiasmo, decidida a demostrar que su fuerza de trabajo se explotaba de manera útil, incluso necesaria.

La letrada Susane era consciente de que no necesitaba el vigor, la juventud, las aptitudes de Sharon, era muy consciente de que todas esas cualidades se malograban en su casa, donde literalmente no había nada que hacer.

Pero ¿de qué otro modo podía proceder?

Se encargaba del expediente de Sharon, de la solicitud de un permiso de residencia para toda su familia.

—Pues hasta mañana, entonces —le dijo—. Gracias, Sharon, tenga cuidado con la bici.

De repente agarró la manita de Sharon, la acercó hacia ella y susurró:

—¿Sabe?, voy a llevar un caso gordo. Una mujer que mató a sus tres hijos, muy pequeños, tres críos, imagínese.

Sharon apartó la mano con un gesto brusco, mientras daba un salto hacia atrás, protegiéndose de la letrada Susane, de su aliento, de sus palabras, de su extraño ímpetu, tal vez.

—¡Qué horror! —farfulló con una voz llena de aversión y de frialdad.

Y quedó tan claro como si hubiera cerrado los ojos y se hubiera tapado las orejas: ¡Ay, no quiero saber nada más!

Se dio la vuelta, descolgó su chaquetón del perchero, se inclinó para calzarse las botas forradas.

La letrada Susane se dio cuenta entonces de que el cuello del chaquetón, por lo demás muy ligero para el invierno, no protegía el cuello fino, dorado y palpitante de Sharon.

Fue corriendo a su cuarto, de donde regresó con una bufanda de cachemira naranja.

Se la había regalado su madre. La letrada Susane no se la había puesto nunca, dudaba de su encanto para lucir semejante fuego en el cuello.

Sin decir palabra, anudó la bufanda al cuello de Sharon.

No le digo nada, Sharon, porque no quiero que rechace mi bufanda, no quiero discutir con usted sobre el hecho de que podría resfriarse esta noche volviendo en bici a Lormont.

Sharon también guardó silencio, dejándose hacer como una niña impotente condenada a sufrir la inexplicable violencia de los adultos, y la letrada Susane sintió o creyó sentir a través de los dedos, mientras anudaba las dos puntas de la bufanda en la nuca de Sharon, que el frágil esqueleto de la joven temblaba de espanto o de repulsión.

La víspera, aún, le habría resultado profundamente hiriente.

¿Qué tengo, Sharon, que le impide quererme cuando yo la trato con sumo respeto y me encargo generosamente de su caso, habida cuenta de que no me va a pagar por mi trabajo? Sharon, ¿no se le ha pasado por la cabeza que podría haberle exigido que me remunerase por llevar su caso, y usted se habría quedado sola y desamparada, porque no tiene dinero, y yo no me habría ocupado de su problema y jamás me habría metido en su vida? ¿Cómo puede pretender, Sharon, que no tiene ni idea de la situación? ¿Cómo puede usted ser tan valerosa y ligera, tan meticulosa e ingrata, tan impresionable en general y tan indiferente a mí? ¿Acaso no soy una mujer como usted, Sharon?

Sí, todavía la víspera, el comportamiento de Sharon la habría afectado hasta tal punto que se habría comido con rencor y tristeza la cena que le había preparado su empleada.

Se habría tragado la amargura, la tristeza, un plato de lágrimas, las suyas, avergonzadas y humillantes, incapaz de saborear los alimentos que Sharon sazonaba de manera exquisita, demasiado abrumada como para consolarse pensando que ella no habría podido cocinar así para alguien a quien odiara. Sharon no debía de odiarla, pues, y la letrada Susane era tonta y demasiado sensible.

Aquella noche, dejó sin inmutarse que Sharon se marchara a su manera furtiva, tensa, hostil, como si entre ellas hubiera un gran conflicto del que no hablaran.

Cerró la puerta y sus pensamientos empezaron a divagar lejos de Sharon.

Recalentó el arroz frito, las gambas con jengibre, el cerdo salteado con ajo y las zanahorias muy tiernas.

Y mientras, concentrada en Principaux, se olvidaba de Sharon, o más bien la relegaba a un rincón de su mente donde nada la

apesadumbraba, se deleitó con la cena como pocas veces.

Sin embargo, aunque siempre había dormido bien, aquella noche la desveló una pregunta que no dejaba de atormentarla: ¿por qué Principaux había acudido a ella?, ¿de qué la conocía?

¿Debía interpretar esa elección como el deseo de Principaux de que su mujer tuviera la mejor defensa posible o como su pérfida intención de que no fuera así?

Pues la letrada Susane había abierto su bufete el año anterior, tenía pocos clientes aún, casos sin interés.

De haber estado en el lugar de Principaux, pensó, habría acudido a abogados cuyos éxitos en casos difíciles conocía todo el mundo; pero desde luego no a la oscura letrada Susane, quien, a sus cuarenta y dos años, podía parecer una novata.

Cualquier abogado de prestigio habría aceptado, gustoso, defender a Marlyne Principaux, mientras que la letrada Susane, estando al corriente de la historia, tendría que haberse conformado con soñarlo.

¿Quién era Gilles Principaux para ella?

¿Quién era la letrada Susane para Principaux?

¿Acaso guardaban los mismos recuerdos, se preguntó, o ni él ni ella eran ya la persona que el otro creía recordar?

Poco antes del amanecer, justo cuando estaba retomando el sueño, aunque apenas le quedaban dos horas para levantarse, se le apareció la imagen de la grácil Sharon pedaleando hacia Lormont por las calles heladas, apresurándose por llegar a su hogar, del que era el puntal, según creía la letrada Susane.

Entonces no pudo evitar imaginarse que Sharon se había caído al suelo, que le brotaba sangre de la cabeza y manchaba la bufanda naranja y que demostraría la insensibilidad de la letrada Susane, pues ¿acaso una jefa considerada no habría insistido para que su empleada permaneciera a cubierto, en lugar de conformarse con anudarle una bufanda al cuello antes de arrojarla al peligro de las calles?

La letrada Susane se revolvió varias veces en la cama.

Estaba armando su propia defensa: Yo quería que se quedara, se lo propuse varias veces, ella se negó de esa manera tan suya, como si prefiriera morir a…

Nadie se creería semejante versión, se hundiría, pensó la letrada Susane con un sentimiento de tristeza y de torpeza que tiñó sus sueños hasta la mañana.

A las ocho ya estaba fuera de nuevo, todavía estaba oscuro, caminando con el viento gélido en contra, hasta el aparcamiento Tourny, donde estacionaba el coche.

Por pura coquetería, la letrada Susane daba a entender a sus

amigos que la categoría de su vehículo le traía sin cuidado, que no le importaba en absoluto conducir un Twingo de veinte años lleno de abolladuras, que incluso disfrutaba mostrándose indiferente a cuestiones de prestigio tan convencionales.

A la letrada Susane le encantaba que sus amigos se la imaginaran así: independiente, alocada, libre de espíritu, con la esperanza, en su fuero interno, de que esas apreciaciones acabarían modelándola, obligándola a ajustarse a ellas y que realmente se convertiría en una mujer con un encanto algo excéntrico.

La letrada Susane era consciente de que, en ese sentido, albergaba fantasías.

Soñaba con tener los medios necesarios para comprarse un coche bonito, grande, fastuoso.

Le había cogido manía a su viejo Twingo gracioso; de hecho, se daba cuenta de que a sus padres no les gustaba que siguiera circulando con un coche así, cuando la consideraban próspera, pues así se mostraba ante ellos, así les contaba su vida y sus negocios (¡ay, cuánto los quería!).

Sus padres vivían en La Réole, donde había transcurrido la infancia y la adolescencia de la letrada Susane.

Si el señor Susane, empleado municipal, había visto con buenos ojos que su única hija empezara una carrera universitaria, era porque le parecía evidente que acabaría siendo funcionaria, y se regocijaba comentando, a modo de sutil fanfarronada de hombre humilde:

—¡Algún día será mi jefa en el trabajo, me dará órdenes!

A la letrada Susane siempre le había parecido que su padre, amable y dulce, no podía imaginarse un éxito más arrollador que el de su hija dirigiendo el trabajo de hombres de su clase.

A menudo decía, orgulloso y humilde:

—Ella sabe más que nosotros.

Una ambición más vasta, confusa, desgarrada, había incitado a la señora Susane a seguir, lo más cerca posible, los estudios de su hija, animándola, estimulándola, pese a que, de joven, la letrada Susane había sufrido bastante por su tendencia a trabajar en exceso, pese a que no había tenido ninguna necesidad de que la animaran ni la estimularan, sino que hubiera preferido que la apaciguaran, que la contuvieran en su frenesí de trabajadora incansable, a pesar de que las exhortaciones de la señora Susane, a la vez cariñosas, preocupadas y desordenadas (dado que no entendía lo que estudiaba su hija, apenas lo intuía con pavor), a menudo la habían llevado al borde del agotamiento nervioso.

La letrada Susane había sentido entonces, con tristeza y angustia,

que por poco (¿su amor infinito por ellos?, ¿su orgullo?) no había caído en lo que su madre temía y trataba de evitarle torpemente: el abandono de las aspiraciones elevadas, el repliegue en una carrera mediocre, reconfortante, acorde con su destino social.

¡Cuánto los quería!

¡Tan dolorosamente a veces!

La comprendían de manera tan profunda y, sin embargo, tan poco respecto a cómo deseaba ser comprendida la letrada Susane: en sus debilidades cotidianas, que ellos no veían, en sus temores, que ellos no se podían ni siquiera imaginar.

¡Los quería tanto, tan dolorosamente, que a veces soñaba, afligida, desdichada y culpable, con su pérdida!

Como los quería tanto, ¿qué iba a hacer sino mentirles o, al menos, presentarles una versión seductora de su existencia, del mundo en general, para ahorrarles el dolor de la verdad?

Sin embargo, ¿quiénes eran ellos, se preguntaba la letrada Susane, para que les ahorraran el dolor de la verdad, para que los protegieran de sus diversas ignorancias, dejadeces y otras condescendencias religiosas respecto a la vida dura y auténtica?

A veces ella les guardaba rencor por ser de esa gente a quien hay que tratar con miramientos, poner a salvo de las penas tan solo porque eran buenos y sentimentales.

Acoged mi corazón atormentado, consoladme, escuchad mis quejas y sabed interpretar las muestras de una angustia que me carcome y que incluso yo desconozco; ¡socorredme como hacen los padres que están alerta!

Todos los padres solícitos que conocía la letrada Susane dirigían a sus hijos adultos una mirada despojada de ilusiones.

Caminaban a su lado, pragmáticos y valerosos, con el brazo siempre dispuesto por si se caían, callándose cualquier consejo, y en su trato no cabía la decepción, ni en sus sentimientos ni en su expresión.

En cambio, la letrada Susane siempre tenía presente que si, por descuido, dejaba caer ante ellos alguna información, alguna queja, algún remordimiento banal, sus rostros plácidos y risueños, ingenuos y francos, podían transformarse en máscaras de ansiedad.

Resultaba tan poco razonable que a ella le despertaba impaciencia y, enseguida, compasión.

Ella los reconfortaba, preguntándose: ¿cuándo me reconfortaréis a mí? ¿Realmente me queréis si en la práctica me prohibís que os confíe mis carencias?

¡Pero cuánto la querían, lo sabía!

¿A ellos también les ocurría que, en su amor inconmensurable, a

veces deseaban una pausa de ese amor, que la letrada Susane desapareciera?

Ella se decía que lo habría comprendido perfectamente.

Aquella mañana, aquella mañana fría y ardiente, mientras conducía hacia La Réole por una autopista en la que circulaban numerosos vehículos mucho más potentes que el suyo y le daba la impresión de que debía empequeñecerse en el carril de la derecha para dejarles desplegar su autoproclamada superioridad, pensaba una vez más que, de no haber sido por la historia del coche que le impedía hacer trampa, al señor y a la señora Susane no les habría costado convencerse de que la carrera de su hija iba viento en popa.

Podía contarles lo que quisiera.

Había trabajado en un gran bufete de Burdeos hasta que, dos años antes, decidió montar uno propio, lanzarse, como decían sus padres sin tener la menor idea de qué debían pensar de semejante iniciativa.

Se fiaban del coche, la letrada Susane lo sabía.

Para ellos, los modelos y la marca eran la medida indiscutible del éxito o del fracaso.

¡Tenían razón, tenían razón!

La letrada Susane se avergonzaba de su deseo de cambiar de coche.

Sin embargo, pensaba que así su autoestima aumentaría, puesto que sus padres la querrían aún más.

Aunque no sabían nada, aunque no comprendían nada, veían con claridad en la neblina de su reflexión: el bufete de la letrada Susane no iba demasiado bien.

¿Acaso no era natural que, estando decepcionados con su hija de una manera que eran los únicos padres que se atrevían a estarlo todavía, mostraran a la letrada Susane una ternura atenuada y que miraran su viejo Twingo con incomodidad, como si fuera ropa sucia, pensaba la letrada Susane, como el indicio de que su hija no manejaba su vida con el rigor que le habían enseñado?

Aparcó en los muelles, bastante lejos de su casa para que no vieran el coche desde la ventana (a veces se olvidaban del asunto si no lo tenían delante de las narices), y luego subió por la agotadora escalera que conducía a la vieja cuidad.

Tomó unas callejuelas estrechas y sombrías.

El alba gris apenas se distinguía de la noche.

La casa de sus padres se encontraba al fondo de un callejón sin salida cerrado por un muro alto de piedra sillar. ¡Aquella casa tan querida, aquella casa incomparable de su infancia radiante!

En la mente de la letrada Susane, la idea de vivienda perfecta había nacido allí mismo y luego, durante su juventud, había irradiado

hacia todas las fibras de su ser, aunque aquel lugar, tal y como había acabado comprendiendo, era poco envidiable, estrecho, oscuro, húmedo.

Hasta el día que acompañó a su madre a una casa de Caudéran, su vivienda de La Réole había sido para ella un espacio mágico.

No dejó de gustarle al volver de Caudéran, pero se había dado cuenta, tras abrírsele los ojos, de que otras casas sí que eran espacios mágicos, y de una intensidad bastante más considerable.

¿Quién era Gilles Principaux para ella?

¿Cómo había podido Principaux salir de un Caudéran delicioso y acabar en un escenario pavoroso, tal y como había leído ella en la prensa?

¿Y si el pavor, se preguntó de repente mientras llamaba a la puerta de sus padres, había nacido de la maravilla?, ¿y si él había elegido precisamente a la esposa que debía castigarlo por haber crecido en un mundo de hadas?

Pero ¿acaso ella, la letrada Susane, no se equivocaba de individuo? ¿Quién era Gilles Principaux en su historia?

Esa fue más o menos la pregunta que le planteó a la señora Susane después de beberse el café y de asegurarles a sus padres, sorprendidos por su visita, que todo le iba de maravilla.

En la pequeña cocina que daba al callejón sin salida, bajo la luz turbia de la lámpara de techo de opalina verde y hierro forjado, se sentía serena y dueña de su tiempo como siempre que cruzaba el umbral de aquella casa, a pesar de haber distinguido al entrar el habitual destello de aprensión en los ojos de sus padres.

Parecían decirle, incómodos y nerviosos: Estamos bien, estamos tranquilos, no queremos que nos anuncies algo desagradable, aunque nuestro papel sea acogerte, recibir malas noticias, pero no queremos, nos negamos en rotundo, por eso solo tuvimos un hijo, tú, a quien queremos, aunque a veces desearíamos no tener noticias tuyas por temor a que sean malas. Por eso en ocasiones envidiamos cierta paz espiritual: la de los matrimonios unidos que tuvieron la clarividencia (o se resignaron a ello con clarividencia) de no tener hijos, dado que a través de ellos siempre llegan malas noticias o decepciones, incluso aberraciones y relatos de hechos espantosos, y esta hija repentinamente extraña, este fruto de nuestro deseo y de nuestro amor propio, nos hace pensar amargamente: Nada nos obligaba, fuimos débiles y vanidosos, y ahora resulta que esta mujer, nuestra hija, aparece de improviso en casa, al amanecer de un día de invierno, para anunciarnos algo que tal vez nos arrebate la serenidad para siempre.

La letrada Susane recordaría haberle dicho a su madre, fingiendo

no darse cuenta de que esta se ponía en guardia, algo así como (tono alegre, voz ligera):

—Mamá, ¿te acuerdas de que una vez te acompañé a una casa de Caudéran donde trabajabas? Fue un miércoles, no te quedó más remedio que llevarme contigo, yo tenía unos diez años, creo.

—No lo sé, no me acuerdo —contestó despacio la señora Susane.

Esbozó una expresión teatral, alzando los ojos hacia la lámpara de techo de opalina y la fría luz olivácea, fingiendo que repasaba sus recuerdos, apretando los labios en un gesto de esfuerzo y de perplejidad.

—Trabajé en muchas casas de Burdeos, ¿sabes?, las confundo todas.

—Sí, claro —dijo la letrada Susane—. Aquella gente se llamaba Principaux, quizá.

—¿Principaux como esa mujer que…?

—Sí. Me preguntaba simplemente si no sería la misma familia…

La letrada Susane jamás había esperado una respuesta en semejante estado de expectación y de ansiedad, sin saber siquiera qué deseaba oír.

Aunque, debía de saberlo soterradamente, puesto que se llevó una decepción cuando la señora Susane, categórica, obtusa, cerrada a cualquier presión, le aseguró que no recordaba haber trabajado para los Principaux.

—¿Puede ser —se atrevió a preguntarle la letrada Susane— que hayas olvidado por completo el nombre de algunos de tus jefes?

—Claro —refunfuñó la señora Susane—, ¿cómo quieres que me acuerde de todos?, ¿y por qué debería hacer ese esfuerzo? ¿Tú te crees que ellos se acuerdan de mi nombre?

—Entonces, ¿es posible que hayas trabajado en casa de los Principaux, en Caudéran, y que no te acuerdes?

La letrada Susane casi suplicaba, para su propia desesperación.

Trataba de atraer una verdad que coincidiera con lo que había ido a buscar soterradamente y sin tener la certeza de que saldría airosa.

Y la señora Susane se resistía a conciencia, decidida a no recordar el apellido Principaux, suponiendo que fuera realmente el caso.

Pero ¿hasta qué punto no se acordaba en absoluto porque intuía que su hija deseaba apasionadamente que se acordara?

La letrada Susane era escéptica.

Entonces se dejó llevar, abandonó su voz impostada, su voz pesadamente desenvuelta, aceptó que el tono de su relato fuera acorde con la conmoción que de pronto la hacía sudar y temblar bajo la luz de techo de opalina, hasta el extremo de que empezó a resollar como una cierva acorralada.

Aunque su historia era alegre, pensó.

Se imaginaba sin aliento, a la vez acalorada y aterida como si tuviera dificultades para contar el instante más feliz de su existencia.

La señora Susane la observaba con una expresión concentrada, ávida y ansiosa, aunque de aprobación, quizá.

Interrumpió a la letrada Susane una primera vez, exclamando:

—¡Es verdad, sí, aquella casa era maravillosa!

Y luego una segunda vez, casi gritando:

—Aquella gente me parecía adorable, eran fantásticos.

Añadiendo, con su pudor lingüístico ligeramente ofendido, haciendo gala de algo de desafío, de arrojo, con la voluntad de ser honesta:

—Eran la bondad personificada, ¿verdad?

La letrada Susane se sorprendió a sí misma mostrándose quisquillosa (¡y eso que ya le había sonsacado mucho a la señora Susane, normalmente tan reservada!).

Insistió en precisar que aquella familia de Caudéran, que quizá no se llamara Principaux, no había sido tan bondadosa como hechizante, sin duda alguna.

—Pero el resultado es el mismo —dijo la señora Susane—, fueron bondadosos, admirables y realmente muy amables, ¿no?

—Nos cautivaron —dijo la letrada Susane, con una risita sin alegría.

Así concluyó su relato.

Entonces su madre susurró, con una sonrisa:

—Entré en aquella casa como en un bosque lácteo.[1]

—Pero ¿qué cosas dices? —la amonestó el señor Susane.

Aún no había abierto la boca.

La letrada Susane se acordó: no le gustaban los misterios, la extrañeza lo humillaba de una manera personal.

Censuraba el gusto por las paradojas de la existencia, las casualidades curiosas, las suposiciones y la fantasía.

Con todo, era dulce y amable, y la letrada Susane, la única hija de aquel hombre, no recordaba ni una sola ocasión en que la hubiera humillado o regañado sin motivo.

¡Cuánto lo quería!

Y precisamente porque quería tanto a aquel padre prosaico, se había obligado a sonreír cuando la señora Susane había dicho «bosque lácteo», con la esperanza de que aquella sonrisita complaciente tranquilizaría a su padre respecto al hecho de que estaba de su parte, del lado en el que imperaba la razón.

Pero se iba repitiendo, turbada: era exactamente eso, era un bosque lácteo, era el lugar donde la alegría pura y simple nos sometía como por arte de magia.

—¿Sabrías encontrar aquella casa de Caudéran? —le preguntó a la señora Susane—. ¿Te acuerdas de la dirección?

Su madre negó con la cabeza, apesadumbrada.

—Solo estuve una vez, ¿sabes?

A continuación, dirigiéndose al señor Susane con una expresión algo desafiante, le habló de aquel día de invierno, cerca de treinta años atrás, en que fue a planchar a casa de aquella gente de Caudéran cuyo apellido no recordaba, a quienes había olvidado por completo, tanto el aspecto de la casa, como su cara, sus palabras y su apariencia, pero jamás había olvidado la amabilidad con que la habían recibido (porque, en efecto, había sentido que aquella pareja, para quienes sustituía por una única jornada a su mujer de la limpieza habitual, la trataba como a una invitada).

Había planchado la ropa en la cocina, prendas elegantes y suaves muy poco arrugadas, como si fuera fruto de su voluntad por cortesía hacia ella, y la cocina le había parecido una réplica agraciada de la suya, no porque se le asemejara, sino porque la estancia, dotada también de sus propias intenciones generosas, la había acogido con entusiasmo y educación, le había dicho: Estás en casa, y la señora Susane había asentido sin un atisbo de recelo sarcástico, ella que, como llevaba desde la adolescencia trabajando en casas ajenas, tenía la costumbre de referirse a sus jefes con un tono de burla amarga.

Era casi una manía, tal y como reconocía ella misma, puesto que ya no distinguía entre los jefes amables y los malos, los agitaba a todos juntos en el gran tarro de su mofa displicente.

—Pero ellos no, nunca —afirmó la señora Susane observando a su marido, como si quisiera impedirle que le llevara la contraria.

La señora de Caudéran le había ofrecido un café y zumo de naranja para la niña que la acompañaba; el señor había salido de su despacho para saludarla y darle la bienvenida.

La señora Susane admitió que eso la habría incomodado si no hubiera comprendido de entrada que la afabilidad de aquella pareja era consustancial a su personalidad, que no jugaban a mostrarse encantados por su presencia, sino que realmente lo estaban durante el tiempo en que debían unir esa presencia a la suya en su casa, como perros bien adiestrados, explicó la señora Susane muy seria, que se regocijan al ver a gente, aunque una vez que los visitantes se hayan marchado los olvidan por completo.

Pues sí, dijo la señora Susane al final, sus jefes efímeros de Caudéran habían manifestado con gran sencillez su alegría por tenerla

en casa, cosa que ella no había visto en ninguna otra casa.

A ello se le sumaba su largueza: le habían pagado por su trabajo el doble de lo que acostumbraba a pedir, sin comentarlo siquiera, sin hacérselo observar, con la misma actitud franca y casi candorosa con que la señora de Caudéran le había preguntado, durante la tarde, todas las veces que entraba en la cocina, «¿todo bien, de verdad?», con una voz cálida y dulce, alegre y solícita.

—Espero que ahora entiendas por qué —le dijo la señora Susane a su marido con cierta vehemencia— me acuerdo de aquella casa como de un lugar sobrenatural.

—Sí —masculló el señor Susane.

—¿Como del país de las maravillas?

Su marido asintió con la cabeza, aunque disgustado.

—Entonces puedo decir «bosque lácteo», ¿qué más te da?

—Me molesta —contestó el señor Susane pausadamente—, porque no me gustan esas palabras, resultan engañosas.

La letrada Susane se puso en pie, aclaró su taza en el fregadero.

Estaba deseando marcharse, después de no haber obtenido ninguna respuesta a la pregunta que la había llevado hasta allí:

¿Principaux tenía alguna relación con el bosque lácteo de Caudéran?

Además, percibía una irritación poco habitual entre sus padres, se arrepintió de haberla provocado.

Pero antes de que les dijera que iba a regresar a Burdeos, el señor Susane se le acercó, le puso una mano cariñosa y ligera en el pelo, justo encima de la oreja.

—Pequeña mía —susurró con una sonrisa—, trabajas demasiado, ya veo que quieres marcharte.

La letrada Susane protestó un poco, aunque dio a entender que, en efecto, la esperaban numerosos expedientes.

En realidad, apenas tenía casos entre manos, dos divorcios de mutuo acuerdo, un cambio de nombre y la solicitud del permiso de residencia para la familia de Sharon.

¡Cómo engañaba a sus pobres padres!

—No he entendido bien —dijo entonces el señor Susane con una voz apagada— qué pasó en aquella habitación, en Caudéran. ¿Qué hizo exactamente aquel tipo?

—¡Pero si os lo acabo de contar, papá! —exclamó la letrada Susane.

Estaba tan atónita que con el codo dio un golpe en el fregadero e hizo caer la taza, que se estrelló contra el suelo.

La letrada Susane se dispuso a recoger los añicos, alegrándose por aquella distracción.

Entonces, en cuclillas, con la cara inclinada hacia las baldosas, prosiguió:

—No entiendo tu pregunta, papá. Acabo de contaros cómo fue aquella tarde, no he omitido ningún detalle que tuviera sentido e interés en el marco de mi historia, que significara algo elocuente, también creo que os he dado a entender que aquellas pocas horas que pasé con aquel hombre joven (así lo veía a mis diez años, aunque él debía de tener catorce o quince, como mucho) son de las que hoy rememoro con deleite, con nostalgia también, porque, es verdad, tal vez no os lo haya dicho, nunca he vuelto a encontrar en ningún chico, en ningún hombre, en ningún ser vivo, de hecho, ese encanto extraño que de alguna manera me llevó a adorarlo inevitablemente.

—Pero ¿qué hizo? —preguntó el señor Susane con una voz apesadumbrada.

—¡Nada, papá! ¿Es que no lo entiendes? ¡Absolutamente nada respecto a lo que tú quieres decir!

¿Qué había hecho?, se preguntaba en el camino de vuelta, con las manos temblándole ligeramente en el volante.

¿Qué había hecho aquel muchacho que tal vez fuera Gilles Principaux en aquel cuarto, el suyo, adonde la había invitado amablemente a entrar?

Había observado que en la cocina había una niña sentada cerca de su madre, que planchaba la ropa de su familia.

Probablemente le había dicho algo así como:

—Seguro que te aburres aquí sentada sin hacer nada; ven, que te enseñaré mi cuarto.

Ella lo había seguido, a la vez turbada por semejante honor y ansiosa por mostrarse a la altura, tras lanzarle una breve mirada a su madre, que le había dirigido, creía recordar la letrada Susane, una sonrisa amplia, de corazón: ¡Ve, hija mía, ve a distraerte un poco!

Su madre ya subyugada, dichosa y agradecida, su madre optimista, ambiciosa respecto a la letrada Susane, deseando que su hija hiciera gala de un carácter intrépido y curioso, que conociera a gente, personas distintas a ellos (el señor y la señora Susane estaban satisfechos consigo mismos, no deseaban más que lo que tenían), pretendiendo elevar a su hija muy por encima de sí misma, su madre ingenua, que la quiere con locura, a la vez contenta con su destino y soñando que la letrada Susane tenga horror a semejante destino para sí misma.

¡Ve (obedécele), sigue a ese muchacho más instruido de lo que tu padre y yo seremos nunca y posa tu mirada voraz en las paredes del cuarto de las que seguro que cuelgan cuadros interesantes, en las estanterías donde

debe de haber libros que no encontrarás en casa, ve (obedécele, sé educada) y empieza así tu propia y fructuosa educación, ve, ve, rehúyenos, escápate de nuestra modesta influencia (obedécele, sé educada)!

Porque su madre era así: incondicional del ascenso de la letrada Susane y consciente de sus propias carencias, aunque no albergara ninguna vergüenza superflua.

El adolescente que tal vez fuera Gilles Principaux le había enseñado a la letrada Susane su colección de fósiles, le había puesto un disco de Dire Straits.

Le había propuesto sentarse a su lado en la alfombra que ocupaba un rincón del cuarto bastante alejado, a ojos de la letrada Susane, del armario ropero, un rincón semejante a un saloncito independiente de las funciones prácticas de la habitación, algo que le pareció de lo más elegante.

Con una voz distante y dulce al mismo tiempo,consumida y delicada, le había preguntado qué pensaba de todo aquello: los fósiles, la música, la atmósfera de la casa en general.

Y la letrada Susane, a quien nadie le había pedido aún que analizara y luego criticara lo que veía, tras unos segundos de desconcierto, se había lanzado a la brava, confesando, con un tono primero temeroso y luego cada vez más confiado, su placer, su entusiasmo, reconociendo que le encantaba aquel cuarto y aquella casa y aquella familia, y tratando, con su juicio y sus palabras de una niña de diez años, de explicitar sus sentimientos.

El muchacho se había mostrado exigente.

La corregía a la menor falta lingüística.

Susurraba:

—So, so —cuando ella se andaba por las ramas o se mostraba torpe, incitándola, obligándola incluso (¡estaba tan deseosa de complacerlo!) a comprender de inmediato qué esperaba ella, del mismo modo que la letrada Susane había visto a sus padres adiestrar a *Bouly*, el perro de su infancia.

Ella había sacado de su cerebro lo más perspicaz, avispado, embaucador y pícaro que tenía.

El muchacho parecía contento, le había acariciado el pelo, que por aquel entonces la letrada Susane tenía largo y sedoso.

La había elogiado, alabado, puntuado con una nota cuya cifra no recordaba la letrada Susane.

Acaso le había dicho: ¿Eres una buena alumna, me gustas?

La letrada Susane no estaba segura.

Tal vez se hubiera inventado esa frase en su cama, aquella noche, todavía turbada y exaltada por las emociones casi insoportables de la

tarde, que había acabado con el torrente de su propio discurso.

Pues no había dejado de hablarle al muchacho, que, creía recordar, se contentaba con escucharla alentándola, a veces con una palabra o una pregunta, divertido y orgulloso de haber logrado, sin mucho esfuerzo, que aquella niña se conociera a sí misma o entreviera en qué deseaba convertirse.

—Gracias a él —acababa de confesar la letrada Susane a sus padres —, hoy soy abogada.

Entonces se había ruborizado ligeramente, como si, convencida de estar siendo sincera, descubriera al decirlo que no lo era del todo, ignorando, al mismo tiempo, en qué estaba siendo falsa, por no hablar del porqué, pues, por primera vez, les abría el corazón a sus padres.

Pero ¿qué hizo en aquel cuarto?

¡Cómo le indignaba esa pregunta del señor Susane!

Le costaba respirar, ajena a la carretera.

Conque su padre no había entendido nada, como siempre, aunque jurara quererla (aunque la quisiera, sí, ¿acaso no era más grave entonces?).

Me hizo —no había dicho la letrada Susane por misericordia— lo que deberían hacer los padres por sus hijos, me hizo tomar conciencia de los placeres por los que sentía inclinación y de mi talento para argumentar y disertar, y sus manos me rozaron el pelo, las mejillas, el cuello, sus manos orgullosas de mí me mimaron como hacen los padres felices o como hacíais vosotros para recompensar a *Bouly* cuando se había portado bien durante la época del adiestramiento.

¡Eso es todo!

Y *Bouly* os quiso hasta el final de su vida, ¿verdad?

¿No erais para *Bouly* los seres de quien dependía su felicidad en el mundo?

La letrada Susane se detuvo en un área de servicio de la autopista.

Sus reflexiones iban volviéndose confusas, estaba defendiendo de manera lamentable una causa, pero ¿la de quién, en realidad?

¿La de Principaux?

¿La del muchacho de Caudéran que tal vez no fuera Principaux?

¿O la suya propia, que se empeñaba en considerar aquella tarde de antaño como la más alegre, la más plena de su existencia?

Estaba dispuesta a defender al muchacho con ardor frente a sus padres y frente a sus propios recuerdos, ya tan nebulosos.

Confiaba más en la opinión que se había forjado de aquel muchacho treinta años atrás que en la idea que tenía de él en la actualidad, influida, transformada por el paso del tiempo.

Su padre, el señor Susane…

En los servicios de la gasolinera, puso las manos temblorosas bajo

el agua fría, se obligó a sonreírse en el espejo.

Su padre, el señor Susane, probablemente celoso del muchacho de Caudéran, de que la hubiera transfigurado, había intentado torpemente (porque en el fondo era amable) estropearle un poco el recuerdo.

¿Y después?

El señor Susane tenía sus razones, ¿qué más daba?

Ella lo amaba, y por otra parte amaba apasionadamente el recuerdo que tenía de Caudéran, de aquel muchacho que la había iniciado, ¡iluminado!

Los comprendía a todos, a su padre dubitativo, receloso, a su madre visionaria y cegada, al adolescente juguetón, aleccionador y cautivado a su pesar y para su propia sorpresa.

Pues ella lo había asombrado y conquistado, había recitado con virtuosismo, con ímpetu, con ardor (ya no recordaba sobre qué asunto), y aquel muchacho algo mayor había sabido reconocer su talento, se había inclinado ante este, tal vez hasta hubiera pronunciado esta frase: ¡Eres un hacha, felicidades!, mientras ella hablaba hasta quedarse sin aliento, a la vez embriagada y ansiosa, segura de sí misma y arrebatada; a fin de cuentas, pensó la letrada Susane mientras volvía a subir al coche, no corría el riesgo de que le cortaran el cuello cuando se le agotara la verborrea.

No, el chico no habría llegado a ese extremo.

Poco antes, ella había bromeado ante sus padres:

—¡Yo no era una muchacha frente al cruel sultán!

Al llegar a Burdeos, en lugar de volver directamente al despacho, se desvió hacia el barrio de Caudéran, sus casas sepulcrales, su parque artificioso.

Hacía tanto frío y el día era tan gris aún que los escasos transeúntes, con el rostro enmascarado por bufandas, cuellos levantados, gorros o *ushanka*, parecían desplazarse por las calles como sombras por las avenidas de un cementerio.

Conducía despacio, inspeccionando cada fachada, tratando de recordar en qué casa había entrado con su madre tres décadas atrás.

Recordaba vagamente ladrillos esquineros, pequeñas columnas tal vez, varios balcones de piedra.

Nada era seguro.

Hubiera podido reconocer, se decía, la cocina, el cuarto del muchacho, la situación de ese cuarto respecto a la cocina, pero de la casa, de su suntuosidad comparada con las demás, no se acordaba en absoluto.

Estaba decepcionada, insatisfecha consigo misma, como si le

fallara la inteligencia en lugar de la memoria; le preocupaba especialmente su capacidad de estar a la altura de cualquier situación.

Siguió dando vueltas durante más tiempo del necesario.

Admitió que estaba buscando a Principaux, aunque sabía que ya no vivía allí.

Pero hubiera podido ir a visitar a sus padres aquella mañana tan lúgubre y helada, ¿no?, ella lo vería abrir una puerta o llamar a un timbre y entonces sabría que no era sino el adolescente irremediablemente arraigado en su alma, ¿un tumor enquistado?

La letrada Susane negó con la cabeza vigorosamente, contestándose a sí misma con una especie de indignación.

Se detuvo en un aparcamiento, llamó a su madre por teléfono.

—¡Ese chico, mamá, es el enquistamiento de una alegría pura!

—Sí —dijo la señora Susane.

—Mamá, ¿cómo era la casa?

La señora Susane se tomó un tiempo para reflexionar.

—Creo que era una villa morisca —dijo al fin con una voz circunspecta, casi interrogativa.

—¿Morisca?, ¿de verdad? No conozco ninguna en este barrio.

—Sí —prosiguió la señora Susane de manera precipitada—, pero la derribaron hace poco, lo leí en el periódico.

—¡Pues te confundes!

La letrada Susane trató de disimular hasta qué punto estaba decepcionada.

—La Villa Morisca estaba en Pessac, mamá, no en Caudéran, estaba abandonada y, sí, la derribaron hace unos años. No tiene nada que ver con la casa de la que te hablo, la casa de aquella gente que…

La señora Susane la interrumpió:

—En cualquier caso, yo la recuerdo así, una casa oriental, extraña, magnífica, completamente distinta de las demás, por eso he dicho morisca, aunque también hubiera podido decir…

Se interrumpió en seco y la comunicación se cortó.

A la letrada Susane, atónita, le pareció que su madre le había colgado a propósito.

Se disponía a llamarla de nuevo cuando la señora Susane le mandó un mensaje de texto:

«Lo dejo aquí, tu padre está harto de esta historia, compréndeme, no quiero discutir con él. Respecto a ti, dice: O bien habla y dice la verdad (la famosa tarde), o bien se calla y nos olvidamos del asunto, ya basta de delirios. Ya lo conoces, es muy cuadriculado, demasiado a veces. Pero yo me creo lo que cuentas, aquel muchacho te edificó, te abrió, te formó de una manera que nosotros no sabíamos. Tu padre no

puede entenderlo, es normal. Es materialista, solo ve los cuerpos, los alientos, las maldades, desconfía de los hombres (de los machos), no le gustan, a veces querría matarlos a todos (¡jajá!), incluso a los que solo tienen quince años, ¡pobres! No me contestes, prefiero que tu padre no lo sepa (que me contestas, por el pitido del móvil) porque te estoy escribiendo a escondidas. Anda con Dios, hija mía querida…».

En la región, la letrada Susane había oído a menudo a ancianos que decían «anda con Dios» en lugar de «adiós» o incluso «hasta pronto», pero su madre no tenía la costumbre de emplear esa expresión.

Se quedó preocupada, y después irritada por ello, y fue presa del resentimiento por la señora Susane, que se andaba con misterios, y por el señor Susane, que se oponía a ellos cerrilmente.

Sí, los quería tanto que a veces hasta deseaba no tener trato con ellos, sus queridos padres fatigosos, tan poco clarividentes (desde luego, pensaba, ¡qué fácil era mantener su pureza, protegidos de las verdades repulsivas!).

Cuando la letrada Susane todavía trabajaba como pasante en el bufete de la plaza Tourny, nunca había logrado hablar con ellos de ciertos casos que le interesaban especialmente.

—¡Calla! —se exclamaban con un tono a la vez ligero y firme—. ¡Es horroroso, no queremos saber nada!

Entonces ella se sentía oscuramente sucia, indecente y amoral, dada su fascinación por aquellos casos.

Sus padres manifestaban un rotundo rechazo ante los comportamientos de sus coetáneos que la sencillez de su vida y de sus pensamientos les impedían descubrir, prohibiéndole mostrarse curiosa a sabiendas.

Llegaba a experimentar cierta vergüenza a causa de su interés por las historias, por la vida de sus clientes.

Y les reprochaba aquella vergüenza: ¿quiénes eran ellos para…?

¡Muy bien, mamá querida, anda con Dios, pues!, susurró la letrada Susane para sí misma.

Guardó el número de sus padres en «llamadas bloqueadas».

Acto seguido, reanudó la marcha, afanándose por sentirse deslastrada, aunque colmada de tristeza, de una melancolía cuya razón de ser atribuía al cielo frío y lívido, a su coche viejo con la calefacción defectuosa.

Sus dedos azulados aferraban torpemente el volante.

Estaba tiritando bajo el abrigo, pese a los numerosos pliegues de la bufanda que llevaba anudada al cuello, una bufanda gris, elegante, a su parecer, de un estilo discreto y refinado, que su madre debería saber que representaba lo que le gustaba o al menos lo que se permitía

(¿tan distinto era?).

¿Por qué la señora Susane le había regalado, las últimas navidades, aquella bufanda de lana de color teja?

Ni la letrada Susane ni sus padres llevaban nunca esa clase de colores.

¿Acaso la señora Susane soñaba con ver a su hija así: original y alegre, con la desmesura de una llama en el cuello como estandarte de su espíritu libre?

En el instante mismo en que pensó que se alegraba de haber forzado a Sharon a marcharse con la bufanda naranja, con la esperanza de que Sharon no se sintiera obligada a devolvérsela pero sin temérselo demasiado, la letrada Susane, presa de una intuición algo confusa, decidió pasar por casa antes de ir al despacho.

No encontró a Sharon en el piso, aunque debería haber estado allí.

La letrada Susane comió (se terminó los restos de la excelente cena que le había preparado Sharon), esperó hasta las dos, al final se marchó.

Había llamado a Sharon en vano, sistemáticamente le saltaba el contestador automático.

Iba caminando hacia el despacho cuando la preocupación le hizo cambiar de idea. Volvió a subir al coche y le pidió al gps que la guiara hasta la dirección de Sharon en Lormont.

La niebla envolvía Burdeos sin que por ello se derritiera el hielo, y a la letrada Susane le parecía conducir a ciegas, despacio, sin discernir gran cosa a la escasa luz de los faros, convencida, no obstante, de que debía ir a buscar a Sharon a su casa, adonde nunca había ido, adonde nunca se le había ocurrido ir, pese a que se encargaba activamente de sus asuntos: conseguirles, a ella y a su marido y sus hijos, el permiso de residencia en Francia.

Un amigo de la letrada Susane, ni siquiera recordaba cuál, pues tenía muchos amigos sin importancia, había soltado una noche en una cena:

—¿A alguien le interesa mi asistenta? Una mauriciana sin papeles, pero irreprochable, la verdad.

La letrada Susane había exclamado que a ella sí le interesaba, no porque le apeteciera contar con semejante servicio ni porque realmente tuviera los medios para permitírselo de manera legal, sino porque la desenvoltura de aquel amigo le había parecido bastante culpable.

—Deberías preocuparte por su situación —le había dicho—, sobre todo si tienes un buen concepto de ella, no puedes conformarte con darle trabajo así por las buenas, sin intentar ayudarla.

—Pero ¿qué quieres que haga? —había replicado aquel amigo—.

Ocúpate tú de ella, solo tú puedes hacerlo eficazmente.

Así fue como Sharon entró en la vida y en el trabajo de la letrada Susane, sin que esta tuviera la certeza de que Sharon lo hubiera comprendido.

Ya le había pedido varias veces a Sharon una copia de su certificado de matrimonio, explicándole que lo necesitaba para iniciar el procedimiento en la delegación del gobierno, alegando que si no lo tenía o no lo encontraba, debía informarla a la mayor brevedad, para que ella, la letrada Susane, pudiera confeccionar el expediente de manera distinta.

Sharon le había asegurado que le traería el documento.

Había esbozado una mueca avergonzada y herida, como si la letrada Susane le hubiera solicitado algo íntimo que Sharon estaba dispuesta a concederle muy a su pesar.

De eso hacía ya seis semanas.

La letrada Susane seguía esperando el certificado.

Se lo había recordado a Sharon, con cautela en varias ocasiones.

Cada vez Sharon hacía gala de su expresión ofendida, valerosa, distante, asegurándole con una voz casi inaudible que lo tenía presente, y cada vez la letrada Susane se sentía desconcertada, absurdamente incómoda, como si, de hecho, hubiera abusado de la rectitud ética de Sharon.

Había acabado renunciando a repetirle: Sharon, si no tiene ese documento, dígamelo, no es tan grave, ya me las arreglaré, porque entonces Sharon manifestaba su ofensa (¿porque la letrada Susane había sospechado que no estaba casada y la había juzgado severamente?).

Sharon, ya basta de chiquilladas, no podía decirle la letrada Susane, me da igual si está usted casada o no con el padre de sus hijos o el hombre que la ha seguido a Francia y que presenta como tal; simplemente dígame, Sharon, cuál es su situación y me adaptaré a ella para ayudarla lo mejor posible. Tengo por principio no juzgar a nadie, Sharon, y menos a una mujer como usted, jamás.

La letrada Susane se obligaba a no pronunciar aquellas palabras, intuyendo que Sharon las interpretaría al revés, que se convencería de que la letrada Susane se jactaba de su amplitud de miras para disimular mejor sus prejuicios (en cuanto a la realidad matrimonial de Sharon).

Tardó más de lo que había previsto en encontrar la dirección.

Era una casa vieja transformada en un edificio de viviendas de alquiler, junto a una carretera muy transitada.

La letrada Susane dejó el coche sobre la acera estrecha, sin ganas

para buscar una plaza de aparcamiento en aquel barrio desconocido.

Como no vio ni timbre ni interfono, empujó la puerta entornada, se encontró en un pasillo atestado de rebosantes contenedores de basura, de bicis viejas, de cochecitos, de folletos tirados al suelo.

El frío húmedo intensificaba desalentadoramente aquella mezcla de olores rancios.

¡Conque Sharon, una mujer joven impecable, con la piel resplandeciente de salud, recorría a diario aquel pasillo nauseabundo, malsano, al igual que sus dos hermosos hijos, y sus caritas finas y tersas, exquisitas, perfectas, cruzaban el aire insalubre, se envenenaban con partículas invisibles de aquella atmósfera nociva!

A la letrada Susane le asaltó una indignación excesiva, fuera de lugar.

Se prohibió continuar pensando en aquellos críos cuya suerte no tenía por qué importarle más que la de muchos otros.

Pero le había afectado tanto, para su sorpresa, que Sharon hubiera fingido no verla en el pasillo del hipermercado por el que deambulaba con sus hijos, que la letrada Susane llegó a pensar que, si le permitieran conocer a la niñita y al niñito de rasgos tan puros, se sentiría profundamente honrada.

Y esa esperanza la llevaba a experimentar hacia esos pitusos (así los llamaba para sus adentros, un término anticuado y cariñoso que el señor y la señora Susane empleaban de manera espontánea: ¡Aquí está nuestra pitusa!, le gustaba exclamar al señor Susane cuando iba a visitarlos) un sentimiento protector impregnado de inquietud.

Hecha un mar de dudas, decidió subir al primer piso en lugar de llamar antes a las puertas de la planta baja, creyendo recordar que Sharon se había referido a una escalera difícil de subir cuando volvía cargada con la compra, en una rara, tal vez única, alusión a su vida en Lormont.

No, en realidad hubo otra, aunque la letrada Susane ya no se acordaba (¿a propósito de su marido, de sus hijos, de su piso?, ¡imposible de saber! Con todo, la había dejado atónita, pero ¿por qué razón?).

La escalera era angosta y empinada.

Estaba diseñada para conducir a las habitaciones de aquella antigua casa unifamiliar, no para que una madre, de quien dependía por completo la supervivencia de su familia, según había entendido la letrada Susane, tuviera que trepar hasta su vivienda.

Llamó tímidamente a la puerta más cercana a la escalera.

Todo la repelía, la escandalizaba sin sorprenderla.

Pero, ¿quién se atreve a alquilarles, probablemente por un ojo de la cara, algo así, con las paredes desconchadas, los enchufes del año

de la polca, un tragaluz tapiado?, se preguntaba con una indignación maquinal aunque sincera.

Al cabo de unos segundos, la puerta se entreabrió, mostrando el rostro ansioso y desconfiado de un hombre que se parecía a Sharon y a sus maravillosos hijos: cobrizo, delicado, con los párpados sensibles y temblorosos.

—Soy la letrada Susane, la empleadora de Sharon.

Se deshizo en sonrisas, con el propósito de tranquilizarlo.

El hombre susurró algo que ella no comprendió y, acto seguido, obligándose a sonreír de oreja a oreja como ella, acabó de abrir la puerta, con su hermosa mirada llena de una expectativa atormentada.

Dios mío, ¿qué hace usted aquí? ¿Qué horrible noticia oculta su sonrisa?

—No pasa nada —se apresuró a decir la letrada Susane—, simplemente me preguntaba si hoy Sharon se había quedado en casa, quizá, con este frío…

El hombre reflexionó, calculando rápidamente, desesperadamente (¡oh!, ¡cómo lo compadecía la letrada Susane!), qué podía contestarle sin menoscabo para todos.

—Pues… se ha ido a trabajar —farfulló—, sí, eso creo, sí.

A continuación, con un tono más seguro:

—Pase, señora, pase.

El primer objeto que observó la letrada Susane en el piso fue su bufanda naranja en el colgador del pasillo.

Siguió al marido de Sharon hasta la minúscula cocina situada frente al colgador, justo a la derecha de la puerta principal.

Rechazó tan amablemente como pudo el café que le ofrecía aquel hombre afable y asustado.

No quería forzarlo ni ofenderlo, ni atemorizarlo ni costarle nada.

La cocina era vieja y pulcra, antigua y, en cierto modo, irrecuperable desde el punto de vista de la higiene actual, pero le habían sacado brillo con tanto empeño y pasión, pensó la letrada Susane, que casi parecía nueva, inocente.

—Sharon no estaba en mi casa hace un rato, me he preocupado…

—Debe de estar en casa de las otras señoras —dijo el marido—, igual se ha confundido con los horarios, a veces le pasa.

—Sí, claro —dijo la letrada Susane, repentinamente devastada.

—No es fácil —continuó el marido con una voz apesadumbrada—. Las otras no son como usted.

—¿En qué sentido?

De pronto le clavó una mirada seca, febril, y su rostro ambarino se volvió colorado como si todavía dudara, tal como comprendió la

letrada Susane, si podía hablarle con franqueza.

Por eso también comprendió que, acto seguido, se dirigía a ella con cierta agresividad, porque claudicaba, daba por sentada la lealtad de la letrada Susane, tal vez irracionalmente.

Se había sentado en una dura sillita de plástico.

Estaba más estupefacta que dolida —engañada, desoladoramente indignada.

—Las otras la llaman y Sharon debe ir corriendo —dijo el marido furioso—. ¿Eso es normal? Sharon no puede estar en todas partes a la vez, no puede estar al mismo tiempo aquí y allá, ¿no? Está cansada, cansada.

—Las otras, ¿cuántas son?

—Hay dos señoras, con usted tres, pero —precisó— usted siempre es correcta, no como las otras.

—¿Por qué? ¿Qué hacen? —preguntó la letrada Susane con una voz plácida, casi ligera.

Se le partía el corazón.

Hasta entonces no sabía nada de las otras señoras y ni siquiera se imaginaba que, en lugar de hacer acto de presencia en su casa, donde la letrada Susane le pagaba generosamente por estar allí (¡puesto que apenas había nada que limpiar!), Sharon iba a trabajar a otro sitio a escondidas.

¿Acaso no era mezquino?

¿Acaso no era comprensible?

¿Y acaso Sharon no tenía razón engañando a la letrada Susane, que se concedía el derecho a retenerla en su piso pensando que el aburrimiento, la inactividad absurda eran poca cosa en comparación con el buen sueldo que le pagaba y con el trabajo que llevaba a cabo para ayudar a la familia de Sharon a quedarse legalmente en Francia?

Pero se le partía el corazón.

El marido de Sharon también se había dejado caer en otra de las viejas sillas de jardín que rodeaban la mesa, por la que pasaba la mano una y otra vez con dureza, como si la fregara o la castigara por no ser suficientemente bonita ni estar suficientemente limpia.

El señor y la señora Susane tenían una mesa del mismo tipo en el patio, pensó distraídamente la letrada Susane.

¡Oh, cómo le dolía, cómo la había herido Sharon!

—Las otras —dijo el marido con rencor— no tienen en cuenta todas las horas que trabaja Sharon, ni le hablan bien, nunca están contentas aunque Sharon trabaja mejor que nadie, ¿no?

—Sí —susurró la letrada Susane—, Sharon trabaja a la perfección.

—Exacto, eso mismo digo yo.

Había alzado la voz, como si la letrada Susane lo hubiera

contradicho.

Ella no se movió, apartó la mirada.

Al otro lado de la calle, acodado en la barandilla de su ventana destartalada, un hombre los observaba con un cigarrillo entre los labios.

Su mirada le pareció severa a la letrada Susane.

Entonces, instintivamente se vio obligada a reconfortar al marido de Sharon.

Acercó la mano a su antebrazo, lo acarició con cautela.

Le había parecido entender, o así había interpretado las pocas palabras que Sharon había pronunciado con reserva sobre su marido, que había «caído en una depresión» (según la fórmula habitual del señor y la señora Susane) poco después de llegar a Francia.

Por temor a que lo detuvieran y le pidieran que presentara un permiso de residencia del que carecía, se quedaba enclaustrado, solo salía furtivamente para recoger a los niños en la escuela cuando Sharon no podía ir.

No conocía ni trataba a nadie aparte de su mujer y sus hijos, lo cual bastaría, donde fuera, para trastornar al hombre más cuerdo, había soltado Sharon con un suspiro desalentador.

—¡Yo también me volvería loca en su lugar! —había exclamado Sharon.

La letrada Susane no la había interrogado.

Las preguntas directas perturbaban a Sharon, la enmudecían, la volvían suspicaz y entonces sus párpados con largas y espesas pestañas empezaban a abrirse y cerrarse dolorosamente.

La letrada Susane le hubiera preguntado: Usted, Sharon, saliendo, trabajando, corre el mismo riesgo que correría su marido. Y si la detienen, si la persiguen, ¿qué va a hacer su marido? Lo expulsarían igual, ¿qué lo protegería? Entonces, ¿por qué le deja a usted toda la responsabilidad de las tareas necesarias para salir adelante?, ¿por qué solo usted trabaja, hace la compra, se arriesga a encontrarse un control policial?, ¿por qué tiene que arreglárselas usted sola?

Sharon, pensaba la letrada Susane, le habría contestado con su voz ofendida, virtuosa: ¡Pero si está triste, está enfermo! Su enfermedad es la tristeza, es superior a él.

—¿Sabe usted el nombre de las otras señoras? —le preguntó con delicadeza al marido de Sharon.

La letrada Susane acercó su rostro hacia el de él.

El hombre se secaba las mejillas y los labios con la manga de la camisa en un movimiento infantil que la conmovía a su pesar.

—¿Sabe usted mi nombre? —volvió a preguntarle.

—Sí, claro. —Soltó una risita, como si fuera una obviedad—. Usted

es la señora Susane, las otras: señora Pujol y señora Principaux. ¿Cómo no iba a saber el nombre de las mujeres que explotan a Sharon? No me refiero a usted, señora Susane. Pero las otras dos sí que la explotan y Sharon ya no sabe cómo librarse de ellas. La señora Principaux, por ejemplo, ¿sabe usted qué hizo un día? Dijo que Sharon no había pasado bien el aspirador por debajo de la alfombra, que solo había levantado las puntas y que eso era inaceptable, así que le descontó aquel día del sueldo, para castigarla.

La letrada Susane se apretaba las manos temblorosas, la una contra la otra.

Era consciente de que la piel de su rostro había adquirido un tono grisáceo, como siempre que algo la conmocionaba profundamente.

—¿Principaux? —susurró—. ¿Dónde vive esa señora Principaux? ¿En Caudéran? ¿En Bouscat?

En Bouscat, en una casa magnífica, habían vivido Gilles, Marlyne Principaux y sus hijos.

—No, no —dijo el marido de Sharon con cierta impaciencia—, vive en la ciudad, en el barrio de la catedral. Es una anciana, su marido murió, vive sola, es rica y siempre se las arregla para abusar de Sharon. No aguanto que se aprovechen de ella, Sharon no sabe defenderse, siempre dice sí, gracias.

Conque esa es la razón por la que me engaña Sharon, pensó la letrada Susane, me hace creer que ha pasado la tarde en mi casa, cuando en realidad ha ido a casa de las otras, porque no sabe cómo librarse de esas dos «señoras».

Sí, es por eso, está acorralada, está acorralada, pobre Sharon, se repetía la letrada Susane en un arrebato de alivio que aún la hacía temblar más.

—Tengo que marcharme —dijo levantándose con precaución.

El marido de Sharon se despidió de ella sin moverse de la silla.

En el pasillo, la letrada Sharon cogió la bufanda naranja del colgador, se la metió en el bolso y luego abandonó el piso con la discreción de un culpable.

A continuación, fue al despacho sin pasar por casa.

No deseaba constatar que tal vez Sharon no estaba, no tener que pillarla de nuevo en el flagrante delito de ausencia. Habida cuenta de que ya lo sabía, ¿qué iba a cambiar?

Y si Sharon estaba, ¿cuál sería la diferencia?

Porque, en cualquier caso, Sharon le estaba dando gato por liebre.

¡Pero no era culpa suya, era a causa de aquellas Pujol y Principaux, que la habían convertido en la esclava perfecta!

La letrada Susane temblaba de indignación.

¿Acaso aquella Principaux era la madre de Gilles?

Suponiendo que fuera el caso, había cambiado mucho. ¡Aquella mujer maravillosa, afable, hospitalaria en su magnífica casa de Caudéran, que había ofrecido con una naturalidad tan espontánea, con un placer tan poco fingido, un zumo de naranja a la hija de la planchadora!

¿Acaso había otros Principaux en Burdeos, aparte de aquella familia?

La letrada Susane tenía la esperanza de que sí, sombríamente, salvajemente.

En el despacho, se volcó en sus tareas, deseando terminarlas, en contestar al escaso correo que recibía.

La letrada Susane, abogada independiente desde hacía poco tiempo, trabajaba sola.

Había decidido alquilar un bonito despacho de dos salas que daban a la plaza de la catedral, con la idea de que una buena ubicación y una sede atractiva le generarían una clientela interesante, pero, Dios mío, ¡qué difícil era!

Cuando le pagaban, era con mucho retraso, sistemáticamente.

A la letrada Susane le gustaba decirles a sus amigos, a aquellos que la invitaban a cenar y la apreciaban por su habilidad para contar cosas, por su humor rebosante de ironía (¡tan artificial, a su juicio!), que le encantaba el combate pero detestaba el conflicto, de ahí que le costara horrores reclamar lo que le debían.

¡Qué arduo era!

Imprimió todos los artículos que encontró sobre el caso Principaux, los que ya había leído tras la detención de Marlyne, de los que guardaba un recuerdo tan preciso que casi podría recitarlos, y algunos otros procedentes de sitios web algo indecentes, a su modo de ver, que descubría con incomodidad, pero que, en ciertas frases, le parecían haber revelado alguna oscura verdad: la complacencia, el afán del marido por «liberar a su mujer de sus demonios» una vez cometidos los homicidios (o los asesinatos).

Porque Gilles Principaux no parecía devastado por la muerte de sus hijos, sino deseoso de salvar a Marlyne a ojos de los demás.

¿Y por qué no?, pensó la letrada Susane.

¿Y qué significaba «devastado»?, ¿qué conclusión convincente cabía sacar de los ojos secos de Gilles Principaux, de sus extrañas sonrisas ante las cámaras, de su placer manifiesto al expresarse sobre aquel horror?

¿Según qué criterios irrecusables, tanto morales como psicológicos,

cabía concluir que, como sonreía tanto, la muerte de sus hijos no le afectaba como debería?

Aquellos sitios vengativos y sospechosos habían metido el dedo en la llaga, pensaba la letrada Susane: la reacción de Gilles Principaux ante el suceso que supuestamente le había destrozado la vida era poco habitual.

Curiosamente, se mostraba alegre, exaltado, satisfecho consigo mismo, y luego afligido cuando reparaba en que se le exigía que se mostrara conmovido, trastornado, transformado, y sus lágrimas o su amago de ellas parecían falsas, porque fingía bastante mal lo que, en realidad, no sentía: estar conmovido, trastornado, transformado.

Pero aquellas anomalías no debían comportar ninguna valoración del dolor de Gilles Principaux, pensaba la letrada Susane.

¿Quiénes son ustedes para dictarme la forma que debe adoptar mi tristeza? ¿Acaso han entrado en mi corazón para saber cómo sufro?

Los artículos de los periódicos respetables, de los que la letrada Susane recordaba casi cada palabra, describían la misma escena: dos policías, un hombre y una mujer, entrando en casa de Gilles y Marlyne Principaux después de que esta los hubiera llamado por teléfono suplicando que acudieran urgentemente, aunque su voz calmada, fría, sin entonación, parecía contradecir la necesidad de que los agentes tuvieran que ir cuanto antes.

Habían llamado al timbre, habían aporreado la puerta y, como nadie contestaba, habían entrado simplemente presionando la manilla.

Se habían encontrado a Marlyne sentada en el sofá del salón, muy erguida.

La casa estaba en orden, casi excesivamente ordenada, diría uno de los policías (lo que daba fe de su propia relación con el orden, más que de un comportamiento insólito por parte de Marlyne, consideraba la letrada Susane).

Marlyne los había saludado con su voz tranquila, les había agradecido que hubieran venido.

Sin moverse, les había susurrado que fueran a su dormitorio, al fondo del pasillo.

Se mostraba mansa y sosegada, un poco pálida (diría uno de los policías, pero ¿cómo podía saber cuál era su tono de piel habitual?), y la única señal de su probable nerviosismo se adivinaba en su manera de apretarse las manos entre los muslos bien cerrados.

Uno de los agentes afirmaría también que tenía la mirada ligeramente aturdida.

Con todo, los vecinos, los amigos, dirían que Marlyne, pese a la ponderación de sus movimientos, de sus palabras, siempre tenía los ojos inquietos, extremadamente desasosegados, como los de un pájaro

al acecho del peligro —como, diría una vecina, la mirada del herrerillo cuando vuela de una rama al nido desde donde lo llaman las crías hambrientas.

Aquella vecina se llevaría la mano a la boca nada más pronunciar esas palabras, porque los herrerillos no asesinan a sus crías, ¿verdad?

Los dos policías, el hombre maduro, barrigudo, corpulento, y la mujer joven y deportista, que precedía a su colega, fueron hasta la habitación de los Principaux, recorriendo el pasillo con todas las puertas cerradas.

La agente había descubierto a los tres niños tumbados en la cama de los padres.

La letrada Susane no entendía, leyendo aquellos artículos serios, si los niños estaban tumbados en la cama y completamente a la vista de la policía o si su madre los había cubierto con una sábana, si solo les sobresalía la cabeza.

Ninguno de los artículos era preciso al respecto.

Algunos decían «en la cama», otros «encima de la cama», como si se tratara de un detalle irrelevante.

La agente diría que había comprendido de inmediato que los niños estaban muertos.

No obstante, se había precipitado hacia la cama, por supuesto, había intentado reanimarlos ante la mirada de su colega, que había declarado estar «profundamente impactado, por tener tres nietos de edades parecidas, como en el caso de los Principaux, dos niños y una niña todavía bebé».

El mayor, Jason, sostenía en brazos, o más bien (se corrigió mentalmente la letrada Susane) tenía en los brazos, a su hermanita, Julia, de seis meses.

Tenía seis años; su hermano, John, cuatro.

Los tres niños estaban desnudos, con la piel seca y el pelo mojado, bien peinado.

La agente diría que había observado enseguida que gozaban de buena salud: sus cuerpos eran hermosos e inmaculados, a la vez carnosos y esbeltos; eran niños alimentados con esmero, cuya piel no mostraba ninguna señal de malos tratos.

La puesta en escena de la ternura con la que el mayor estrechaba a la pequeña entre sus brazos, la protegía, había turbado a la agente, dado que, como había percibido enseguida, la muerte no había alcanzado a los niños en aquella cama ni en aquella actitud, y Marlyne Principaux contaría después, con una falsa modestia de madre que se sabe ejemplar, que, en efecto, se había tomado la molestia y el tiempo de disponer así los cadáveres de los niños: Jason había adorado y mimado a la bebé Julia, así que era una cuestión de justicia, de

exactitud, mostrarlos una en brazos del otro.

En cuanto a John, lo había colocado en el flanco, con su bonita cara vuelta hacia la de su hermano mayor, al que había querido con locura.

—He intentado no equivocarme —susurraba Marlyne, sonriendo humildemente—, no traicionarlos en sus sentimientos, los conocía tantísimo, nadie los conocía como yo.

Los dos policías, conmocionados, habían pedido refuerzos.

Marlyne Principaux, tranquila pero tambaleándose ligeramente (como si hubiera bebido, aunque no era el caso), les había enseñado la bañera todavía llena, había explicado con buena voluntad de alumna dócil cómo había ahogado primero a la bebé Julia, después a John y por último a Jason, que había mostrado tanta resistencia que había tenido que meterse en la bañera, inmovilizarle las piernas con las rodillas, en fin, luchar con él en una escalada de violencia que había detestado.

—¡No me lo esperaba, lo único que quería era no hacerle daño, no hacer daño a nadie, sobre todo a mi niño amado! —diría una Marlyne desolada al recordar la escena.

A todos los que la escuchaban les parecería evidente que se había afanado por no hacer sufrir más de lo necesario (como sabía que era para ellos morir) a esos tres niños a quienes aseguraba querer más que a nada en el mundo.

Diría que se había informado en internet: la manera más segura de eliminarlos («enviarlos al cielo», decía ella) sin que el cuerpo se resintiera era el ahogamiento.

Era muy consciente de que los dos niños debían de haber experimentado con seguridad el espanto y la desesperación, el horror y la angustia cuando ella había empujado con las manos su cara todavía fuera del agua para mantenerla en el fondo de la bañera.

Entonces, diría, ella había cerrado los ojos.

La letrada Susane no se lo creía.

Releía los artículos y se apoderaba de ella un furor que no había sentido hasta entonces.

No se creía que Marlyne Principaux hubiera cerrado los ojos durante aquellos largos minutos en que se dedicaba metódicamente a ahogar a sus hijos.

En el caso de Jason y John, no debió de ser tarea fácil.

Eran niños robustos, nerviosos, ¿por qué iban a consentir su propio asesinato?

Marlyne solo podía haber obrado con esfuerzo, brutalidad, jadeos y salpicaduras de agua, súplicas y desobediencia, no podía haber mantenido los ojos cerrados (como una santa durante el martirio).

¿De qué naturaleza eran esos actos?

Solo cegada por el odio, pensó la letrada Susane, puede la autora soportar semejante atrocidad.

Porque Marlyne, era preciso ser consciente de ello, había torturado a sus tres hijos, ¿verdad?

La letrada Susane estaba profundamente conmovida.

Según todos sus allegados, incluso aquellos que la maldecirían, que no querrían tener más trato con ella (su madre, sus hermanas), Marlyne había adorado a sus hijos, especialmente, tal vez (pero ¿qué significaba aquella posible predilección?), al mayor, Jason, del que siempre se había sentido orgullosa en exceso (tal vez).

Sin embargo, se apresurarían a añadir esos mismos allegados, también mostraba un amor entregado por John y Julia; se preocupaba por su salud, todavía amamantaba a la pequeña en la época de los homicidios (o de los asesinatos) y, de hecho, le había dado el pecho unos minutos antes de matarla.

¿Qué significaba todo aquello?, se preguntaba la letrada Susane.

Marlyne Principaux había ahogado a sus hijos a última hora de la tarde, poco después de recogerlos en la escuela, de darles la merienda en la cocina como todos los días y, casi como todos los días en la vida de esa madre admirable, de servirles un trozo de pastel, un bizcocho de naranja, que había preparado para ellos.

Diría que jamás alimentaba a sus hijos con productos que no hubiera elaborado ella misma, razón por la cual Jason y John no almorzaban en el comedor escolar.

Todos los días, a las doce menos veinte, Marlyne instalaba a Julia en el cochecito e iba caminando a la escuela, regresaba a casa con los niños, a quienes volvía a llevar a la escuela a la una y media, siempre con Julia, a la que amamantaba justo antes (para que aguantara tranquila durante el trayecto, explicaría).

Siempre les preparaba un almuerzo rigurosamente equilibrado, calculando no solo el número de calorías que debía contener la comida de unos niños de cuatro y seis años, sino midiendo también las proteínas, los glúcidos y los lípidos, con el propósito de alimentarlos de manera intachable.

Asimismo, pesaba sus propias comidas, para favorecer el crecimiento de Julia, ya que tenía previsto amamantar a su hija durante dos años, tal como había hecho con los niños.

Para su gran desesperación (aunque jamás se lo confesara a nadie, ni siquiera a su marido, a quien se lo contaba todo), Marlyne Principaux ganaba peso regularmente, pese a su excelente régimen.

Y en la época de los homicidios (o de los asesinatos), había tenido que enfrentarse a este dilema: tratar de adelgazar activamente y correr

el riesgo de que Julia tomara una leche menos adaptada a su desarrollo armonioso o bien ceñirse al procedimiento más acorde con el crecimiento de la bebé, pero en detrimento, pensaba ella, de su propia silueta.

¡Se había avergonzado tantísimo de preocuparse por algo tan nimio!

Sobre todo porque ni su marido ni sus allegados parecían darse cuenta de que estaba engordando.

Pero Marlyne lo sabía.

Lo sabía cuando se vestía, cuando se frotaba el cuerpo en la ducha, de manera que había decidido no volver a ponerse su ropa habitual.

Se había comprado en Emmaüs algunas camisetas y jerséis de hombre y dos trajes pantalón con la cintura elástica, gracias a los cuales no tenía tanta conciencia del contorno de su cuerpo y de los límites de su persona, que se iban ensanchando constantemente.

¿Se sentía bien con esa ropa?

No del todo, pero así al menos no lo notaba, cosa que deseaba para rehuir la angustia de saber que estaba creciendo en anchura y que no podía hacer nada contra ese fenómeno.

Porque resultaba impensable dejar de amamantar a Julia.

¡Oh, Dios mío!

Marlyne tal vez se hubiera echado a reír.

¡Poner en riesgo la salud de la bebé por algo tan irrisorio!

¿Cómo abordarlo?

¡También podría empezar a beber, a drogarse, a desatender y pegar a sus hijos!

Cuando uno empieza a no preocuparse por ellos sino por sí mismo, ¿dónde está el límite?

La letrada Susane solo había leído en la prensa cómo probablemente se habían desencadenado los hechos, el descubrimiento del suceso por parte de la policía, la transcripción de las primeras palabras de Marlyne.

El resto se lo inventaba, lo suponía, pero, como constataría más tarde, ¡con qué desconcertante clarividencia!

¡Y pese a su profunda antipatía, incluso pese a su aversión por Marlyne Principaux!

Tras haber intentado en vano reanimar a los niños, los dos policías se habían reunido con Marlyne en el salón, donde seguía en la misma postura, erguida y dócil, con las manos entrelazadas y una sonrisa comedida, hierática, apesadumbrada.

Llevaba una camiseta ancha con el logo de la Sorbona y unos pantalones de chándal grisáceos que le caían sobre las zapatillas

deportivas.

La agente observaría dos manchas húmedas en el algodón de la camiseta, a la altura del pecho, y, al sorprenderla mirándola, Marlyne diría con un tono de disculpa que se le derramaba la leche.

Era noviembre, un día gris y templado, la casa estaba bien caldeada, demasiado bien caldeada, tal vez.

Los policías estaban sudados, pero (se preguntaría la letrada Susane) ¿era por la temperatura excesiva o por su estado de conmoción?, de hecho ¿quién podía afirmarlo con certeza?

De repente, llegó Gilles Principaux, apresurado, inquieto.

—¿Todo bien, amor mío? —había gritado en dirección a Marlyne. (Era como un personaje de serie televisiva, pensaría la letrada Susane, que aparece inocentemente en el escenario de una tragedia y pronuncia frases que suenan falsas, aunque sea su manera habitual de hablar.)

Marlyne le sonrió sin abrir los labios.

Había cerrado los párpados y había agitado vagamente la mano como si quisiera reconfortarlo.

Se sabría que había llamado a su marido una hora antes de telefonear a la policía, pidiéndole que volviera a casa porque tenía un problema.

Gilles Principaux tendría que haber llegado antes que los dos policías; aunque no estuviera dando clase en ese momento, había tenido que solventar varias cuestiones administrativas que habían retrasado el momento en que se había encaminado hacia Le Bouscat, más bien contrariado (reconocería) por tener que correr hasta el coche y volver a casa antes de la hora habitual.

Al ver el vehículo de policía estacionado delante de su casa, se había asustado.

—¿Todo bien, amor mío? —había gritado, sin adivinar nada aún (aseguraría, ¿cómo podía un marido imaginarse semejante atrocidad, semejante traición a la armonía y la franqueza que reinaban, dirían los dos, en su pareja?).

Y Marlyne le había sonreído, aunque con reticencia, con dificultad, cosa de la que él se había dado cuenta.

No obstante, ella había esbozado aquel gesto apaciguador que él conocía bien: batía el aire con la mano abierta, confiada, ligeramente irónica, que significaba: «Nada grave, amor mío, tengo la situación controlada».

Era un código de complicidad entre ellos dos: cuando Gilles aparecía de improviso en medio de una situación confusa, las raras veces que el cuidado de los críos había sembrado la casa de desorden o que los niños, inexplicablemente agitados, querían pelearse porque

de repente parecían odiarse (¡cómo sufría entonces Marlyne!), ella le dirigía aquel gesto a Gilles.

Y, milagrosamente, las cosas volvían a su cauce.

Jason y John dejaban de reñir sin razón aparente, Julia aceptaba el pecho que poco antes había rechazado de manera hiriente, el salón quedaba súbitamente ordenado sin que Marlyne ni Gilles (en apariencia) hubieran movido un dedo.

¿Acaso era un efecto sobrenatural del pensamiento, de la voluntad?

Eso creía Marlyne.

Gilles, más pragmático, diría que nunca había encontrado la casa desordenada.

Marlyne era obsesiva, ya estaba acostumbrado.

En una estancia llena de vida, enseguida veía un caos angustiante, y las peleas de los niños la desalentaban como si pusieran en evidencia su fracaso a la hora de educarlos.

Era muy obsesiva, diría Gilles de manera más bien ingenua, sin afán de criticar a Marlyne.

Marlyne, por su parte, afirmaría que Gilles no soportaba «el caos» y que por él, por su tranquilidad y por evitar cualquier resentimiento por su parte, cualquier reproche contenido, se encargaba con afán de que la casa, pero también su existencia en general, estuvieran perfectamente en orden.

Expresaría, con su voz monótona, rencor hacia él, a veces incluso una especie de odio distante, desdeñoso, un extraño odio sin pasión.

Él, jamás.

La defendería contra toda razón, sin distanciamiento, con pasión.

Se perfilaban así, en la imaginación de la letrada Susane, en sus conjeturas, en sus fantasías, el retrato de un Gilles Principaux convencido de su propia laxitud respecto a la organización de la vida familiar y de una Marlyne no menos persuadida de tener que garantizarle a su marido el sosiego que él le exigía tácitamente.

Marlyne diría:

—Cada día pensaba en el momento en que volvería a casa y tenía miedo. No quería que se sintiera contrariado o que se pusiera nervioso porque las cosas no estaban en su lugar. Era amable, sí, nunca decía nada ofensivo. Pero yo sentía su decepción, su descontento cuando no lo había hecho bien, esas cosas se sienten en una pareja, no se dice nada pero se siente todo, se entiende todo.

Se pondría de manifiesto que Marlyne, después de que nacieran sus hijos y dejara de trabajar (acatando la sugerencia de Gilles, afirmaría ella), se había enrocado en la idea de que, como ya no ejercía su profesión de profesora de francés en un colegio, debía demostrar a su

marido, a su madre (enfadada por que su hija hubiera dejado de trabajar, hubiera renunciado a ser brillante e independiente) y a sus hermanas que, como madre de familia, ejercía una profesión tan loable, difícil, digna de respeto como la de profesora.

Había querido ser una madre de familia de alto nivel, como un atleta, pensaría la letrada Susane.

A Marlyne y sus dos hermanas las había criado su madre, y todo lo referente a su padre era nebuloso; se había marchado, lo habían echado, la madre no se pronunciaba al respecto.

La madre de Marlyne simplemente aseguraba, no sin razón, que había conseguido educar bien a sus hijas pese a las dificultades inherentes a su condición de madre soltera con escasos ingresos.

Trabajaba en los viñedos como jornalera agrícola, y si Marlyne, de la que tanto se enorgullecía antes de que se casara con Principaux, había llegado a ser profesora, las otras dos no habían traicionado sus esperanzas: la mediana trabajaba de responsable de una bodega y la menor en una tienda de ropa de la que era gerente.

Sí, pensaría la letrada Susane llena de admiración, esa mujer sencilla y valerosa había encaramado a sus tres hijas en la escala social, vigilando como pudo su escolaridad, reuniéndose con los profesores (exageradamente, dirían algunos, ¿o acaso la letrada Susane se inventaba ese detalle?; no sabría decirlo), permitiéndoles solo amistades dignas de sus propias ambiciones y sacrificios, y tal vez siendo excesivamente severa a veces, pero cómo no serlo si vives en un piso modesto en el suburbio de Langon y sabes que tus hijas adolescentes sueñan con tener permiso para ir al gigantesco centro comercial después de clase, porque el instituto linda con la zona industrial, y unos conocidos bien informados te han contado que allí, en descampados entre el Intermarché y el Lidl, los jóvenes beben, fuman, se pinchan, en suma, atraviesan ese breve periodo de su vida de tal manera que esta quedará menguada, siniestramente malograda, y que dirán de ellos: ¡Qué lástima!

La madre de Marlyne había luchado para que nadie pudiera decir de sus tres hijas inteligentes y dotadas: ¡Qué lástima!

Entonces, ¿había sido dura, desmesuradamente inflexible?

Un artículo lo insinuaba.

La madre de Marlyne y sus dos hermanas se negarían a volver a verla tras los homicidios (o los asesinatos).

De hecho, raras veces habían visitado a Marlyne cuando tuvo a sus hijos, como si Marlyne hubiera desmerecido inexorablemente al elegir esa forma de vida; de hecho, ellas no tenían hijos, sin que la letrada Susane pudiera afirmar, no obstante, que ese hecho era por decisión propia.

En cualquier caso, ni la madre ni las hermanas parecieron estar profundamente, dolorosamente afectadas por la desaparición de Jason, John y Julia, a quienes a fin de cuentas apenas conocían.

Pero la decadencia de Marlyne las había herido para siempre.

La letrada Susane incluso tenía la impresión de que las tres, madre e hijas, podían aguantar el horror del gesto de Marlyne, podían imaginarse la escena sin que ese horror se apoderara de ellas.

Lo que no podían perdonarle a Marlyne, pensaba la letrada Susane, era que hubiera huido tan lejos de ellas moralmente casándose con Principaux, abandonando su carrera para criar a los hijos de Principaux, en suma, que se hubiera doblegado a los requerimientos más o menos explícitos de aquel Principaux que había sido tan avispado (creían las hermanas y la madre, según la letrada Susane) como para casarse con una mujer de una clase social muy inferior a la suya.

—Ella no se atrevía a contradecirlo —diría una de las hermanas.

Y la otra:

—Él le imponía, era hijo de la burguesía; de hecho, era bastante autoritario, bajo su apariencia tranquila.

Y la madre:

—Se las ingenió para convencerla de que no valía gran cosa, le minó la autoestima. Apenas la reconocía cuando iba a verla, así que me alejé, me entraba un cabreo tremendo. A ella le encantaba su profesión, dar clase de francés en un colegio, y de golpe y porrazo me soltaba que ser mamá era el deber más hermoso del mundo, que quería hacer todo lo que estuviera en sus manos para proteger a sus hijos de los peligros del mundo, blablablá…, y que para cumplir ese maravilloso deber una mamá tenía que serlo a tiempo completo, blablablá. Yo estaba furiosa con ella, prefería guardar las distancias, todo esto para esto, pensaba, ¡qué lástima! Y sabía perfectamente que Principaux era cien por cien responsable de aquel cambio, sabía perfectamente que la Marlyne a quien yo había educado para ser libre y que había disfrutado una barbaridad de aquella libertad hasta los veintiséis años, hasta la edad en la que Principaux la hizo caer en sus redes, nunca hubiera adoptado voluntariamente aquella forma de vida, yo lo sabía pero era imposible hacérselo entender a Marlyne, porque Principaux la tenía encandilada, ella siempre le dedicaba algún elogio convencional, Gilles era maravilloso, blablablá…, Gilles era tan inteligente, blablablá, Gilles tenía tantos detalles con ella, blablablá… Lo decía forzada, estaba triste y desamparada, no quería reconocerlo, era orgullosa. Entonces me distancié de ella, y sus hermanas también. En esos casos no se puede hacer nada. Habría acabado odiándonos, echándonos. Principaux nos detestaba. Debía de comerle el coco maldiciéndonos. Estoy disgustada y triste por Marlyne, que nunca

volverá a ser libre, que nunca volverá a dar clase de francés en un colegio, como tanto le gustaba. Por supuesto que lo de esas pobres criaturas que no le habían hecho nada a nadie es desolador. Todavía no estoy preparada para ir a visitar a Marlyne, todavía estoy demasiado furiosa con ella. Esas pobres criaturas, sí, por supuesto. Pero estoy resentida con Marlyne porque prefirió alejarse de nosotras, de su madre y sus hermanas, para abrazar el espíritu Principaux, para entrar en esa maravillosa familia Principaux cuyo hijo, Gilles, simple y llanamente la subyugó. Sí, ella era dócil, permisiva, pero no se daba cuenta. ¿Que si yo tendría que haberme quedado a su lado? Era imposible; como decía, Marlyne habría acabado encontrando cualquier pretexto para que nos peleáramos a muerte.

Entonces llegó Gilles Principaux, impaciente, nervioso, sensible.

Se había marchado a regañadientes de la facultad de Talence, donde era profesor de geografía, pero la irritación se había mezclado con un pánico repentino (el coche de policía aparcado delante de su casa) y se había abalanzado hacia Marlyne, creyendo, diría de manera muy convincente, que su mujer estaba herida o enferma.

En ningún momento, diría, había temido por sus hijos.

Porque amaba a su mujer más que a nadie, sí, incluso más que a sus hijos, por los que sentía un inmenso cariño, naturalmente.

Pero la persona que le despertaba las más dolorosas inquietudes y los mayores arrebatos de amor era Marlyne.

Le parecía que sus hijos siempre se las arreglarían, con su vitalidad voraz de animalillos, y además los tres gozaban de tal salud, de tal plenitud física, de tal perfección corporal, que no solía sufrir por ellos.

No, jamás había tenido ningún presentimiento enfermizo respecto a ellos.

A veces casi se había sentido sometido por su acaparadora existencia, por su voluntad imperiosa de estar allí, en su vida, y sus cuerpecillos recios, autoritarios, no se preocupaban lo más mínimo por el suyo, por sus debilidades y sus fatigas, sino solo por crecer lo más cómodamente posible bajo el amparo del cuerpo a buen recaudo de su padre, del que sacaban cándidamente, salvajemente, la sustancia necesaria para su vida brutal.

Sus hijitos tenían agotado a Gilles Principaux.

Sin embargo, deseaba más, muchos, cinco o seis, quizá, en total.

Pero no temía por ellos.

Nunca tenía esos sueños crueles en que uno ve a sus hijos en peligro.

Como contrapartida, temía la pesadilla frecuente en la que Marlyne agonizaba lejos de él; él lo sabía, pero no podía acudir y

Marlyne moría sin que le hubiera declarado su amor por última vez.

Gilles Principaux se expresaba así, comprendía la letrada Susane, a golpe de bonitas frases sinceras, de declaraciones extrañas, a veces irritantes, que con todo tenían la virtud de la franqueza, pese a que el rostro de Principaux, sonriente, exageradamente abierto, causaba un efecto de falsedad no menos irritante.

—¿Por qué deseaba usted ampliar la familia —le preguntarían—, si ya le costaba cuidar de sus tres hijos, si, según sus propias palabras, ya le parecía muy difícil repartir su afecto, darlo por igual a aquellas personitas?

—Quería más hijos porque sentía profundamente que eso era lo que deseaba Marlyne —contestaría Principaux.

Ante la misma pregunta, Marlyne reconocería que había deseado ardientemente a su primer hijo, Jason, pero que hubiera preferido no tener más.

No se había atrevido a confesárselo a Gilles ni tampoco abiertamente a sí misma, porque el pacto implícito que fundaba su unión, el interés que tenían los dos, tan distintos, por vivir juntos, se había sellado con la ambición de procrear en gran número y con alegría, sin que entrara ninguna consideración religiosa, al contrario: eran ateos, procedían de familias sin dios y consideraban que tenían todo el derecho del mundo a dar con una alegría absolutamente laica hermosos hijos a Francia (como les gustaba decir con humor).

Entonces había llegado Gilles Principaux con cara de pavor, diría la agente de policía.

La presencia de Marlyne lo había apaciguado fugazmente: allí estaba, sentada en el sofá, con su aspecto habitual, ni enferma ni herida ni desesperada, un poco erguida y distante, tal vez, pero Gilles Principaux, cuando regresaba de la facultad, no tenía por costumbre observar a Marlyne con tanto detalle como para distinguir una noche de la anterior, una actitud distinta de la de la víspera.

Por lo general, Marlyne era así, reservada, poco habladora.

Algunos la describían como taciturna y ansiosa a la vez, aquellos pocos que se la encontraban de vez en cuando y que no podía decirse que fueran amigos de esa mujer solitaria: padres de alumnos, antiguos compañeros de instituto que a veces se la cruzaban por la calle.

Marlyne y Gilles constatarían en voz alta, los dos ingenuamente de acuerdo en ese punto y como si nunca se hubieran dado cuenta de ello, que Marlyne, en realidad, no tenía amigos.

Marlyne consideraba amigos a los de Gilles, que este invitaba a casa a cenar o a tomar café, en raras ocasiones, porque Gilles, cuando no trabajaba, deseaba «estar tranquilo».

Aquellos amigos de Gilles, los únicos a los que Marlyne se refería vagamente como suyos también, se podían contar con los dedos de una mano.

Además, a Marlyne le costaría recordar su nombre.

Incluso confundiría su sexo al referirse a una tal Frédérique, colega de Gilles, como un hombre, sin ningún recuerdo de las dos o tres visitas de aquella Frédérique, mintiendo como una niña cuando mencionaran su nombre:

—Sí, Frédéric, era simpático, creo, me caía bien.

Y aquellos (¿amigos?) a quien Gilles Principaux parecía invitar a casa con cierta reticencia dirían de Marlyne que apenas le habían prestado atención, debían reconocerlo.

¡Era tan discreta!

Adorable y anodina, hospitalaria de manera muy formal, con aquella mirada versátil, atormentada, que obligaba a apartar la mirada de la suya.

Desconcertaba a la gente, no sabían muy bien qué decirle, y las preguntas que le formulaban por cortesía no daban pie a una conversación: ella contestaba escrupulosamente, sin devolver la pregunta, indiferente o incómoda.

Su madre y sus hermanas dirían que, antes de conocer a Principaux, había sido una mujer jovial y elocuente.

Dos personas que afirmarían haberla conocido bien en la época en que estudiaba letras en Burdeos insistirían en ese sentido: Marlyne había sido alegre, solía ser habladora, vestirse con ropa de colores y maquillarse con esmero; ser consciente de su hermosa cabellera, de un rubio oscuro, no la había convertido en una chica discreta, al contrario, le encantaba gustar, ser admirada, era risueña y franca, leal, bonita y estaba «a gusto en su piel».

Aquellos dos testigos (¿hombre, mujer?, la letrada Susane no lograba precisarlo) reconocerían que habían tardado un tiempo en comprender que la Marlyne de sus años de universidad y la del atroz suceso eran la misma persona.

Los antiguos colegas de Marlyne mantendrían un discurso parecido.

Apenas había trabajado un año y medio en aquel colegio de Pauillac, pero habían tenido numerosas ocasiones de charlar con ella y de oír lo que decían los alumnos para saber que era una persona simpática y una profesora magnífica, de manera que ellos tampoco habían conseguido identificar a su antigua colega con la monstruosa protagonista de aquel suceso antes de que ciertos detalles los obligaran a comprenderlo.

Marlyne Principaux había dejado el colegio de Pauillac cuando se

quedó embarazada de su primer hijo.

Ya no había regresado.

Por medio de un correo electrónico jovial, de un entusiasmo cómico/ irónico tal vez forzado si se la conocía (pero ¿quién la conocía?, se preguntaba la letrada Susane, con el rostro crispado y el corazón en un puño), Marlyne había informado a tres o cuatro profesores del nacimiento de Jason, de su deseo de «dedicarse por completo a los primeros pasos en la vida de este maravilloso niño», y luego había puesto fin a la comunicación.

Ellos deseaban hacerle un regalo, ir a visitarla, celebrar de una manera u otra el feliz acontecimiento.

Ella no había consentido.

Lo había eludido, lo había aplazado y, por último, había dejado de contestar.

La habían olvidado, decepcionados.

Todos (aunque fueran muy pocos, en realidad) se habían ofendido por aquella retirada.

—Claramente, ya no quería tener nada que ver con nosotros —diría una profesora de inglés—. No comprendimos por qué razón, puesto que teníamos una relación magnífica con Marlyne.

Más tarde, concluyeron que aquel alejamiento debía de ser responsabilidad de Gilles Principaux.

¿Acaso no era injusto?

Porque Principaux tendría una versión completamente distinta de los hechos.

Aseguraría haber animado a Marlyne a recibir a sus colegas, a presentarles el bebé, incluso reconocería haberse sentido desamparado y casi humillado, como padre de aquel bebé, por el hecho de que su mujer rechazase obstinadamente (aunque sin decirlo, inerte y testaruda, silenciosa pero imposible de convencer) mostrar con orgullo lo que a fin de cuentas era el maravilloso fruto de su no menos admirable unión.

Por parte de Marlyne, solo su madre y sus hermanas irían a ver a Jason, muy pocas veces en cuanto comprendieron que Marlyne no tenía previsto volver a trabajar y empezaron a profesarle, las tres por igual, una ira que ya no les permitía tratarla «como si nada».

Marlyne confirmaría las palabras de Principaux: en efecto, él la había alentado a recibir a sus colegas, había hablado de una cena o de un aperitivo en el transcurso del cual conocería por fin a esos cuatro o cinco profesores del colegio de Pauillac que Marlyne había frecuentado y apreciado, Marlyne lo confirmaría, Principaux se lo había comentado en varias ocasiones.

Ella no había dicho nada, no había hecho nada, no había invitado

a nadie y Principaux había capitulado, se había olvidado.

—Estaba demasiado cansada, demasiado agotada para encargarme de organizar un encuentro con amigos, tendría que haberlo hecho todo yo, Gilles tenía demasiado trabajo —diría Marlyne.

Y luego:

—Pensaba que, en el fondo, él prefería dejarlo, me daba la impresión de que solo sentía desprecio por mis colegas, que se aburría mortalmente ante la simple perspectiva de tomarse una copa con ellos, habría puesto buena cara y nadie se habría dado cuenta de nada (de aquel desdén, de aquel hastío), pero me parecía más sencillo no infligirnos a todos un pequeño teatro de hipocresía y de maldad camuflada (por parte de Gilles), es más fácil no hacer nada que esforzarse por preparar algo que corre el riesgo de ser irritante o decepcionante o fastidioso, por eso no hice nada, no dije nada, no contesté nada, ¡ay, fue culpa mía!, porque Gilles me animaba a organizar algo que le desagradaba profundamente, se lo echaba a la espalda, creía complacerme. ¡Pero yo lo conocía tantísimo, él no sabía hasta qué punto! Jamás hubiera impuesto a mis colegas de Pauillac la prueba de pasar por las horcas caudinas del juicio sarcástico y mudo de Gilles, ¡ay, fue culpa mía!, Gilles no tuvo nada que ver, él es como es, la cosa no tiene más misterio, y yo lo quise así, tal y como es, ¿qué puedo reprocharle? Aparte de haberme llevado a temerlo y a detestarlo, ¿no soy responsable de mi error, del error de haberlo amado, seguido, de haber renunciado a mi juicio a favor del suyo, de haber pensado que la menor de mis ideas, opiniones o inclinaciones corría el riesgo de la «cláusula de nulidad» (se reía diciendo eso, ¿no?) si Gilles no la ratificaba?

Fue culpa mía, diría Marlyne, puesto que Gilles acostumbraba a ser agradable conmigo, intentaba ayudarme con los niños aunque estuviera cansado o al menos me preguntaba si quería que me ayudara, a lo que yo solía contestar que no, pero me gustaba y él lo sabía y se prodigaba en esa clase de propuestas.

En el fondo, diría Marlyne, no tengo nada que reprocharle a Gilles. Empecé a crisparme cuando lo oía volver por la noche, a temer sus críticas melifluas y sus posturas de lo más estrictas respecto a la educación de nuestros hijos y nuestra forma de vida, la moral que pretendía que abrazáramos, pero no lo acuso. Yo hablaba poco. No me expresaba con claridad. ¿Cómo iba a adivinar Gilles que yo ya no soportaba a los niños, que rezaba para que él se matara con ellos en un accidente y yo me quedara libre y triste, libre y afligida y liberada por fin de su ojo omnisciente, de su mirada escrutadora y acusadora, aunque sus labios se enarcaran en una sempiterna sonrisa?

No condeno a Gilles Principaux, concluiría Marlyne. Me gustaría no volver a verlo nunca más, no siento ni compasión ni ternura por él,

pero no lo condeno. Nunca hizo nada que se pueda definir como infame. Aspiraba sinceramente a ser una persona excelente, un buen padre, un buen marido; Gilles Principaux no es un perverso, y si llegué a aborrecerlo, a soñar con su muerte (o con su desaparición, con su ausencia repentina y definitiva de mi existencia), fue por debilidad mía, no suya.

Se lo ruego, diría Marlyne (juntando las manos, con los párpados temblorosos), no caiga en la tentación de asociar a Gilles Principaux con mi culpabilidad, de redimirme en parte para sobrecargar a ese desdichado que, víctima de una suerte espantosa, debería explicar además (y por fuerza torpemente) por qué no cree haber desempeñado un papel perjudicial en el horror que lo azota.

No, ni Gilles ni Marlyne se acusarían el uno al otro, hasta tal punto que incluso parecería sospechoso, sobre todo por parte de Gilles.

¿Por qué daba la impresión de no estar resentido con su mujer asesina?

¿De querer defenderla moralmente en contra del interés de sus hijos asesinados (o matados, tres inocentes)?

Parecía casi estar a punto de culpar a los críos para apoyar a su mujer, evocando, aunque de manera vaga, elíptica, el carácter difícil de Jason, los berrinches inexplicables de John e incluso (una única vez, eso sí) el «egocentrismo» de Julia, la bebé.

Al igual que Marlyne respecto a él, Gilles Principaux no tenía críticas hacia su mujer.

Solo podía renegar de ella por el homicidio (o el asesinato) de sus hijos.

Por lo demás, la amaba y la apreciaba, diría.

Nunca había tenido problemas graves con Marlyne.

Y, ya que la cuestión no se podía esquivar o soslayar, los dos contestarían al unísono: habían tenido una vida sexual fantástica (para ella), estupenda (para él).

Siempre se habían entendido perfectamente en ese sentido, eran juguetones y decorosos al mismo tiempo y siempre, dirían, estaban «a la escucha de los deseos del otro».

Gilles nunca había forzado a Marlyne, Marlyne nunca había obligado a Gilles a hacer nada, a pesar de que, en sus propias palabras, al final él la hubiera llevado a odiarlo, a desear verlo morir con sus hijos, sin falta alguna por su parte, a desear ser libre e inocente, aunque había elegido ser libre y atrozmente culpable.

Principaux parecería excesivamente leal a Marlyne, de manera que lo acusarían de complicidad y de haber armado el brazo de Marlyne para lograr sus propios fines.

La letrada Susane no lo pensaba en absoluto.

Simplemente, opinaba que el dolor de Principaux tenía una forma poco habitual.

¿Acaso su propio dolor no tenía una forma indiscernible, susceptible de engañar a aquellos que mejor creían conocerla?

La actitud de Principaux dejó impactados a los dos policías, a quienes la visión de los niños muertos había herido para siempre.

Porque se había negado a que lo protegieran de esa visión, había insistido (casi había batallado) para ir a ver a los pequeños acostados en la cama.

A continuación, había experimentado un ligero malestar, pero eso no era del todo seguro.

La agente diría que lo había visto tambalearse, agarrarse al marco de la puerta.

Su colega aseguraría que había permanecido de pie y el propio Principaux no se acordaría de nada, dando a entender que precisamente aquel malestar había provocado su amnesia.

Solo la agente afirmaría que Principaux había vacilado al descubrir a sus hijos muertos, encima o en su propia cama de padre de familia, allí donde los había concebido, en el transcurso de una vida erótica sana y maravillosa, aquellos tres cuerpecillos perfectos.

Su colega la contradiría en este punto y su testimonio, aunque neutro, sería interpretado como otra prueba de la extraña frialdad de Principaux, a pesar —observaba la letrada Susane— de que quien había actuado, quien había «falseado» (dirían algunos) el gesto homicida o asesino parecería menos condenable que el padre de reacciones sorprendentes.

En algunos artículos, la pregunta de por qué razón aquel hombre se había comportado así se imponía al morbo por los motivos de la culpable.

Después de que Principaux, vacilante o no, bastante anonadado o no lo suficiente (rostro devastado, diría la agente de policía, más bien calmado, diría su colega; ¿acaso no puede mostrarse un rostro calmado y devastado al mismo tiempo?, pensaría la letrada Susane), hubiera abandonado la habitación donde yacían sus hijos (se había quedado en el umbral, no se había acercado a la cama), había ido al encuentro de Marlyne, se había desplomado junto a ella en el sofá.

El hecho de que, a todas luces, hubiera comprendido enseguida lo ocurrido había acrecentado la turbación de los policías.

No había preguntado nada, no había querido saber cómo había ocurrido la tragedia, quién era el autor, no había interpretado el papel

de quien no sospechaba nada, se decía la letrada Susane.

En aquel momento, ¿había podido creer aún en un «accidente doméstico»?

Los dos policías dirían que esa hipótesis ni siquiera se les había pasado por la cabeza, que jamás se les había ocurrido que aquel hombre sensato, sobrio y lúcido pudiera haber creído que sus tres hijos habían muerto juntos, por accidente, en el mismo baño.

Simple y llanamente, Principaux no parecía suficientemente «conmovido».

Con todo, le había preguntado a la agente de policía (su colega no se acordaría claramente, pero Marlyne lo confirmaría, aunque a su manera titubeante, ligera) que, si hubiera regresado antes, si hubiera subido al coche en cuanto Marlyne le había suplicado que volviera a casa, habría podido llegar antes de que Marlyne actuara.

¿Los habría salvado —debería haber preguntado— si hubiera llegado antes?

La agente de policía lo ignoraba, por supuesto.

Se había guardado de contestar.

Le había dado unos golpecitos en la espalda; compadecía a aquel hombre, pero no podía hacer nada por él.

La letrada Susane dedicó la tarde a leer todo lo que encontró sobre el caso Principaux y a tomar notas febriles, imaginándose lo que no le contaban, lo que nadie podía saber aún.

Cuando llegó a su casa, ya hacía rato que era de noche.

Y, pese a que se había demorado en el despacho, pese a que después había caminado a paso lento por el frío precisamente para evitar encontrarse a Sharon, cuando llegó esta seguía en la cocina, atareada, con las mejillas y la frente sorprendentemente enrojecidas.

Una inmensa fatiga se abatió sobre la letrada Susane.

Aquella noche no estaba de humor para charlar con Sharon.

—Sharon, es tardísimo, tiene que marcharse enseguida —le dijo con tacto, apartando la mirada del rostro acalorado de la joven.

—Sí, ya he terminado de preparar la cena, me voy —contestó Sharon.

La letrada Susane sacó la bufanda naranja de su bolso, la colgó en el perchero.

Sin mirar a la letrada Susane, que, por lo demás, sentía tal agotamiento que se iba sumiendo en una apatía de lo más oportuna, Sharon cogió la bufanda naranja, se la enrolló alrededor del cuello con un gesto obstinado, casi brutal, y, a continuación, abandonó el piso tras haber farfullado:

—Hasta mañana.

En la cocina, la letrada Susane descubrió una escena de ensueño —o «para pegarse un susto de miedo», como les diría a sus amigos poniendo los ojos en blanco con el propósito de resultar divertida, pese a que en aquel momento no hubiera experimentado pavor alguno, sino pura euforia, rebosante de gratitud.

Con sus amigos, le resultaba más fácil recurrir a la ironía para hablar de Sharon, porque Sharon tenía el poder de herirla por cualquier nimiedad.

Pero, al entrar en la cocina, se dio cuenta enseguida de que Sharon había deseado con fervor hacerla feliz esa noche, lograr que la perdonara por algo de lo que juzgaba preferible no hablar o de lo que le avergonzaba demasiado hablar hasta el punto de considerar que era más sencillo actuar, aunque fuera abriéndole su corazón en aquella cocina.

En cada superficie lisa, encimera, estantes, mesa, en lo alto de la nevera, incluso en la silla y el taburete que se había esmerado en decorar con una tela floreada, Sharon había colocado un cuenco, un plato o una olla en miniatura que contenían manjares muy elaborados, constataría la letrada Susane.

Sharon, que siempre le había preparado cenas deliciosas, jamás había cocinado para la letrada Susane con tanto refinamiento.

Cada platito contenía una única porción, cada platito era distinto de los demás, lo que significaba que Sharon había elaborado por separado, en pequeñas cantidades, una docena de diminutos festines.

La letrada Susane no reconocía la mayoría de los recipientes, convencida, por ejemplo, de que jamás había tenido en casa aquellas minúsculas ollas de hierro fundido de colores en las que Sharon había dispuesto las preparaciones calientes, unas ollas de hierro fundido adorables, frívolas, cursis, que la letrada Susane sabía que eran muy caras, y cuyo concepto condenaba.

¿Cabía la posibilidad de que Sharon hubiera comprado aquellas cuatro ollas microscópicas, aquellos cuencos con motivos japoneses, aquellos delicados platos ligeramente hondos que se ofrecían modestamente pero de manera sentimental y vibrante (¡dotados de un alma!) a la admiración de la letrada Susane?

Los platos la llamaban afablemente, le pedían cortésmente que se acercara.

Eran de porcelana fina y tenían los bordes finísimos, de una opalescencia muy sutil.

La letrada Susane jamás se hubiera comprado una vajilla tan bonita.

No se hubiera atrevido, por pudor, y además ni se le hubiera

ocurrido, de manera que no habría renunciado a nada.

Y resulta que unos cuencos azulados, unos platos iridiscentes la interpelaban con su espíritu.

¡Solo existimos si nos mira y nos toca, así que contémplenos, aprécienos como nos merecemos!, le decían a la letrada Susane los cuencos de Sharon.

¡Despiértenos, libérenos del letargo en el que nos sumen las miradas ignorantes!, seguían proclamando calladamente los cuencos.

Entonces la letrada Susane fue levantando suavemente las tapas, oliendo y observando lo que contenían los recipientes: la diminuta olla de color verde agua, dos hígados de conejo con ajo y cebolla, espolvoreados con cilantro fresco; la diminuta olla azul celeste, un muslo de pollo guisado con una salsa verde y cremosa (¿de acedera?), y la diminuta olla amarillo pálido, un *risotto* de espárragos.

En cuanto a los platos y los cuencos, Sharon los había llenado coquetamente: 1) ensalada de patatas, rúcula y cebolla morada; 2) espelta con tomates secos; 3) pollo con gelatina, zanahorias, puerros y limón confitado; 4) filete de buey frío con pimienta, sal gorda y láminas de pepinillos; 5) hinojo a la griega; 6) champiñones a la griega (champiñones frescos, mientras que la letrada Susane solo conocía los «champiñones a la griega» de lata, puesto que sus padres compraban en el supermercado ese plato de cuchara espesado con gelatina); 7) gambas rojas salteadas sin aceite, casi quemadas por fuera, sazonadas con pimienta de Sichuan; 8) pasta de trigo sarraceno con láminas de queso Beaufort; 9) atún marcado en la plancha con sésamo tostado.

Aunque la letrada Susane hubiera preferido cenar rápido para reflexionar sobre el caso de Marlyne Principaux, le pareció una cuestión de honor degustar los platos de Sharon.

Ya no podía más.

Sin embargo, se forzó, comió hasta sentir asco.

La idea de ofender a Sharon la horrorizaba.

Pero no hubiera podido hacer trampa, ni se le pasaba por la cabeza tirar lo que no se comería para no ofenderla y meter la comida en una bolsa de basura que escondería en su cartera de abogada.

No, aquella comida no se podía desperdiciar, ¡menudo trabajo, menudo regalo a la letrada Susane, menudo gasto también!

No existe ningún motivo válido para no aceptar las disculpas o el arrepentimiento de quien lo manifiesta de esta manera; el consentimiento requiere un esfuerzo, un ligero sacrificio.

La letrada Susane lavó con cuidado todos los recipientes, los secó y los colocó encima de la mesa.

Había comido tantísimo que sentía una especie de vértigo, como si hubiera bebido en exceso.

Después le costó dormirse y se despertó tres veces durante la noche, sintiéndose pesada, sobrecargada, debilitada, pero en cuanto se acordaba del origen de esa indisposición, sumida en el duermevela, un impulso de gratitud y de alivio la acercaba a Sharon, a quien le daba las gracias interiormente.

¿Quién, en la vida de adulta de la letrada Susane, se había preocupado alguna vez por agasajarla? Incluso al precio de una indigestión y de una noche espantosas.

Aquellos días, en Burdeos, eran sombríos, con abundante hielo y niebla.

La letrada Susane intentaba recordar con la mayor precisión posible su tarde en casa de los Principaux (suponiendo que ese fuera su apellido) cuando tenía diez años y Gilles (suponiendo que hubiera sido él), catorce (¿o quince, tal vez?).

En realidad, guardaba un recuerdo tan claro de aquel fabuloso día que llegaba a dudar de sí misma, de su memoria.

¿Era posible que todo hubiera transcurrido tan armoniosamente?

¿Y la intuición del señor Susane de que ambas habían sido engañadas y forzadas en aquella magnífica casa de Caudéran debía atribuirla a los celos o al miedo y a una necesidad primaria por su parte de defender sus sobrias costumbres frente a las seductoras depravaciones de los burgueses?

El señor Susane era un hombre recto, un marido fiel, un padre íntegro y un hombre profundamente confiado.

¿Por qué, entonces, veía algo abyecto en esa historia y qué crédito debía concederle ella a su percepción de las cosas?

Ella tenía recuerdos, mientras que él solo tenía impresiones.

¿Por qué se sentía obligada a defender sus recuerdos frente a las impresiones del señor Susane?

Sus reminiscencias le parecían menos cristalinas, menos ciertas, como si el escepticismo de su padre las hubiera mancillado.

Con todo, la letrada Susane se rebelaba.

Lo que había ocurrido en aquel cuarto solo lo sabían dos personas, el muchacho y ella.

El señor Susane, cegado por sus prejuicios, por su instinto sesgado, no tenía derecho a influirla.

¿O tal vez sí, porque ella era su hija y él la quería?

La letrada Susane resbalaba más a menudo que de costumbre por las aceras heladas, caminaba demasiado rápido, distraída, preocupada.

Desde hacía poco tiempo, le sobresalía una venita en la sien, palpitante.

La notaba viva y latiendo como una embajadora de su corazón, que no se manifestaba, ¡aunque la venita mensajera evidenciaba la verdad del corazón!

En el transcurso de aquella larga semana gélida, tenebrosa, durante la cual la letrada Susane esperaba que Marlyne Principaux le solicitara oficialmente que la defendiera, Rudy la invitó a cenar en un restaurante de la Rue Saint-Rémi, del que a ambos les gustaba decir que eran habituales, a pesar de que raras veces lo frecuentaban porque nunca iban el uno sin el otro y a pesar de que ningún empleado parecía reconocerlos, al igual que ni Rudy ni la letrada Susane identificaban nunca ninguna cara, atribuyéndolo a la rotación desenfrenada del personal, aunque admitían que si todas las veces que habían ido los hubiera atendido la misma camarera, difícilmente se habrían dado cuenta, porque sus encuentros en la Brasserie Bordelaise eran deliciosos y agotadoramente intensos.

La letrada Susane había conocido a Rudy en el bufete donde había trabajado.

Al igual que ella, era un joven abogado recién graduado, inquieto pero generoso, deseoso de demostrar su valía y de una abnegación absoluta, cualidades todas ellas que la letrada Susane había reconocido como propias.

Todos los jóvenes abogados contratados en aquel prestigioso bufete de la plaza Tourny poseían aquellas cualidades en distintos grados de deslumbramiento.

Lo que había unido a la letrada Susane y a Rudy (entendía ella pero no él) era que sus respectivos ambientes no los habían preparado para esa clase de carrera, para esa clase de éxito, ni para tratar con jóvenes como los que el bufete había contratado al mismo tiempo que a ellos: hijos de familias adineradas del centro de la ciudad o de los viñedos.

Los padres de Rudy habían trabajado en las viñas del Médoc.

Eran españoles, se habían instalado en Margaux unos cincuenta años antes.

Los hermanos y las hermanas de Rudy habían empezado a trabajar en las viñas nada más terminar el colegio.

Rudy, por su parte, se había empeñado en entrar en el instituto, superar las pruebas de acceso a la universidad, aunque las superó por los pelos, estudiar derecho y aprobar cada examen.

Como no era brillante, sino empollón y audaz, obstinado, siempre

le parecía que aprobaba *in extremis*, casi por error.

De hecho, cuando les anunciaba un éxito a sus padres o, para ellos, el aplazamiento de un fracaso, le decían con más alivio que alegría:

—¡Qué suerte!, ¡Dios mío, qué suerte!

Entonces se temían la caída, que aún sería más estrepitosa en cuanto que Rudy desafiaba su destino de hijo de obrero agrícola y ambicionaba, si bien con temor, más de lo que le correspondía.

¡Desde luego, cómo había temblado!

El hecho de que hubiera alcanzado su meta, dotado o entorpecido por una confianza tan escasa en sí mismo, era lo que había conmovido a la letrada Susane cuando se conocieron en el bufete, se intuyeron y se sintieron parecidos, o al menos ella estaba convencida de ello.

Rudy se ofendía tontamente por un amor que era fruto de las afinidades del entorno, de su condición.

—¿Qué más da —le susurraba ella divertida en los primeros tiempos de su relación— que nos acercáramos el uno al otro porque éramos los únicos que veníamos de donde veníamos? ¿Es que nos queremos menos por eso?

No le decía a Rudy: Además, ¿qué importancia tiene el amor? Basta con entenderse, con hablar, con divertirse juntos, ¿no?

No se lo decía porque Rudy deseaba amar a toda costa.

¡Qué cansino a veces!

Te quiero mucho, Rudy, no se lo había dicho jamás la letrada Susane, y esta declaración que te parece decepcionante encarna la cumbre de mi capacidad de amar. Como soy reticente a la idea de querer más, como no creo en el amor pasional y, además, me asquean las obligaciones de esa clase de amor, seamos grandes compañeros, querámonos sosegada y virilmente.

Pero Rudy era un hombre sentimental.

Habían vivido tres o cuatro años en un piso antiguo del barrio de Saint-Michel, desde donde cada mañana acudían juntos al bufete, hasta que la letrada Susane, aliviada, había aceptado la petición de Rudy de separarse provisionalmente, petición o súplica que había formulado con tanta tristeza que ella no había tenido el valor (¡lo quería tanto!) de expresar su ponderada pena ni, aún menos, su alegría ante la perspectiva de por fin poder estar sola.

Había llorado con él, sollozos ahogados y falsos, con la convicción de que así lo ayudaba, porque él quería marcharse, porque pensaba que la había herido y porque sentía remordimientos por la supuesta aflicción de la letrada Susane.

Había lloriqueado, a pesar de que tenía el corazón henchido de una alegría vigorosa.

Con todo, siempre se sentía culpable respecto a Rudy, porque lo

había engañado sin querer, pero sin intentar deshacer el entuerto, y le había dado todas las razones para que creyera que lo amaba como él la amaba a ella.

Y cuando Rudy, aterrado por sentir que ya no amaba a la letrada Susane con la misma pasión que antes, que le encontraba defectos importantes y, sin duda, ofendido por el afecto fiel que le mostraba ella en lugar del amor absoluto que le había profesado él, cuando Rudy le anunció con enorme tiento que se había planteado marcharse, ella volvió a mentirle con sus lágrimas y sus palabras consternadas, para no ofenderlo, creía, porque él había interpretado el papel del más sensible de los dos.

Durante su relación, la letrada Susane no había dejado de sentirse en deuda: él se había entregado en cuerpo y alma, mientras que ella no tanto.

En su conciencia había retumbado siempre sordamente la idea de que Rudy debería haber comprendido cómo era ella y cómo lo amaba, y que ella había hecho concesiones respecto a la concepción del amor de Rudy que él había rechazado, indignado por la teoría que se había inventado la letrada Susane de cómo debía ser una pareja.

Pero la letrada Susane ya casi no pensaba en ello.

Siempre se alegraba de volver a ver a Rudy, su amigo más antiguo, el más íntimo, el único, de hecho, con quien a veces se atrevía a sincerarse.

Estaba tan impaciente por hablarle de los Principaux que se mostraba inquieta, mientras él le contaba con una ligera tristeza anécdotas divertidas de su hija de siete años.

Se las contaba porque sabía que la letrada Susane sentía una gran ternura por la niña.

Se las contaba sin demasiadas ganas, solo para divertir a la letrada Susane, como siempre que se veían.

Tras su ruptura, Rudy había conocido a una oficial de notaría, se habían casado, habían tenido a Lila y después se habían divorciado.

Rudy todavía experimentaba una amargura incurable.

Una vez más, el Amor había sido traicionado, pensaba en secreto la letrada Susane.

Rudy se ocupaba de Lila en semanas alternas, y había llegado a dejársela, una noche, al señor y a la señora Susane, que iban a buscar a la niña a Burdeos, se la llevaban a La Réole y al día siguiente la acompañaban a casa de su padre.

La letrada Susane había sugerido ese arreglo un día en que Rudy se había quejado de que algunas noches en que volvía del bufete pasada la medianoche no podía atender a Lila.

—Mis padres podrían cuidarla de vez en cuando, si eso te ayuda —

había propuesto la letrada Susane espontáneamente, sabiendo el cariño que le habían profesado siempre sus padres, su tristeza cuando se marchó, su alegría teñida de melancolía cuando se enteraron de que Rudy había tenido una hija.

—Debería ser tu hija —había dicho la señora Susane, y la letrada Susane había replicado con una risita, pues se sentía muy próxima a Rudy.

—¡Pero si ya es un poco mi hija!

Todos se alegraron con esa solución, empezando por la niña, pensaba la letrada Susane, que en La Réole, en el hogar agradable, honesto, intachable de los Susane encontraba una regularidad de humor, de costumbres y de horarios de la que no gozaba ni en casa de su padre ni, a todas luces, en casa de su madre oficial de notaría, quien había amargado el carácter de Rudy y estaba completa e irremediablemente desnortada, según este.

La letrada Susane reconocía, para sus adentros, que sentía una vaga amistad por esa mujer que se había zafado del amor pasional.

Rudy no se había vuelto más sabio.

Se sentía engañado, jamás reconocía sus errores.

Aseguraba que seguía buscando a una mujer que supiera apreciar su manera de entregarse al amor, del mismo modo que él sabía reconocer esa gracia y corresponderla.

Sin embargo, a la letrada Susane le parecía que Rudy había perdido cierta fogosidad, que ya no sentía tanta ansia de enamorarse, ni tanta exaltación cuando creía estarlo, que se forzaba ligeramente a experimentar esa locura.

Ella lo criticaba de forma compasiva.

A fin de cuentas, ¿acaso no era su único verdadero amigo?

Envejecían juntos, mal que bien.

Rudy era alto, flaco, puro hueso y tendones; la letrada Susane era alta y corpulenta, una torre majestuosa.

Habían formado «una pareja extraña pero espléndida», según la señora Susane, que no había superado del todo su separación.

Cuando Rudy terminó de ponerla al corriente de las novedades de Lila, la letrada Susane se apresuró a contarle que la relación con sus padres se había enfriado.

Incluso le confesó, presa de un doloroso desconcierto, que había bloqueado el número de su madre.

—Así que no es el momento de pedirles que cuiden a Lila —dijo.

Rudy le clavó la mirada sin comprenderla.

—¿Significa eso que te has peleado con ellos?

Ella, ofendida, dijo que en absoluto.

Y, de repente, tuvo una idea:

—¿Te acuerdas de Sharon, que limpia en mi casa? Podría cuidar a Lila, creo que estará de acuerdo.

—Pero —dijo Rudy— ¿estás peleada con tus padres?

Parecía repentinamente tan afligido, tan desorientado, que la letrada Susane a punto estuvo de contestarle con acritud.

Dijo muy serena:

—Son ellos quienes han decidido decirme adiós, o más bien mi padre.

Soltó una risita:

—No acepta volver a verme o hablar conmigo si no declaro haber sido víctima de cierto joven hace treinta y dos años. No sabe nada, no ve nada, tiene una imaginación lamentable. Y está empeñado en que me…, me engatusó y me desvirgó. ¡Es absurdo, es obsceno y debo luchar con mi propio padre para no tergiversar mi recuerdo, para no ajustarlo a lo que él se imagina! ¿Por qué está empeñado en que un chico abusó de mí? ¿Qué le aportaría escuchar mi confesión después de tantos años?

La letrada Susane volvió a reírse, un poco demasiado fuerte, a su juicio.

¡Ay, corazón mío impetuoso, sosiégate, no te desveles así!

—¿Tu confesión? ¿Qué confesión? —preguntó Rudy, atónito.

—No he hablado de ninguna confesión —dijo ella con firmeza.

—Claro que sí, esa es la palabra que has pronunciado, confesión. Te estabas riendo, pero lo he oído perfectamente.

En aquel momento la camarera llegó para tomar nota, y la letrada Susane, aliviada, agotada, fingió dudar entre distintos platos con la intención de demorar el momento, dado que después ya no parecería natural reanudar la conversación en el punto en que se había interrumpido, igual que no es posible, pensó, sumirse en la misma pesadilla cuando cualquier eventualidad nos ha librado de ella.

En efecto, en cuanto se marchó la camarera, Rudy volvió a hablar de Lila, de las alegrías que le procuraba su hija, pero sobre todo de las dificultades que tenía para cuidarla, y cuando la letrada Susane le sugirió de nuevo que Sharon podría ocuparse de ella, Rudy se animó, interesado, entusiasta, como si hubiera olvidado por completo lo que la letrada Susane acababa de contarle.

Ella se alegró.

—Como a veces Sharon se queda trabajando en mi casa hasta tarde, podría cuidar de Lila; seguro que le iría bien ganar un poco más —le dijo, repitiéndose, aliviada.

—Sí, magnífica idea.

Rudy le sonreía, rebosante de gratitud.

Él no sabía, pensó la letrada Susane, hasta qué punto lo amaba, ni cuánto la necesitaba; ¡pobre, pobre Rudy!

Le preguntó de sopetón:

—¿Qué sabes de la familia Principaux?

—Pues es la historia de aquella mujer que mató a sus hijos, ¿no? —dijo Rudy al cabo de unos instantes. Luego se quedó pensativo, negó con la cabeza y añadió—: No, no lo sé. ¿Por qué?

—Una tal Principaux explota a Sharon de manera vergonzosa.

La letrada Susane hablaba con una voz repentinamente silbante, conspiradora y tan susurrante que Rudy se inclinó por encima de la mesa para oírla mejor.

—Hace trabajar a Sharon a destajo, se aprovecha de su vulnerabilidad para pagarle cuando le da la gana, la castiga por tonterías, sí, ¿te das cuenta?, se atreve a juzgar y a castigar a una adulta, en fin, prácticamente trata a Sharon como a una esclava.

—Ah —dijo Rudy—. ¿Y qué quieres hacer? ¿Denunciarla?

—No puedo, yo tampoco tengo a Sharon legalmente porque todavía no tiene papeles; estoy en ello, ya lo sabes. Pero no soporto la idea de que esa Principaux se aproveche de su situación.

Rudy se echó hacia atrás, enderezó su torso anillado, se acomodó en su silla con circunspección, como si el tono de la letrada Susane lo hubiera llamado al orden.

—No me habías dicho que Sharon no tiene los papeles…

—Pronto los tendrá, ese no es el problema. No te preocupes, cuidará mejor a Lila que cualquier niñera titulada.

La letrada Susane no sintió en absoluto que estuviera mintiendo a Rudy, pese a que, por una parte, sabía que no obtendría de inmediato la regularización de Sharon y, por otra, no tenía la menor idea de cómo trataba Sharon a los niños.

Aunque sí lo sabía.

Cuando se había cruzado con Sharon en el centro comercial y esta había fingido no reconocerla, a la letrada Susane se le había partido el corazón: Sharon no quería presentarle a sus hijos, no quería concederle el honor de un encuentro con dos pequeñas criaturas admirables a esa mujer que era la letrada Susane.

Sharon había acelerado el paso rodeando con los brazos los finos hombros de su hijo y de su hija, protegiendo su pureza.

Desde el principio, la letrada Susane sentía que Sharon la consideraba una mujer oscura, profundamente corrompida; una ciénaga.

Y la letrada Susane detestaba esa impresión de Sharon.

La letrada Susane se sentía tan inocente a propósito de lo que la acusaba la tosca intuición de Sharon como los dos niños graciosos,

dulces, sutiles, sobre cuyos hombros Sharon había puesto descaradamente su brazo protector y puritano.

Aquel brazo, pensaba furiosa la letrada Susane, el peso edificante de aquel brazo era lo que envilecía el corazón sincero de los niños.

¿Qué pensarían de la letrada Susane el día que la conocieran, porque tarde o temprano la conocerían, si recordaban haberse cruzado con esa mujer en el centro comercial?

Lo recordarían precisamente porque su madre, con su brazo de pronto pesado e imperioso sobre sus hombros, los había protegido del contacto supuestamente peligroso de la letrada Susane, *¿los había sustraído de su órbita mortífera?*

A veces odiaba a Sharon por haberla llevado a juicio ella sola, en apariencia, condenándola severamente sin que la interesada tuviera la menor idea de aquello que le reprochaba.

Ve algo raro en mí, pero ¿qué clase de cosa?

No soy pura a sus ojos, pero, Dios mío, ¿qué habré hecho que me haya mancillado hasta tal punto que Sharon lo olfatee (algún efluvio de mi piel, de mi pelo, de mi mirada, quizá) y por esta razón me profese un odio lleno de temor y de repugnancia?

Oh, sí, a veces la letrada Susane sentía verdadero odio por Sharon, por el hecho de que la joven la juzgara de manera tan injusta.

Tan solo su elevado sentido del honor profesional le había impedido mandarlo todo a paseo, poner a Sharon de patitas en la calle, destruir el expediente «Familia Sharon» y olvidarse definitivamente de esa gente.

Sin embargo, era sincera al mostrar su indignación ante Rudy: el pensamiento de que una Principaux o cualquier otra persona abusara de Sharon la irritaba de tal manera como jamás había sentido por su propio caso.

Alargó la mano y la posó encima de la de Rudy.

Eran amigos íntimos.

—Quiero hacerle justicia a Sharon —le susurró—, y también a Marlyne.

¡Pero no me gustan!

¡No me gustan nada!

Más tarde, cuando la camarera les hubo servido el *steak tartare*, la letrada Susane le describió a Rudy el festín que le había preparado Sharon, la alegría que le habían procurado esos manjares.

Se arrepintió enseguida, como si acabara de confesar una intimidad, algo de su fuero interno que ni siquiera Rudy, su único amigo de verdad, debía saber.

Con todo, él no comentó nada.

No comprendía qué sentido ni qué interés tenía, pensó la letrada Susane, aliviada; además, la cocina, las recetas le parecían tediosas.

—Por cierto —dijo cuando llegaron al café—, no me has dicho qué es lo que tu padre quiere que le cuentes. ¿Se equivoca o eres tú quien no quiere contar lo que él sabe? ¿Qué sabe, en realidad? ¿De qué se trata exactamente?

—No sabe nada —se apresuró a contestar la letrada Susane—. Simplemente fantasea, alimenta las imágenes banales que le vienen a la cabeza con todo lo que oye en la televisión. Se cree que su deber de padre es estar convencido de lo peor, aunque no haya ningún motivo.

—Entonces —dijo Rudy—, ¿lo que llamas misteriosamente «lo peor» no ocurrió nunca?

—No —dijo con firmeza la letrada Susane—. Solo ocurrió lo mejor.

La letrada Susane sabía que Sharon no le hablaría de las «otras dos señoras» para las que trabajaba.

La letrada Susane no le dijo nada al respecto.

Había celebrado la comida de ensueño y de arrepentimiento, al comprender que era la manera de Sharon de disculparse por haberle mentido por omisión.

Pero probablemente Sharon continuaba yendo a casa de las otras señoras y la letrada Susane no se lo reprochaba ahora que lo sabía y Sharon sabía que lo sabía.

La letrada Susane ni siquiera consideró la posibilidad de reducirle el salario con el pretexto de que Sharon se escapaba durante varias horas de su puesto de trabajo, porque eso no influía en absoluto en el estado de perfección doméstica en que Sharon dejaba el piso.

Solo le hizo una pregunta, con una voz tan bondadosa como pudo:

—Sharon, ¿cuál es la dirección de la señora Principaux? ¿Y la señora Pujol? —añadió a toda prisa—, ¿dónde vive?

¡Qué poco le importaba la señora Pujol!

¡Incluso las mezquindades de la señora Pujol!

Pensaba que podría perdonar más fácilmente las peores bajezas de la señora Pujol hacia su criada que la menor grosería de una Principaux.

Pero, en su obcecamiento, no quería que Sharon se diera cuenta de ello.

—Prefiero escribirlo —susurró Sharon.

Volvía su cabecita orgullosa erigida sobre su delicado cuello —y su pelo largo, lacio, que sus orejas minúsculas retenían con dificultad—, y Sharon hacía ese gesto que a la letrada Susane le encantaba sorprender: las uñas hastiadas hundiéndose en la cabellera para colocarla en su sitio, detrás de las orejas exquisitas, y el rastro

persistente de ese gesto como surcos en una tierra negra.

La letrada Susane y Sharon se encontraban en la cocina.

El sol frío iluminaba suavemente las cuatro pequeñas ollas de hierro fundido brillantes que la letrada Susane había decidido colocar en una estantería, bien a la vista.

Sharon arrancó un trocito de papel de cocina y la letrada Susane se apresuró a buscar un boli en su bolso.

Más tarde, cuando Sharon se hubo marchado, la letrada Susane desplegó el papelito que Sharon había doblado en seis: «Princip 27 place pey berland cod 5632 Puj 30 rue rosa bonheur».

Nevaba todas las noches; por la mañana se derretía la nieve y entonces se intensificaba el frío que congelaba el agua sucia de las aceras.

Un abatimiento amortiguado invadió Burdeos; todos los propósitos parecían estar en suspenso.

La letrada Susane seguía esperando noticias de Marlyne Principaux, a quien ya consideraba indebidamente, imprudentemente, su clienta.

Con gran dificultad, a pasitos resbaladizos, se dirigió hasta el número 27 de la Place Pey-Berland bajo la luz contenida y casta de un riguroso día de invierno.

—Es peligroso ir en bici por el hielo —le había dicho a Sharon—, preferiría que estos días no viniera a trabajar.

Sharon le había contestado exactamente lo que la letrada Susane pensaba que le contestaría, con el tono tajante e indiferente, contrariado y desdichado, que había augurado la letrada Susane:

—Voy a venir, no hay problema.

—¿Las otras señoras no le han dicho nada? ¿No le han dicho que no coja la bici con este tiempo?

—Con las otras señoras no hablo —susurró Sharon—, no me meto en sus asuntos y ellas no se meten en los míos.

—Sharon, ¿cuándo me va a traer el certificado de matrimonio? —le preguntó entonces con rotundidad la letrada Susane.

¡Cómo le costaba contener la ira contra las dos otras jefas!

Temiendo que Sharon interpretara que aquel tono furibundo iba dirigido a ella, añadió con dulzura:

—Ya se lo he dicho, lo necesito para su expediente. Si cree que lo va a encontrar…

—Sí —dijo Sharon exasperada—, solo tengo que encontrar el

momento para buscarlo, ¿sabe?

Enarcó las cejas, se dio la vuelta, haciendo gala de su paciencia con la letrada Susane; ¡si ya habían hablado de lo del certificado de matrimonio!

—Debo confeccionar el expediente —farfulló la letrada Susane, casi justificándose.

—Sí, sí, claro —dijo Sharon, como si le diera unos golpecitos en el brazo para tranquilizarla.

Y, para gran estupefacción de la letrada Susane, se mostraba innegablemente condescendiente.

Permaneció unos segundos inmóvil frente al portón verde oliva del número 27, con los pies calzados en las botas bien separados sobre el resbaladizo adoquinado, vigorosamente arropada con su grueso abrigo de lana gris, gris como su pelo corto y tupido, antaño excesivamente largo, brillante, solemne.

De niña, la letrada Susane tenía una cabellera espléndida, de la que presumía y a la que dedicaba largas horas frívolas, obsesivas, vanidosas.

Sus padres, sobre todo su padre, se enorgullecían de su pelo.

El de la señora Susane no era tan bonito.

El señor Susane siempre había fantaseado con la cabellera de su hija: si bien no era «hermosa como para retratarla», era tan espesa, brillante, enigmática y perfumada que se enorgullecía de ella por poderes o tal vez directamente, había pensado a veces la letrada Susane.

El recuerdo le entristecía tanto que intentaba no acordarse de que su padre había mostrado verdadera desesperación cuando se cortó el pelo, y durante mucho tiempo la había tratado con frialdad, como si le hubieran cortado cruelmente a él su propio pelo, al señor Susane, que por lo demás nunca se enorgullecía de nada, como si hubieran querido rebajarlo y humillarlo, a él, el señor Susane, que no tenía nada de lo que enorgullecerse aparte del exuberante pelo de su hija.

Ahora la letrada Susane tenía el pelo corto, gris y espeso, a veces hirsuto cuando se lo peinaba mecánicamente, con la mano, con demasiada fuerza.

—¡Pasas una tarde en casa de esa gente y después te da por cortarte el pelo! —había exclamado el señor Susane, inconsolable.

—¿Y después? —había susurrado la letrada Susane con la insolencia de una niña de diez años, con un tono vagamente amenazante—. ¿Y a ti qué más te da? ¡Era mi pelo, no el tuyo!

El señor Susane se había batido en retirada, poco acostumbrado a

las trifulcas, a los gritos, pues por temperamento detestaba el conflicto y, por otra parte, le tenía tanto cariño a su hija que ni se planteaba contrariarla, por temor a que esta pudiera pensar que ya no la quería como antes.

Pero su padre la había querido con orgullo y sin atisbo de duda mientras había lucido aquella espléndida cabellera de mil tonalidades castaño ambarino en su cabecita por lo demás ordinaria; ¿acaso a partir de entonces no la había querido con rencor, con un ligero distanciamiento, como si la letrada Susane hubiera inmolado lo que él había preferido de ella o, más exactamente, la única parte de su físico que no había desilusionado al señor Susane?

Pues ella sabía, desde la infancia, que no era guapa.

Sabía, sin necesidad de que nadie se lo hubiera dicho, que la irreparable falta de belleza de una niña querida solo puede decepcionar cruelmente a sus padres.

También sabía que esos padres tienen una tendencia paradójica, inevitable y, por tanto, disculpable, a guardarle rencor a la niña por no ser guapa en lugar de atribuirlo a sus propios defectos, numerosos, que, al multiplicarse en el acto de la reproducción, se encuentran, flagrantes y desoladores, en el rostro y el cuerpo de la criatura.

¡La letrada Susane sabía eso desde siempre!

De niña, había aceptado su cara ancha y rellena, carente de ángulos, de pómulos, su frente estrecha y sus ojos demasiado redondos, con una resignación de lo más vivaracha, pensando que así podría resarcir a sus padres de su decepción (por no haber alumbrado una «princesita», según la expresión de la señora Susane cuando se refería a niñas con una cara preciosa).

¡Lo había conseguido, sí!

Gracias a su magnífica cabellera, que cuando era pequeña el señor y la señora Susane se disputaban amablemente el privilegio de cepillar, y de la que ella misma se había encargado con un cuidado proporcional al lugar que ocupaba en la vida de sus padres, un cuidado enorme, obsesivo, invasivo y que, sin embargo, no le pesaba en absoluto, dado que lo hacía por ellos, ya fuera para complacerlos o para que le perdonaran (¡con éxito!) su inconfesable falta de belleza, o para lograr que la olvidaran.

No obstante, la letrada Susane, a diferencia de sus padres, tenía una peculiaridad ya desde la infancia: era alta.

Comparada con ellos, incluso poseía una altura portentosa, enigmática, casi pavorosa.

Esa ventaja se había transformado en una debilidad cuando la letrada Susane se había convertido en una muchacha con curvas.

Se había desarrollado sin mesura por todas partes.

Se había transformado en un extraño coloso, ya no tenía nada de gracioso, enternecedor, sino que desprendía una fuerza dura y desconcertante, una robustez torpe que había desencadenado el siguiente comentario chistoso/amargo por parte del señor Susane, el día que su hija cumplió quince años:

—Pensaba que tenía una hija, pero ¡tengo un hijo en plena forma!

Por aquel entonces, la letrada Susane llevaba el pelo corto desde hacía cinco años.

El señor Susane nunca se había recuperado del todo.

—Es demasiado corpulenta —le cuchicheaba a veces a la señora Susane, creyendo que su hija no lo oía—. ¡Está maciza, es enorme, parece un hombre!

Entonces la letrada Susane, turbada por sus palabras, se esforzaba por volver a levantar cabeza —pelicorta— audazmente.

Se dijo, de manera confusa pero firme, que jamás volvería a llevar el pelo largo.

Se sentía orgullosa de sí misma, aunque profundamente herida.

Pero, aunque era consciente de estar herida, no se avergonzaba en absoluto de ello.

Tecleó el código que le había dado Sharon.

Subió por una majestuosa escalera de piedra hasta el segundo piso y, siguiendo las indicaciones imprecisas de Sharon, vacilante, llamó a una puerta que no daba al amplio rellano con las paredes de piedra amarillenta, sino a un lado de ese mismo rellano, como si se tratase de una puerta de servicio, pensó asombrada, porque Sharon le había dado a entender que era la única entrada que había al piso de la señora Principaux.

Esperó, llamó de nuevo.

Un fulgor la deslumbró.

Una llama pálida e intensa, un hierro calentado al rojo vivo ante sus ojos.

La letrada Susane, tambaleante, apoyó un hombro en la puerta en el preciso instante en que esta se abrió.

Tenía el ojo derecho en llamas. ¡Oh, madre, ven a rescatarme!

También pensó: *Me estoy ahogando, me estoy hundiendo en un agua dura y sucia, ¿por qué no vienes a rescatarme, por qué tengo que luchar contra ti, contra tu voluntad desconcertante por mantener mi cabeza debajo del…?*

La letrada Susane se tropezó en el umbral.

Le pareció que se daba un golpetazo en la cara contra el pecho de alguien.

—Me duelen los ojos —susurró.

—¡Ay!

La voz traslucía sorpresa, pero también calma, flemáticamente impasible.

Dos brazos carnosos, fuertes, sujetaron la cabeza de la letrada Susane y, a continuación, se deslizaron debajo de sus axilas, arremangándole las mangas lanudas del abrigo gris, para evitarle una caída, un desmayo.

Gris mi bonito abrigo de alpaca que todavía pago a plazos, gris mi pelo que ya no es una cabellera y no puede delatarme ante el recuerdo de la Principaux, al igual que mis rasgos, irreconocibles por los años, pero mis ojos, Dios mío…

¿Acaso la Principaux podría acordarse de la mirada de la letrada Susane?

—No pasa nada, se pondrá bien, no pasa nada —repetía la mujer que acababa de abrir la puerta.

La letrada Susane se enderezó, se alisó el pelo rebelde.

Había percibido un ligero acento en la voz de aquella mujer, algo que la confundía.

—Discúlpeme —susurró—, sí, ya me encuentro bien, perdóneme.

—No se preocupe, no se preocupe para nada.

Era una mujer aún más alta que la letrada Susane, vestida con ropa deportiva, una mujer joven que llevaba el pelo trenzado y anudado en un moño en lo alto de la cabeza.

—¿Es usted la señora Principaux?

—¡Qué va!

Sonreía, divertida de que alguien pudiera pensar eso.

—¿La señora Principaux está en casa? —dijo la letrada Susane con dificultad.

—Sí. Pero no podrá recibirla.

—¿Y eso?

—La señora Principaux no recibe a nadie.

—¿Trabaja usted aquí?

—Sí. Ahora tengo que dejarla, tengo cosas que hacer.

—¡Dígale que he venido! —gritó la letrada Susane.

—¿Quién es usted?

La letrada Susane perdió la compostura.

¿Quién era ella para la Principaux?

—Dígale que soy la hija de la señora Susane, la planchadora.

¿Tú te crees que ellos se acuerdan de nuestro nombre?, había soltado su madre con acritud.

¿Quién era la letrada Susane para todos los Principaux?

¿Y quiénes eran los distintos Principaux los unos para los otros?

—La planchadora de La Réole —dijo apresurada antes de que la puerta se cerrara—, soy su hija, la señora Principaux lo va a entender.

La expresión atenta de la mujer se tiñó de suspicacia.

La letrada Susane reparó en que tenía un aspecto extraño, vagamente inquietante.

Como si de repente se sintiera liberada, profirió un gritito.

Le pareció oír el ruido que hacían al estirarse los músculos de sus mejillas heladas.

—Los Principaux me han elegido, cada cual a su manera; dígaselo también, dígale también que… me siento agradecida.

—Muy bien.

La mujer de las trenzas violeta exhalaba un aliento frío, hostil, desafiante, como si instintivamente se pusiera de parte de la Principaux, pensó la letrada Susane, como si la protegiera, como si no quisiera asustarla.

La letrada Susane comprendió entonces que aquella mujer no informaría a la Principaux de su visita, por nada del mundo.

Se le escapó una risotada.

Reincidió en aquella carcajada amarga, aquel eructo lleno de resentimiento con un placer agridulce, puesto que la Principaux no aparecería, no aparecería nunca.

El corazón repentinamente libre se le henchía de valor.

—Desde luego, ¡a su señora no le faltan empleadas! —exclamó—. Está Sharon, está usted, quién más trabaja para ella y a qué precio, ¿eh? ¡Dígale que esto no puede continuar así! ¡Dígale que lo sé todo!

Se forzó en transformar aquel vómito agrio en una carcajada, se echó a reír abiertamente, durante varios segundos, frente a la puerta cerrada.

¿Soy yo la que actúa así?

¡Qué raro!, pensaba al mismo tiempo.

Aquella letrada Susane la impresionaba en extremo.

Cuando encontró la carta de Marlyne Principaux, la dejó con delicadeza encima de su escritorio, sin abrirla.

Se dedicó al cliente que quería cambiar de apellido aunque este fuera bonito, prestigioso, digno de envidia en muchos sentidos.

Su cliente afirmaba que era el apellido de un negrero.

La letrada Susane no había logrado confirmarlo pese a las indagaciones que había llevado a cabo.

Sin embargo, el hombre estaba convencido de ello.

Era apasionado, vengativo, era gallardo y su familia lo había rechazado con furor.

La letrada Susane se mostraba prudentemente comprensiva.

Continuó desempolvando indicios comprometedores de sus antepasados, en vano, pese a las largas horas que había dedicado a escarbar en la vida de aquel negociante de vino.

Aquella mañana, una nieve imperceptible formaba en los cristales del despacho una opacidad propicia a las ilusiones, a los susurros interiores, a las cavilaciones inspiradas, belicosas, reivindicativas.

La letrada Susane lo sabía, desconfiaba de su tendencia a tirar del hilo de las responsabilidades.

Por esa razón, abrió la carta de Marlyne Principaux con una lentitud rebosante de indiferencia.

¡Cómo le desagradaba aquella mujer!

Pero ¡cómo le agradecía que aceptara que la letrada Susane fuera su abogada, pese a que nunca había ejercido en una vista de un juicio penal, ni nunca había demostrado que era capaz de salvar a alguien!

Al instante pensó en llamar a sus padres, pero, al recordar que no era oportuno y que, además, manifestarían una frialdad asqueada por el caso Principaux, renunció con pesar a su punzante deseo de que la respetaran.

En su despacho con las ventanas cubiertas por la nieve, absolutamente sola e insignificante, se enfrascó en aquellas investigaciones que presentía infructuosas acerca del negociante negrero.

No obstante, se sentía aturdida, excitada, asustada, dispuesta ya a batallar, porque Marlyne la había elegido y el pensamiento profundo de la letrada Susane volaba lejos del comerciante de vino y muy lejos de aquel cliente cuyo instinto apasionado se había fijado en su apellido, el cual detestaba.

¿Qué le faltaba, pensaba ella vagamente, a aquel hombre inteligente, acomodado, simpático, que «lo tenía todo»?; la señora Susane habría dicho que no tenía otro motivo de furia y exaltación más que su apellido seguramente inocente (o no culpable de manera demostrable).

Al cabo de unos días, cuando quiso ir a visitar por primera vez a Marlyne Principaux en el centro de detención preventiva de Gradignan, su viejo Twingo se negó a arrancar, avergonzado, ahogándose y dando sacudidas; de hecho, era el único de su edad en las plazas del aparcamiento Tourny.

La letrada Susane, agitada, acabó yendo en autobús.

Temía llegar excesivamente tarde.

Hizo el trayecto de pie, sudando bajo su largo abrigo.

Le picaba la cabeza como si tuviera que lavársela, rascársela,

frotársela.

Se la tocaba a menudo de un modo instintivo, peinándose el pelo con los dedos temblorosos.

A sus pies tenía una inmensa y preciosa cartera de cuero curtido, vacía pero pesada.

La letrada Susane no llevaba nada dentro.

El cuero antiguo, las hebillas de latón, los distintos bolsillos con cremallera: esa calidad de fabricación pesaba en sus brazos.

La letrada Susane había pensado que no podía ir a conocer a su clienta provista únicamente de su bolso, porque se sentiría demasiado ligera, poco seria.

Así que se había llevado aquella cartera que le habían regalado sus padres cuando obtuvo el diploma, ¿o acaso se la encargaron a medida a un marroquinero que conocían en Gers, adonde les gustaba ir de vez en cuando?

Era una cartera de abogado de otra época, una cartera del tipo de abogado que hacía soñar a los Susane: un hombre enérgico, robusto, deportista, muy ocupado y gran fumador, amablemente desordenado pero hábil a la hora de clasificar lo que debía guardar en los numerosos compartimentos de la magnífica cartera con bolsillos, como una suerte de médico elegante, abstracto, que jamás se desplaza sin sus instrumentos intelectuales.

Cuando Marlyne Principaux entró en el locutorio, la letrada Susane la escudriñó con tal agudeza que, al principio, ni siquiera la vio.

Parpadeó y le tendió una mano vacilante.

Durante los primeros instantes, solo fue consciente de trozos de la cara, como si estos formaran parte de un cuadro que hubieran recortado, completamente, esmeradamente, en tres o cuatro fragmentos.

Se formó una idea de la frente, lisa, más bien estrecha, de la espesura del cabello rubio apagado, y después de la nariz corta, ligeramente respingona, y de la boca grande, ancha, pálida, con los labios finos, temblorosos.

No vio los ojos.

Su mirada ávida pero selectiva los rehuyó.

Le tendió una mano vacilante y notó la de la mujer estrechando la suya con menos firmeza aún, para luego apartarla con rapidez, ¿reticente, molesta, modesta?

Entonces, obligándose a arquear los labios para conferir una expresión sonriente a su rostro, la letrada Susane dirigió la mirada a Marlyne.

Unos ojos vidriosos, extrañamente inquietos, de un verde apagado,

grisáceo; una charca agitada por la lluvia, pensó enseguida la letrada Susane.

¡Cómo le desagradaba aquella mujer!

Marlyne Principaux era de estatura media.

La señora Susane, pensó la letrada Susane, habría dicho que Marlyne tenía «muy buena planta»: piernas fuertes y torneadas embutidas en unos vaqueros negros desgastados, hombros anchos y redondeados bajo la sudadera de la Universidad de la Sorbona, y manos cortas, recias, cuadradas.

Una robustez, una salud carnosa y musculosa que turbaban a la letrada Susane.

Su aspecto no traslucía desolación.

Pero ¿por qué solo la delgadez, la cara macilenta o el exceso de peso enfermizo debían ser la encarnación del tormento, del alma enlutada o del corazón culpable?

De hecho, ¿había algún alma enlutada, algún corazón culpable en aquella salita?

¿Cómo saberlo?

A la letrada Susane le dio la impresión de que Marlyne Principaux, pese a su figura rechoncha y firme, dura y rolliza, era una persona ligera, discreta.

Se sentó en la silla con un movimiento rápido, silencioso.

Mantuvo sus manos laboriosas muy juntas sobre los muslos, inclinó la espalda, apretó las rodillas la una contra la otra.

Llevaba una cola de caballo de niña pequeña, pensó la letrada Susane, el pelo amarillento recogido con un coletero rosa intenso.

Pero ¡qué mirada tan fría!

¿O acaso era la fatiga o la inquietud lo que le otorgaba un aspecto tan frío?

¿Cómo saberlo?

La letrada Susane se presentó, algo intimidada.

Marlyne asentía con la cabeza distraída, educadamente, con sus ojos glaucos clavados en uno de los hombros de la letrada Susane.

A menudo, levantaba la mano derecha para recolocarse detrás de la oreja un mechón de pelo que no se había movido, recogido por el coletero, y, sin embargo, su gesto se alargaba y sus dedos acababan rascando de manera audible la delicada piel entre el nacimiento del pelo y el pabellón de la oreja.

Con su permiso, la letrada Susane grabó la conversación.

La letrada Susane le hizo numerosas preguntas, que Marlyne contestaba sin reticencia, pero de la manera más breve posible, de modo que a la letrada Susane le pareció luego que había hablado más que Marlyne.

Se sentiría ligeramente descontenta y algo incómoda por haber podido parecer habladora.

«Pero sí, pero estoy bien donde estoy, pero todo el mundo es amable conmigo ahora. Pero al principio era diferente, pero lo entiendo, pero no le reprocho nada a nadie, pero ahora me aceptan tal y como soy, con lo que hice, aunque sea difícil para algunas de las mujeres que me rodean, pero ahora me aceptan, sí. Pero no estamos aquí para querernos, para querernos las unas a las otras, me refiero. Pero las vigilantes también me tratan bien, sí. Pero me siento bien. Pero estoy muy tranquila, sí. Pero la comida es excelente, nunca dejo nada en el plato. Pero a veces un poco fría, sí, pero ¿sabe?, antes comía frío a menudo, pero los niños enseguida arman jaleo en la mesa. (Risita confusa, casi asustada.) Pero ahora mismo no me gustaría estar en ningún sitio que no fuera este centro de detención preventiva. Pero ya no tengo casa propia, pero mejor. Pero no, nuestra casa de Bouscat, pero no me gustaba, pero había llegado a aborrecerla. Pero prefiero mi celda y mi camita que son mías de verdad. Pero no porque me pongo los auriculares. Releo a los escritores que tanto me gustaban, pero no oigo nada, pero las otras pueden ver la tele, pero no oigo nada, pero estoy bien, pero el ambiente es agradable. Pero un pequeño espacio así, completamente para mí, pero la superficie bien delimitada de mi cama, pero el nido en que la he convertido, pero nunca había tenido un espacio de esta calidad. Pero es un verdadero dulce hogar. (Risita titubeante.) Pero lo que hice no entra. Pero está ahí, en la atmósfera de la celda, porque las otras piensan en ello, pero sus pensamientos sobre este tema no atraviesan los tabiques de mi querida y pequeña guarida. Pero no necesito nada, gracias. Pero ¿comida, bebida? Pero no, pero no, soy de temperamento frugal, ¿sabe?, y la sencillez, incluso la austeridad a la hora de alimentarme, pero me sientan de maravilla, pero diría incluso que lo disfruto, sí. Pero nadie depende de mí. Pero ya no tengo que pensar en satisfacer a nadie. Pero el señor Principaux apreciaba la buena mesa. Pero sí, pero le gustaba comer, pero le gustaba lo grasiento, la vida, lo tradicional, pero el simple hecho de alimentarse sin pensar en nada más que en el placer y esperaba que yo respondiera a esa inclinación, pero me pedía implícitamente lo grasiento, la vida, lo tradicional y el puro placer. Pero era difícil, sí. Pero tenía que pensar en los niños, cuyo crecimiento debía controlar. Pero su crecimiento debía ser óptimo en todos los sentidos. Pero no lo conseguía. Pero yo comía demasiado, pero me engordaba, mientras que el señor Principaux seguía flaco aunque comiera demasiado. Grasiento, vida, alegría, pero los santos comen en abundancia y no se engordan. Pero el señor Principaux es un santo, sí. Pero una maldición

de lo más trivial me perseguía, ensanchando mi cuerpo a medida que el del señor Principaux se volvía más esbelto, más delgado y musculoso. Pero el señor Principaux es un santo, sin duda alguna. Pero yo me hincho de manera proporcional a mis carencias. Pero quiero pasar aquí el resto de mi vida, sí. Pero ¿podría pedir algo y ya está? Pero que el señor Principaux deje de visitarme, pero que ya no tenga permiso para visitarme. Pero me hace sufrir mucho, sí. Pero me gustaría no volver a verlo nunca más. Pero ¿es posible? Pero soy su mujer, pero él es muy consciente. Pero cree que tiene el deber de visitarme y el derecho a hacerlo y eso basta para que venga aunque yo me niegue a hablar con él. Pero ya no le digo nada al señor Principaux. Pero me avergüenzo ante él. Pero también lo odio, cosa que acrecienta mi vergüenza. Pero ya no sé distinguir un sentimiento del otro. Pero lo compadezco, pero lo odio, pero me avergüenzo ante él como ante Dios. Pero no, pero no soy creyente. Pero es una comparación. Pero me avergüenzo ante él como ante Dios. Pero me alegro de que Dios sufra como sufro yo. Pero es muy superior a mí, claro. Pero parece que el señor Principaux sufre, a pesar de los pesares. Pero pregúntele si echa de menos a los niños. Pero yo creo que no echa de menos a los niños, creo que, a solas en su casa de Bouscat, sufre y gime pero saborea la soledad y no añora en absoluto la presencia de los niños. Pero enseguida le molestaban, ¿sabe? Pero no le gusta jugar con críos ni siquiera dirigirles la palabra, pero la realidad a menudo trivial de la existencia cotidiana con niños pequeños le horripilaba, pero gritaba a menudo: ¡Dejadme en paz, caramba! Aunque nuestros hijos no se acercaban a él, olían el rechazo hostil que desprendía el cuerpo del señor Principaux, el rechazo hostil que los mantenía a distancia, que los volvía tímidos aunque ávidos de contacto con papá. Pero correteaban alrededor del señor Principaux procurando mantenerse lejos de aquella hostilidad. Pero no lo tocaban. Pero gritaban: ¡Papá, papá!, mientras corrían a dos o tres metros del señor Principaux. Pero le gustaba ser padre, pero sí. Pero decía: ¡Me gustaría tener una familia muy numerosa, cinco, seis o siete hijos! Pero la presencia de los niños en casa lo desconcertaba. ¿Qué hacen en mi casa estos pequeños insolentes? Pero creo que estoy expresando bastante bien los sentimientos del señor Principaux. Pero le gustaba ser padre, sí, sobre el papel. Pero me avergüenzo ante él, pero no quiero volver a hablar con él nunca más. Pero que aún quiera visitarme, pero comprenderme y apoyarme, pero todo eso me hace odiarlo. Pero ¿por qué no me rechaza, horrorizado? Pero está liberado, sí. Pero unos hijos martirizados, pero una mujer a la que debe defender contra viento y marea, pero el señor Principaux es un héroe además de haber sido un santo. Pero allí está, en nuestro apacible salón, pero por fin está solo y tranquilo, pero va dando tragos

a su whisky vespertino, pero sufre, pero está bien, pero piensa en mi juicio, en los artículos de los periódicos, pero está bien, pero va dando tragos, pero prepara sus declaraciones, pero sufre un sufrimiento que lo colma y lo alivia, pero está bien, pero ya no tiene obligaciones hacia nadie. Pero lo comprendo. Pero no lo odio por eso, sino por lo hipócrita que es su postura. Pero ahora se regodea con la idea de que me defiendan lo mejor posible. Pero yo no le he pedido nada. ¡Pero no! Pero no quiero que me defiendan lo mejor posible, pero no quiero que me defiendan en absoluto. Pero soy feliz aquí. Pero me gustaría no tener que volver a tratar con el señor Principaux, pero ya sé que no es posible, pero siempre será el padre de las criaturas a las que… Pero no quiero que me defiendan. Pero me he liberado de lo que hice, pero sabía que no me iban a cortar la cabeza. Pero lo llevé a cabo. Pero no puedo arrepentirme, pero sería indecente. Pero lo llevé a cabo, lo hice yo. ¿El señor Principaux? Pero estoy convencida de que no echa de menos a los niños. Pero está liberado, pero sufre, está bien. Pero se lamenta de manera sincera, pero sufre realmente, sí. Pero está liberado. Pero si yo pudiera conseguir, gracias a usted, dejar de encontrarme cara a cara con él en el locutorio. Pero ¿es posible, siendo su mujer? Pero siento tanto odio por él que no me parece necesario que se dé cuenta. Pero, por favor, consiga que no vuelva a visitarme, se lo ruego, consiga que no sepa que es cosa mía, pero no sería bueno para él darse cuenta de mi odio, pero no tengo ninguna intención de herirlo. Pero es imposible, pero lo comprendo, pero usted no puede mentir por mí, pero lo comprendo. Pero entonces se lo diré yo, que deje de visitarme. Pero ¡pobre hombre! Pero no diré nada contra él, pero no tengo permiso espiritual. Pero sufre, pero está bien, pero va dando tragos a su… Pero ya no me acuerdo de qué era, pero whisky, coñac, ginebra, pero ya no me acuerdo. Pero está bien, solo en casa, allí, pero me lo imagino perfectamente… Pero contesta a correos electrónicos de gente que lo compadece, pero se las da de valiente conteniendo las lágrimas, pero nunca ha soltado ni una sola lágrima. Pero el señor Principaux es fuerte, en su santidad. Pero yo no diré nada contra él, no puedo. Pero ¿quiénes son las víctimas de lo que hice? Pero yo no, ¿verdad? Pero los niños y él, sí. Pero él está bien, en su soledad. Pero a menudo nos gritaba: ¡Dejadme en paz! ¡Haced el favor de dejarme en paz un momento! Pero nosotros teníamos cuidado de acercarnos a él solo cuando nos parecía que estaba relajado y preparado para recibir el recordatorio de nuestras respectivas existencias. Pero lo dejábamos en paz, pero yo me ocupaba severamente de ello y los niños me obedecían. Pero ¿por qué gritaba así? ¡Dejadme en paz! Pero yo estaba siempre ansiosa. Pero que hubiera ruido, pero desorden, pero contrariedades.

»Pero ¿si yo echo de menos a los niños? Pero no lo sé. Pero

prefiero no hablar de ello. Pero no sería correcto. Pero me he liberado de lo que hice, me he liberado de lo que hice. Pero no sería conveniente hablar de mis sentimientos. Pero los privé de su vida. Pero los veo cuando duermo, pero aparecen en todos mis sueños. Pero no diré que gimo en sueños, aunque sea la verdad. Es obsceno decirlo. Pero no los echo de menos, no. Pero los he hecho volver conmigo, minúsculos en mi cerebro. Pero los tres, en mi vientre, fueron bebés grandes, pero nacieron después de que hubiera salido de cuentas, hermosas criaturas pesadas y largas. Pero, Dios mío, ¡qué fuertes eran! Pero ahora son pequeñísimos en mi cerebro. Pero no sufro por el hecho de que ya no estén aquí, realmente, pero cerca de mí. Pero les arrebaté la vida, pero ellos no querían morir. Pero Jason luchó. Pero luché con él pero no se lo llevó un ángel sino yo, su madre amorosa. Pero ¡cuánto quería a mi hijo mayor! Pero no me esperaba que luchara, que la voluntad de su madre no se impusiera a su instinto de supervivencia. Pero forcejeamos. Pero creo que gritó o lo intentó, pero ya no lo sé muy bien. Pero cerré los ojos. Pero sí, pero cerré los ojos. Pero su mirada en el instante en que…, pero en el instante en que comprendió que se moría, pero me parece que no la vi. Pero John no se debatió, creo que no. Pero lo hundí suavemente en el agua, pero se le relajaron los músculos casi de inmediato, como cuando le daba un masaje por la noche, después de leerle un cuento, pero se volvió blando, pero tierno, pero conciliador. Pero eso creo, pero sí. Pero era un niño tan dócil, pero tan confiado, pero tan deseoso de hacer bien las cosas. Pero aceptó al acto, sí. Pero no se opuso a su mamá, pero siempre le había gustado complacer. Pero su mamá, entonces, era yo, pero debía llevar eso a cabo, pero John me ayudó y no fue difícil. Pero yo también lo ayudé. Pero le hablé durante todo el rato, sí, pero le susurré palabras amorosas. Pero, ay, ya no me acuerdo exactamente. Pero las palabras habituales: amor mío, cariño mío, pequeño mío, pero esas palabras que empleaba más a menudo que su propio nombre cuando me dirigía a ellos. Pero al señor Principaux le irritaba. Pero le parecía cursi, pero ridículo, pero pueril. Pero no le gustaba, no. Pero él siempre los llamaba por su nombre. Pero en cuanto a Julia, mi bebé… Pero le daba el pecho, pero lo agarró con alegría, pero sentí orgullo y alivio, pero también agradecimiento. Pero no, pero porque me sentía tremendamente herida cuando agarraba el pecho con reticencia o, peor aún, cuando lo rechazaba. Pero era una servidumbre para mí seguir amamantando a mi bebé después de seis meses, pero no había más remedio, pero ¿lo comprende?, sí, pero había amamantado a sus hermanos durante veinticuatro meses, pero eso había sido algo extraordinario para ellos, pero estaban sanos y hermosos, pero debía hacer lo mismo con Julia, que tenía el mismo derecho a la salud y a la hermosura, pero de manera que aquel día

agarró el pecho con glotonería y sentí gratitud, al mismo tiempo que le suplicaba por adelantado que me perdonara. Pero ¿no debo decirlo? ¿Premeditación? Pero no quiero que usted me salve. Pero me da igual la pena que me espera. Pero estoy bien en mi nidito. Pero sí, pero preferiría que me dejara sola ahora. Pero estoy cansada. Porque estoy cansada, quiero decir. Pero no quiero que ya me ponga sobre aviso para evitarme lo peor. Pero ¿qué es lo peor? Pero no me van a cortar la cabeza. Pero ¿de qué se trata? Pero ¿que me condenen a veinte años? Pero no quiero que usted lo impida. Pero yo no le pido nada. Pero es él quien la ha hecho venir, pero es el señor Principaux. Pero yo no quiero nada, pero yo estoy bien. Pero ahora déjeme sola, sí, gracias. Pero gracias, sí. (Con un gesto firme y amistoso, la letrada Susane había abrazado a Marlyne por encima de la mesita, había apretado por encima del tejido blando de la sudadera los músculos tensos de aquella mujer que le inspiraba pavor y animadversión, y Marlyne Principaux se había calmado, había dejado de hablar, de interrumpir la conversación, y no había vuelto a quejarse de su cansancio.) Pero les habría hecho despreciarme, pero por supuesto. Pero reírse de mí, ¿entiende? Pero ¿por qué? Pero no me tenía ningún aprecio. Pero se reía de mí, sí, y luego pretendía quererme. Pero no tenía ninguna consideración por Marlyne. Pero yo lo había decepcionado, sí. Pero soy mediocre. Pero soy una mujer bastante aburrida, ¿sabe? Pero creo que no era una profesora aburrida. Pero los alumnos me querían mucho, sí, pero eso creo. Pero el señor Principaux no era mi alumno, pero yo no tenía nada que enseñarle. ¡Pero debía de encontrarme tan latosa! Pero se reía de mí, pero con una risa amarga. Pero la alegría que había experimentado con la enseñanza, él la desdeñaba, la encontraba absurda, imposible, pero se enfadaba, pero decía que yo había trabajado en un espejismo. Decía: Tu colegio de mierda, pero también decía: Exageras, pero también decía: Te van a matar. Pero yo pensaba: Si alguien me mata en este mundo, es el señor Principaux. Pero yo me decía: mis queridos alumnos me protegen del lento asesinato al que me somete la vida junto al señor Principaux, quiero a mis alumnos pero no quiero al señor Principaux. Pero entonces me avergonzaba. Pero no podía reprocharle nada a mi marido. Pero ante mi madre, ante mis hermanas, lo elogiaba, pero me avergonzaba. Pero no sabía qué hacer para salir de aquel embrollo. Pero… ¡qué felicidad cuando nació Jason! Pero sentí gratitud por el señor Principaux, que era, pero ya lo sabe usted, un hombre agraciado, pero yo no soy una mujer agraciada, pero Jason resultó ser un niño espléndido. Pero yo no soy una mujer agraciada, al igual que usted. Pero no, pero por supuesto. Pero el señor Principaux no me eligió por eso, pero tuvo el mérito de quererme, de conquistar a una mujer que no podía más que

decepcionarlo, en todos los sentidos. Pero no en el sentido de la maternidad. Pero yo fui una madre excelente, pero él mismo se lo dirá. Pero todo el mundo está de acuerdo en eso. Pero no sé quién es todo el mundo, pero casi no veíamos a nadie, pero es verdad. Pero las maestras, ¿no? Pero ¿no le han dicho que era una madre que rozaba la perfección? Pero ¿y los amigos, pero los colegas del señor Principaux que vinieron a casa? Pero ¿no se lo han dicho? Pero ¿y mi madre y mis hermanas no se lo han confirmado? Pero si usted no las conoce, pero ¿qué le van a decir ahora que están en contra de mí? Pero a quien me hubiera gustado suprimir de mi destino era al señor Principaux, pero no era posible. Pero no era posible. Me tenía atada a él. Me refiero a que me tenía atada a él y yo no podía deshacer aquel nudo, aquella traba que… Pero no podía asesinar al señor Principaux, ¿verdad? (Risita pretendidamente sardónica, pero asustada, afectada, lamentable.) Pero no se puede matar al señor Principaux, ni siquiera en sueños. Pero no se puede dejar al señor Principaux, ni siquiera en sueños. Pero sí, la verdad, pero en sueños uno se puede marchar, abandonar todo eso, el señor Principaux, los niños, la casa, todo eso, vamos, toda esa vida. Pero en la realidad, pero no, no, no. Pero no, no, ¿comprende? Pero me habría destrozado, pero me habría anonadado, pero habría criado, educado a los niños en contra de mí. Pero no: porque él tenía armas que yo ignoraba. Pero ya no sé qué estoy diciendo realmente. Pero lo sé a grandes rasgos pero no con finura, con detalle. Pero no quiero atacar al señor Principaux, que, por mi culpa, se encuentra en una situación atroz, pero le ruego, letrada ¿qué?, Susane, perdón, pero le ruego que borre de su memoria y de su grabación cualquier comentario negativo que se me haya podido escapar en contra del señor Principaux. Pero en contra de Gilles, sí, si lo prefiere. Pero no tengo derecho a juzgar a Gilles. (Risita.) Pero no tengo derecho a incriminar al pobre Principaux, ¿verdad? Pero los niños…, pero los niños…, pero ¿dónde están ahora? Pero ellos siempre querían lo que quería mamá, pero temían disgustarme, pero darme pena. Pero ¿dónde están? Pero temo que los pensamientos del señor Principaux atraigan hacia él a sus pobres almitas, pero que se alíen con él, pero con…, pero con su mala manera de considerarlo todo. Pero es al señor Principaux a quien debería haber ahogado en el agua mugrienta del baño. Y resulta que lo he librado de un peso, pero sí. Pero no es eso lo que yo deseaba. Pero el señor Principaux se ha convertido en una figura trágica, ¿verdad? Pero no es eso lo que yo deseaba. Pero me dice que después volveremos a estar juntos. Letrada… Letrada Susane, perdón, pero dígale que le ruego que no quiero volver a tratar con él, ni ahora ni después. Pero dígale que lo odio. Pero dígale que…»

Entonces Marlyne se estremeció con todo su ser.

Y los labios le temblaban y los párpados le vibraban, y la mano derecha intentaba contener la agitación de la mano izquierda mientras sus muslos, fuertes, cortos y nervudos palpitaban como si acabara de completar una prueba deportiva.

La letrada Susane se puso de pie, dio la vuelta a la mesa, se acercó tanto como pudo al cuerpo trémulo de Marlyne.

Se imaginó rodeando con un brazo los hombros de Marlyne, inclinando la cabeza, susurrando palabras vagas.

No pudo tocarla.

La había abrazado poco antes, le parecía.

¿Y qué?

Se imaginó su brazo extendiéndose hacia Marlyne.

Con todo, se daba perfecta cuenta de que su brazo no se movía, se imaginaba cómo le hubiera gustado que sucedieran las cosas, pero sabía sin lugar a dudas que era ella, la letrada Susane, quien permanecía glacial y muda, petrificada, y profunda e irrevocablemente censuradora ante la carne sollozante de aquella mujer a quien era incapaz de rozar siquiera.

No debería comportarse así, pensó la letrada Susane.

Se obligó a levantar el brazo, le pareció que lo había hecho.

Una vez más, se imaginó estrechando a Marlyne, dándole unos golpecitos en la espalda como haría cualquier abogada con su clienta, aunque solo fuera de manera formal, a disgusto.

Pero no podía moverse, tenía los brazos agarrotados a lo largo del torso, y la cara, lo sabía, paralizada en una expresión banal y fría de animadversión.

Al día siguiente, estaba enfrascada transcribiendo las palabras de Marlyne cuando Gilles Principaux se presentó en su despacho.

—¡Qué frío! —exclamó frotándose las manos, como un «personaje», pensó ella, como si fuera una figura de una serie que Gilles Principaux estuviera condenado a interpretar en contra de su voluntad y de su talento.

Con una voz ligeramente vacilante, friccionándose las manos mecánicamente, repitió:

—¡Qué frío!, ¿no?

Le tendió sus dedos largos y finos a la letrada Susane, de piel pálida, pero de un rosa intenso en la articulación de las falanges.

¿Le recordaban algo esas manos?

Le pareció que tenía mala cara.

Se lo dijo, tal vez, fingiendo amabilidad, o simplemente lo pensó y

se imaginó que se lo decía aparentando amabilidad.

¡Qué cara tan rara, tan fea tenía!

La letrada Susane no guardaba ningún recuerdo preciso de la cara del muchacho de Caudéran, pese a los esfuerzos por rememorar que llevaba a cabo día y noche su mente febril.

¿Acaso, se preguntaba, incómoda, hubiera podido amar, apreciar una cara así, acaso hubiera podido desear brillar ante él y recibir los elogios de un muchacho cuyos rasgos se volverían tan ordinarios, ensombrecidos, confusos, como los de Gilles Principaux?

¿Cómo hubiera podido adivinar, tan joven, que aquel adolescente estaba destinado a convertirse en un hombre anodino, un hombre sin méritos propios, indigno de aquella niña de diez años que se afanaba por deslumbrarlo, perdiendo así el amor simple de su padre, la confianza espontánea, sin dobleces, de sus progenitores?

¿Acaso, en aquel cuarto, ella no había ofrecido todo lo que tenía que ofrecer, que *sacrificar*?

Su devoción había carecido de cálculo, de prudencia.

Y el muchacho de Caudéran la había seducido así: deja en mis manos tu fe brumosa en la existencia, porque estoy llamado a ser alguien excepcional. Te someto, te protejo, te convenzo, aunque te resistas. Y *a posteriori*, cuando descubras en quién me he convertido, te alegrarás, te jactarás de ello.

¡Pero aquel Principaux, con su mirada apagada, hipócrita, astuta, casi estúpida!

Le ofreció un café, él se dejó caer en una de las dos butacas que había frente a su escritorio.

¿Quién era Principaux para ella?

¿Aquella mirada opaca era su verdadera mirada, o su mirada de falsas apariencias, de afabilidad social, su mirada engañosa?

Ella lo escrutaba, lo observaba con una intensidad furiosa que, pensaba, debería alarmarlo respecto a los antiguos vínculos que tal vez los unían.

Pero él no se movía.

Y entonces la letrada Susane tuvo la impresión de que Gilles Principaux no se preocupaba en absoluto por ella, que para él no era sino un instrumento barato, fácil, para la defensa más o menos eficaz de su mujer.

Le pareció con pesar que aquel hombre no la reconocía.

—Así que fue a verla, ¿qué le dijo? —le preguntó con una voz al mismo tiempo dura y suave, imperiosa y aterciopelada.

—Me contó los acontecimientos —respondió con aspereza la letrada Susane.

—Pero ¿qué le contó? Me gustaría tanto saberlo, a mí no me dice

nada…

Como la letrada Susane guardaba silencio, Principaux se enzarzó en su propia narración, agitado, torpemente seductor, pero tan turbado que del mentón se le deslizaba un hilillo de saliva que iba balanceándose al ritmo de sus palabras sin que se percatara de ello.

—Le aseguro que éramos felices —afirmó con una voz ampulosamente enérgica—, felices como es difícil serlo hoy en día. A veces, los domingos por la mañana, metíamos a los tres niños en nuestra cama, al gran Jason, que estaba aprendiendo a leer y se mostraba muy orgulloso de sus progresos; al pequeño John, que escuchaba a su hermano; y a la bebé Julia, que hacía gorgoritos con ese entusiasmo propio de después de mamar, sí, éramos tan felices los cinco en el nido de amor de nuestra cama. Era el paraíso, sí, debo reconocerlo: nosotros y los críos en la cama calentita mientras la lluvia golpeaba las ventanas. Yo leía, Marlyne les contaba cuentos a los niños, parloteaba y se reía con ellos, éramos felices, sí, estábamos en paz, contentos y orgullosos de haber alcanzado nuestros objetivos. ¿Nuestros objetivos? Pues fundar una familia numerosa sin estar obligados a ello, al contrario. Nos oponíamos radicalmente a la opinión de nuestros respectivos padres sobre este asunto. Marlyne estaba bien, sí, era feliz. No dejaba de hablar de los niños, me aseguraba que, «como mujer, se había descubierto»; como madre de familia, vamos. Por mi parte, no estaba tan convencido. Prefiero la vida sin hijos, lo confieso. No me entusiasma la compañía de los niños, me aburro enseguida, no sé qué hacer con ellos. Pero a esos tres, Jason, John, Julia, ¡los quería con locura! Créame: por ellos sentía un amor que no había sentido nunca, tierno, tolerante, incluso diría que infinito; sí, mi amor por ellos no tenía límites, ¿sabe? Me gustaba cogerlos en brazos, notar su olor a hierba fresca o húmeda cuando habían jugado al aire libre los domingos por la tarde, también me gustaba el amor simple que me profesaban. Sí, yo era su papá querido, sin lugar a dudas. Éramos felices. Creo que era un papá ideal. Porque me querían y me temían con la misma intensidad. Cuando me querían, era sin el menor recuerdo de la penosa víspera, a causa de alguna travesura, alguna desobediencia que les hubiéramos reprobado, incluso alguna decepción que nos hubiéramos llevado. Como sabrá usted, se sufre mucho cuando tus hijos adorados violan los códigos del amor familiar. Por eso me propuse que me temieran y me quisieran a partes iguales. Y ellos, como buenos perros, podían quererme y temerme a la vez, quererme de día habiéndose olvidado de los resentimientos de la noche anterior. Cada mañana yo era para ellos un padre nuevo, un padre virgen. Sí, era un padre amado y amoroso, creo que puedo afirmarlo sin pretensiones. Eso sí, un padre que hubiera preferido no serlo. Me hubiera gustado ser un hombre sin

descendencia. No, nunca se lo dije a Marlyne, no, no. Ella quería tener hijos, ¿verdad? Ahora dice lo contrario, no quiero discutir con ella a través de usted, que la representa, me rindo ante lo que diga, no cuestiono nada. Simplemente permítame añadir que varios indicios, entre ellos frases muy claras sobre el tema, me hicieron pensar sin dudarlo que Marlyne soñaba con tener una familia numerosa. ¡Y no le faltaba razón! Porque nosotros dos… ¿Qué sentido hubiera tenido nuestra pareja, nuestro emparejamiento azaroso sin hijos? ¿Sin el proyecto de formar una bonita tribu, una tribu ejemplar, de crear una estirpe? ¿Qué teníamos en común Marlyne y yo? Nada de nada, nada de nada. Nunca nos amamos, me refiero sentimentalmente, absolutamente, románticamente. ¡Claro que la quiero, sí! Todavía amo a la madre de mis hijos, aunque… Quiero a mi mujer, es mi mujer y me comprometí con ella, tengo deberes hacia ella, es mi mujer para lo bueno y para lo malo. Estamos viviendo lo malo, es así. La amo, no la abandonaré, tal vez la ame más y mejor que antes. Mi amor es sagrado, inquebrantable. No, no nos queríamos de manera profunda cuando nos conocimos, cuando tuvimos a los niños. Estábamos atados de manera vaga. Ahora estamos atados trágicamente. Amo a esa Marlyne aterradora, no la comprendo del todo, pero no puedo odiarla. Quiero a mi mujer, sea como sea. Y punto. ¡Me reprocho tantas cosas! La quiero mejor que antes, sí. Era una persona normal y corriente. Se ha convertido en una heroína tenebrosa. Estoy sorprendido. Nunca me la había imaginado así. Estoy sorprendido. Es extraña. Aterradora, sí. Pero creía que era anodina, estaba equivocado. ¡Me reprocho tantas cosas! Debería haber insistido para que volviera al trabajo después del nacimiento de Jason. No lo hice, pensaba que…, que estaba bien, que estaba aliviada… No me gustaba su colegio de Pauillac. ¿Que si a ella le gustaba? Sí, sin duda, o eso decía, en cualquier caso. Pero no estoy convencido de que fuera un buen lugar para ella. Estudiantes mediocres, colegas hastiados, irónicos o desamparados, y todo el trayecto que tenía desde Burdeos… Marlyne cree que yo le prohibí reincorporarse al trabajo. ¿Quién era yo para prohibirle algo? Ella era una mujer independiente, inteligente, capaz de sopesar sus opiniones y las de su marido en una balanza justa. Podía tomar las decisiones que considerara más acertadas, yo no me hubiera opuesto. Jamás de los jamases le grité a Marlyne. Jamás la regañé, la humillé o la escarnecí. Yo no era el jefe de nuestro pequeño equipo. Éramos dos socios, a partes iguales, en la empresa sin ánimo de lucro de nuestra familia. Pero estoy obligado a hacerme reproches. ¿Cómo pudimos llegar a ese punto? Pienso en ello día y noche, ¿sabe? Mis sueños están llenos de niños. A Marlyne y a mí nos gustaba hacer el amor juntos. Formábamos una buena pareja. Los dos éramos púdicos pero apasionados. Necesitábamos la oscuridad. Con luz nos sentíamos

incómodos, los dos juzgábamos con severidad nuestro cuerpo. Yo sufro una enfermedad de la piel desde la infancia. Me avergüenza muchísimo, aunque no sea culpa mía. Me veo más feo de lo que soy en realidad, puesto que Marlyne me deseó, me amó. Me acarició sin asco. Sí, Marlyne es la única mujer con la que he mantenido relaciones sexuales completas, como se suele decir. Temía mi propio cuerpo, mi aspecto, mi piel roja, seca, escamosa. Pero ¿qué más da? No es tan terrible, a fin de cuentas. Marlyne me acarició, sintió deseos de restregar esa piel granulosa, áspera, esa pobre piel enferma contra la suya, le gustó, su gozo jamás fue fingido. ¿O quizá sí? No lo sé. No lo creo, no. No me daba esa impresión. Teníamos una buena vida sexual, ligera, amable. Nada complicado. Marlyne a veces estaba delgada, otras veces oronda, ya no lo sé realmente. Me resultaba indiferente. ¿Cómo explicárselo? Yo hacía el amor con ella, con la personalidad de Marlyne, con mi mujer. No sabría describirle su cuerpo. ¿Y qué más da? Todos los cuerpos de mujer me gustaban. ¿Es un defecto? ¿Es una cualidad? Me importa un comino. Ni siquiera sabría describir mi propio cuerpo. No me gusta, cambia, no quiero saber nada de él. Me gustaba el cuerpo de mi mujer fuera como fuera porque era el cuerpo de ella, de mi mujer, y me gustaba hacer el amor con Marlyne, con aquella mujer precisamente, que se llamaba Marlyne y cuyo vientre había albergado a mis hijos. No le exigía al cuerpo de Marlyne que me gustara porque ni siquiera el mío me gustaba. No lo miraba, no me interesaba. Pero cuando nos abrazábamos, después de quitarnos el pijama, los dos desnudos debajo del edredón subido hasta el cuello, estábamos bien, y no nos importaba nada la forma o el aspecto de nuestras carnes respectivas. Estábamos bien porque nos conocíamos bien. ¿Cómo pudimos llegar a ese punto? ¡Marlyne era una madre inigualable, ya lo sabe!

Gilles Principaux sacó un pañuelo del bolsillo y se secó los ojos.

A la letrada Susane le pareció que la silla apenas sostenía el cuerpo de Gilles, hundido, consumido por la tristeza.

Ella estaba al acecho, preparada para dar un salto e impedir que se cayera.

Se descubrió más conmovida de lo que consideraba que era aceptable y decente conmoverse por Principaux.

Por eso, rencorosa, casi vengativa, tras un largo silencio que a cualquiera en su sano juicio le hubiera parecido raro y, por tanto, embarazoso, pero que no pareció incomodar a Principaux, le preguntó en voz baja, apagada:

—Señor Principaux, ¿me conoció antaño?

Él no lo comprendió o fingió no comprenderlo.

Frunció el ceño, casi molesto, y luego enarcó las cejas fingiendo interés educadamente.

—Señor Principaux, ¿nos conocimos en mi infancia? ¿Cuando yo tenía unos diez años y usted catorce o quince? Y, suponiendo que así fuera, ¿se acuerda de mí?

La letrada Susane puso las manos sobre la mesa, sin avergonzarse, aunque le temblaban.

Las entrelazó con calma, sin tratar de disimular que las juntaba para impedir que temblaran.

—¿Se acuerda de mí? —repitió.

—No lo sé —dijo Principaux—. Pero, bueno, ¿qué importancia…? —dijo a continuación, irritado.

—Es muy importante —añadió la letrada Susane—, no lo menosprecie, se lo ruego.

Principaux sonrió, algo confuso, pero la letrada Susane no supo interpretar si lo que le incomodaba era la extrañeza de la situación, si encontraba a la letrada Susane inquietante por razones que no le atañían en absoluto o si, tal vez, en el brillo sombrío de los ojos de la letrada Susane reconocía algo, pero el ¿qué?, ¿algo maravilloso u horrible, resplandeciente o alarmante?, ¿el qué?, se preguntaba ella.

—No la entiendo, no sé de qué diablos está hablando —dijo Principaux con una voz agotada—. Lo único que cuenta ahora es Marlyne, mi mujer. ¿Por qué debería acordarme de usted? La verdad es que no lo entiendo.

—¡Pues inténtelo, haga un esfuerzo!

Sintiéndose espantosamente ruin, la letrada Susane soltó una carcajada para atenuar, para desvirtuar y falsear la seriedad de sus palabras.

Él se relajó, impasible.

—Pero ¿por qué quiere que haga ese esfuerzo a toda costa? Que ya nos hubiéramos conocido o no, ¿qué más da?

—Entonces ¿por qué me eligió como abogada de su mujer?

—No lo sé… Por casualidad… Necesitábamos a alguien, ¿no? Podría haber sido cualquiera, simplemente encontré su nombre.

Suspiraba de hastío, separando ligeramente los brazos para subrayar la vacuidad de la conversación.

—No pone demasiado de su parte para establecer una relación de confianza —le dijo Principaux en un tono irónico—. Es usted un poco rara.

—Me volví rara a los diez años.

La letrada Susane sonreía descaradamente, dándose por vencida en su asiento.

Principaux, primero vacilante, le respondió con una sonrisa que

trataba valientemente y puede que también amablemente de estar a la altura de la suya.

¿Qué había en el corazón del corazón de Principaux?

¿Quién era, para ella, aquel hombre de mirada inquieta, de rasgos anodinos?

Ya no sentía la violenta impresión que había experimentado cuando Principaux había entrado por primera vez en su despacho, la impresión de que tiempo atrás lo había conocido en Caudéran y de que aquel único encuentro, aquella singular batalla, habían alumbrado a la «letrada Susane».

Allí estaba, frente a ella, un cuerpo muerto para su memoria.

¿Por qué seguía confiando tantísimo en aquella primera, fugitiva, embrollada impresión, por qué le parecía que debía atenerse a ella como si demostrara su lealtad hacia la niñita de entonces, aunque esta, la pequeña Susane, no hubiera sufrido malos tratos en el cuarto de Principaux?

Porque estaba casi segura de que el muchacho no le había hecho nada malo, no le había hecho nada que ella no hubiera consentido, nada que ella no hubiera deseado, incluso.

¿Qué hubiera sido de ella sin aquel encuentro?

Poca cosa, poca cosa…

Sin embargo, sentía una especie de odio hacia todos los Principaux, hacia todos los miembros de esa familia.

Se enderezó, se obligó a ofrecerle un café que él aceptó, según ella, con alivio, como si le garantizara que había salido airoso de un contratiempo.

Principaux sonreía cuando la letrada Susane lo miraba.

Era tal y como lo habían filmado los periodistas: alegre y sordamente inquieto, demasiado sonriente y, sin embargo, a la defensiva.

Ninguna de sus actitudes era adecuada.

A la letrada Susane le parecía a la vez ingenuo y artificioso, taimado y cándido.

La desconcertaba.

Porque no lo entendía.

Mientras dejaba en la mesa la taza para Principaux, sonó el teléfono fijo, que casi nunca utilizaba.

Reconoció la voz de su madre, la señora Susane, lejana, como amortiguada por la tristeza y los remordimientos, una voz secreta, de ultratumba:

—Soy yo, querida, disculpa que te llame al despacho, pero es que no te encuentro en el móvil, ¿te molesto?

—No.

—Escucha… Ahora me acuerdo… ¿Me oyes?

—Sí, sí.

—Ah, muy bien. Aquella gente de Caudéran a cuya casa te llevé cuando eras pequeña, pues ya me acuerdo de su apellido, me vino a la cabeza de repente…

—¿Sí?

La letrada Susane, conmocionada, se apartó el auricular de la oreja.

Principaux soplaba el café para enfriarlo, como un niño.

—¿Estás ahí, querida, me oyes?

—¡Sí!

—Se llamaban Majuraux, como el vino, ¿sabes?, pero no se escribe igual. No Principaux, Majuraux. Ahora ya me acuerdo.

—¿Estás segura? —susurró la letrada Susane—. ¿Realmente segura?

Su madre se quedó callada durante tanto tiempo que la letrada Susane, alarmada, le preguntó:

—Mamá, ¿estás ahí?

—Sí.

—¿Estás segura de lo que me dices? ¿Realmente segura?

—No, pero… casi. Diría que un sesenta por ciento.

—Ah.

—Para serte sincera, querida, para ser escrupulosa… me quedaría en… veinticinco por ciento de certeza de que aquella gente se llamaba así, Majuraux, y no con una e, sino a-u-x.

—¡Vaya, mamá!

La letrada Susane le dirigió una sonrisa tranquilizadora a Principaux, que había alzado la nariz de la taza con una expresión ligeramente interrogadora.

Él se la devolvió, mecánicamente: amplia dentadura, pómulos marcados, párpados temblorosos.

—Mamá —suspiró la letrada Susane—, ¿qué sentido tiene que me digas esto si estás tan poco segura? Me inquietas innecesariamente, porque no puedo hacer nada con una información tan imprecisa, ¿lo entiendes?

—Sí, querida, perdona, ahora tengo que colgar, que llega tu padre. Apúntalo bien: Majuraux, a-u-x. Está el viñedo Majureaux, con una e, pero no tiene nada que ver, son dos familias distintas. Pensándolo bien, diría que fuimos a casa de los Majuraux. Creo que no he conocido a ningún Principaux, aunque ¿cómo podría estar segura, después de tanto tiempo, verdad? Pero es Majuraux, sí, eso creo, querida. ¡Aunque sin poner la mano en el fuego, eh! Te dejo, que llega

tu padre, ya sabes cómo le exasperan estas historias. Para ser exactos, lo sacan de quicio. Adiós, querida, adiós…

El 30 de enero, un miércoles por la mañana, gracias a la mediación de la letrada Susane, Rudy y la pequeña Lila conocieron a Sharon, en el piso de la letrada Susane, donde habían más o menos acordado que Sharon cuidaría a Lila hasta la noche.

Rudy había propuesto un tanto alzado, que la letrada Susane le había transmitido a Sharon.

Pero, sin decírselo a Rudy, había aumentado el precio, no porque la suma que había ofrecido Rudy le pareciera demasiado baja (en ese caso, se lo hubiera dicho sin temor, incluso si se hubiera indignado aparatosamente), sino porque albergaba un deseo enorme, febril, inexpresable de que a Lila la cuidara una Sharon satisfecha, contenta con su situación, incluso secretamente pletórica por aquel golpe de suerte.

Desde que nació Lila, la letrada Susane sentía por ella un amor dulce, melancólico y alegre.

No le hubiera gustado ser la madre de Lila ni de nadie.

Prefería no ser la madre de nadie en este mundo.

El hecho de que otra mujer hubiera alumbrado a la exquisita Lila y que ella, la letrada Susane, obrara discretamente, serenamente, por la felicidad de su ahijada espiritual, le iba de maravilla.

Era muy consciente de que su afecto incondicional por Rudy había influido e incluso determinado su cariño por Lila, que había deseado querer y proteger a Lila porque se preocupaba por la felicidad de Rudy, aunque, a veces, se resguardara de ella.

Siempre le había parecido que si Rudy se sumiera en la desdicha, cayera en bancarrota y acabara en la ruina, la arrastraría a ella, a la letrada Susane, al desastre, aunque no hubiera ninguna razón lógica para semejante encadenamiento, aparte de que los dos procedían del mismo mundo.

Le importaba, y en extremo, que Rudy fuera plácidamente, amablemente próspero, que floreciera, que creciera en riqueza y en felicidad: él y la letrada Susane eran dos vasos comunicantes, y si Rudy se encallara en el trabajo o en su vida privada, la letrada Susane tenía el pálpito de que ella sufriría las fatales repercusiones, que las aguas tumultuosas en las que él lucharía la cubrirían a ella de un lodo del que no podría liberarse.

Estaban encadenados, le parecía a ella, como los cómplices de un robo a mano armada: el de haberse zafado, discretos, feroces, ambiciosos e individualistas, de un entorno del que no insistían en alardear, sin por ello renegar o avergonzarse de él.

Ni el uno ni la otra harían de portavoces de su familia.

Eran silenciosos, reservados, incluso introvertidos con sus colegas respecto a sus orígenes proletarios, aunque introvertidos de manera neutra y fría, sin que pudiera distinguirse en ellos (los dos estaban seguros) ni la sombra de un sentimiento de inferioridad.

Pero si Rudy se estancaba…

La letrada Susane gustaba de considerar a Lila una muestra del éxito de Rudy, de su ascenso a algo hermoso, serio y antiguo de donde nadie podría expulsarlo.

Porque la madre de Lila procedía de una familia de abolengo de Saint-Émilion.

Rudy, pues, sin haberlo premeditado, se iba asentando.

Había gustado, seducido, concebido.

Los abuelos de su hija eran gente que había mandado a su padre.

Rudy había ascendido gracias al poder de su delicadeza, de su cortesía viril, de su simiente fructífera.

Y el hecho de que Lila, por casualidad y por suerte, se pareciera físicamente a Rudy reafirmaba a la letrada Susane en su afecto por la niña.

Sus propios padres, el señor y la señora Susane, sentían un amor desmesurado por Lila.

La querían, sí, como si fuera la hija de su hija, y guardaban un silencio furibundo, antagonista, escéptico, cuando la letrada Susane debía recordarles que Lila tenía una madre que no era ella, la letrada Susane, y que aquella madre, pese a sus errores (según Rudy), seguía teniendo todo el derecho del mundo a educar a Lila, podía querer a Lila y cuidarla de una manera que los Susane reprobaban, pero que eso no les atañía en absoluto, dado que nunca serían más que abuelos de reemplazo.

En efecto, sí, el señor y la señora Susane siempre habían admitido aquella evidencia, aquella situación, de hecho, con enorme dificultad, con una aflicción obcecada, enfurruñada, contraria a los esfuerzos de la letrada Susane por hacerlos entrar en razón.

De manera que, cuando se resignaba a acordarse, debía reconocer para sus adentros que a veces había renunciado a desengañarlos, a combatir su creencia ardiente, sombría y callada de que ella era la única, la justa, la verdadera madre de Lila.

Incluso la madre biológica de Lila, parecían pensar, según la letrada Susane.

¿Acaso no habían hecho algunas alusiones supuestamente mordaces, teñidas de sarcasmo, impropias de su temperamento?

Acaso no habían soltado, al enterarse del nacimiento de Lila (por quién, la letrada Susane ya no se acordaba; ¿por Rudy directamente,

por ella misma, por los clasificados del periódico local?):

—¡Nos visitas tan poco que bien hubieras podido estar embarazada y dar a luz sin que nos diéramos cuenta! Nos dices que Rudy tiene una relación con otra mujer, pero nosotros no sabemos nada. ¡Nunca hemos visto a esa mujer! Esa oficial de notaría, supuestamente.

Bromeaban con una especie de indignación, entre estupefactos e irritados por tener que mofarse de un asunto así.

¿Por qué Lila no era simplemente la niña de su hija única y de Rudy, a quien habían considerado su yerno? ¿Por qué todo debía ser retorcido, frustrante, innombrable?

Atónita por semejante injusticia, la letrada Susane había balbucido:

—Pero si vengo a veros muy a menudo, ¿por qué decís que me veis tan poco?…

—Apareces como una ráfaga de viento, ni nos acordamos de que has venido. Lo que para ti es «muy a menudo» se convierte en «casi nunca» en nuestro recuerdo. Por mucho que nos restriegues tu agenda con «visita a los padres» marcado diez veces al mes —había añadido la señora Susane con altivez—, no cambia nada de lo que sentimos, y eso es lo más importante, ¿no?

Parecía que el señor y la señora Susane hubieran pasado de la impresión amarga de que la letrada Susane los desatendía a la convicción no menos dolorosa, pero de lo más estrafalaria, de que había parido, clandestinamente, a la hija de Rudy y que, por razones que siempre se escaparían a su entendimiento, a su comprensión, a su perdón, les mentía.

Nunca darían el brazo a torcer respecto a esa extravagante certeza, pensaba la letrada Susane.

Ni siquiera una prueba de ADN, que ella se guardaría bien de llevarles, negándose a secundar su delirio, les arrebataría esa locura, esa fe, esa áspera esperanza.

Por eso les había gustado tanto dárselas de guardianes de Lila, no le había dicho la letrada Susane a Rudy.

Te quieren mucho, sí, pero si siempre están dispuestos a cuidar a Lila, es porque se creen sus abuelos biológicos, le habría dicho a Rudy si se hubiera atrevido.

Sin embargo, pensaba a veces horrorizada, ¿habrían realizado una prueba de ADN a sus espaldas, cegados como estaban?

La letrada Susane los creía muy capaces de haber mandado a algún laboratorio americano un escupitajo de Lila y algunos cabellos suyos, de no haber dicho nada, hasta de haber ocultado un posible resultado positivo de la prueba, sí, ¡estaban tan perturbados como para gozar agriamente de saberse los abuelos de Lila, ocultándole a la letrada Susane que lo sabían!

Sin duda alguna, en su ingenuidad, en su ignorancia y en su delirio, ¡se lo creían!

Una prueba que demostrara un vínculo de filiación entre la letrada Susane y Lila sería errónea, por supuesto, pensaba la letrada Susane sin poder contener una carcajada de exasperación, ¡pero sus padres eran tan incultos que ni siquiera lo sospecharían!

En varias ocasiones había tenido que morderse la lengua para no soltarles a bocajarro: Si habéis encargado una prueba de ADN y os han contestado que yo soy la madre de Lila, sabed que se trata de un error, tened en cuenta que esas pruebas no son fiables al cien por cien y que incluso abundan los fraudes.

Tal vez hubiera añadido, con una risita cuya intención sarcástica y profundamente enojada se les habría pasado por alto: La mejor prueba es lo que yo afirme; no, no soy la madre de Lila.

Pero no había dicho nada, pues no deseaba echar anclas en las profundidades de su delirio.

Porque entonces se las ingeniarían cándidamente para retenerla allí con afirmaciones sesgadas y preguntas sinuosas, con resoplidos de recelo y cejas enarcadas, aunque la letrada Susane hubiera podido acabar, primero hastiada y luego cautivada, sintiéndose a gusto en la ceguera de sus padres.

No siempre estaba segura de *no sentirse así*.

El miércoles por la mañana, cuando abrió la puerta de su casa a Rudy y Lila, los presentó a una Sharon especialmente graciosa y encantadora y, acto seguido, le quitó a la pequeña Lila las numerosas capas de ropa de invierno que llevaba, hasta llegar al cuerpo regordete de la niña en leotardos y camiseta, pensó, mientras estrechaba contra el pecho aquella carne pesada y densa de criatura: Quiero a esta pequeñaja como si fuera hija mía.

En el piso de la letrada Susane hacía calor.

Había subido la calefacción, por temor a que Lila no estuviera a gusto en su casa.

La letrada Susane se achicharraba en su propio hogar.

Observó que Rudy también tenía demasiado calor, además de prisa por irse al trabajo.

Daba vueltas delante de la puerta, impaciente por salir mientras la letrada Susane colmaba a Sharon de recomendaciones:

—Sharon, cuando vaya a pasear con Lila, acuérdese de ponerle la bufanda, y recuerde, Sharon, que Lila no debe comer frutos secos, porque parece que los frutos secos podrían matarla, Sharon, y también sería ideal, según su padre, que Lila echara la siesta, gracias por haber aceptado cuidar a Lila, Sharon, muchas gracias, de verdad.

Extrañamente alentada por la presencia de Rudy, por sus hombros anchos y su pragmatismo puntilloso, y como si necesitara un testigo, añadió, con una falsa ligereza:

—¿Y su certificado de matrimonio, Sharon? ¿Lo ha encontrado?

—Ya se lo expliqué, señora Susane.

—H… —replicó la letrada Susane, diciendo su nombre de pila, que Sharon aún se resistía a pronunciar, pese a que la letrada Susane le hubiera repetido varias veces que no podía permitirse llamarla Sharon si ella no la llamaba por su nombre.

Sharon seguía en sus trece.

Se andaba con rodeos y a veces, sin necesidad, soltaba un «señora Susane» que entristecía e irritaba por igual a la letrada Susane.

Sharon, por decir mi nombre no va a correr peligro ni va a ser cómplice de la infamia que cree que me mancilla. ¿Qué se huele, Sharon, qué le inspira tanto rechazo a la idea de que me aproxime a usted, tanto física como espiritualmente? ¿Qué me echa en cara, Sharon? ¡Usted sabe cosas de mí que yo ignoro!

—No recuerdo que me explicara nada al respecto —dijo con cautela.

—Claro que sí, ¿se ha olvidado?

Sharon, asombrada, sonriente, con una delicada mirada de soslayo trató de poner a Rudy de su parte, pero este estaba consultando el teléfono y, para gran alivio de la letrada Susane, no las escuchaba.

—Sí, sí —prosiguió Sharon sin mirar a la letrada Susane—, ya le conté la otra vez que mi certificado de matrimonio está bloqueado allí, en Mauricio.

—¿A qué se refiere con bloqueado? —preguntó la letrada Susane con tiento.

—Pues eso, bloqueado. Ya se lo expliqué la otra vez.

—Pero ¿cuándo, Sharon?

—No lo sé, la otra vez, no me acuerdo de la fecha exacta. Le expliqué que hay gente allí, en Mauricio, que retiene mi certificado de matrimonio.

—¿Retiene?

La letrada Susane tartamudeaba, como una niña torpe, balbuciente y desamparada, llena de temor.

Presa de un sentimiento que parecía compasión, Sharon acercó sus labios suaves a la oreja de la letrada Sharon.

—Ya se lo dije, ciertas personas a las que pedí que me enviaran el documento han decidido no hacerlo, precisamente porque lo necesito. Tienen la esperanza de que así nos veamos obligados a volver, quieren que fracasemos, sí, hay gente así, ¿sabe? De momento no puedo hacer nada, no tendrá mi certificado de matrimonio, realmente no puedo

hacer nada —añadió Sharon con una voz más entristecida por la letrada Sharon que por ella misma.

A continuación, se inclinó hacia Lila como si la letrada Susane, con sus preguntas ociosas, la hubiera apartado de una tarea verdaderamente importante.

Se arrodilló frente a Lila, le puso las manos debajo de la camiseta interior y le acarició la espalda a la niña.

Lila gorjeaba de placer.

Restregó sus mejillas en la frente de Sharon.

—Mmm, mmm, conejita, qué pelo tan suave, conejita —canturreaba Sharon.

A la letrada Susane le pareció que Sharon, enjuta, menuda, se había encogido para no asustar a la niña con su estatura de adulta.

—Creo que se han entendido —cuchicheó Rudy dirigiéndole a la letrada Susane una amplia sonrisa de padre complacido.

Entonces ella se sintió (¡por un segundo!) considerada o reconocida como la madre de Lila, aquella niñita imperfecta, celestial y fiel.

Al término de la jornada, la letrada Susane, que había dedicado varias horas a tratar de desenmarañar la situación de Sharon, quien no haría nada para ayudarla, como iba comprendiendo con una sonrisa íntima y burlona, y volvía a casa bastante enfadada, incluso vagamente decidida a comunicarle que dejaría de trabajar para ella y para su familia si Sharon se empeñaba absurdamente en retrasarle el expediente, se encontró a Lila y a Sharon cenando, alegres, como dos amigas, con todas las lámparas del piso encendidas.

Enseguida se dio cuenta de que Sharon había preparado un festín ideal para la niña.

Y apreció con agradecimiento y una ligera inquietud la aguda profesionalidad de Sharon, que parecía haber conseguido a la primera que Lila la idolatrara.

La niña gritó algo que la letrada Susane interpretó como: ¡Está delicioso, me encanta! O: ¡Adoro a Sharon! O incluso: ¡Quiero quedarme con Sharon toda la vida!

La letrada Susane sintió una punzada de un dolor desconocido que le partió el corazón.

Sus padres, que querían a Lila con un amor primario, inmutable, fiel, cuando la cuidaban, nunca le habían cocinado algo como lo que le daba Sharon aquella noche.

El señor y la señora Susane, indiferentes a la comida, le ofrecían a Lila platos congelados que compraban de oferta y que guardaban en el enorme congelador del sótano en cantidades absurdas y gigantescas, alegando que no podían hacer la compra y, al mismo tiempo,

acordarse de lo que ya tenían almacenado, de manera que se abastecían de manera exagerada y, al cabo de cinco o diez años, tiraban lo que no se habían comido con la misma desvergüenza con la que lo habían comprado.

Se congratulaban de que Lila no fuera una niña complicada, interpretando casi como otra cualidad moral de su querida Lila el hecho de que engullera sin quejarse los alimentos ultraprocesados que ellos, fáciles de contentar, sin criterio alguno, habían convertido en su sustento cotidiano.

La letrada Susane había intentado advertirlos:

—Lila está demasiado gorda, hay que alimentarla con cabeza.

—Pues nosotros comemos lo mismo y no estamos gordos —habían exclamado ellos—. No es culpa nuestra.

La letrada Susane tenía sus dudas respecto a que sus padres no se hubieran engordado.

Habían cambiado desde su infancia, de la que recordaba una pareja flaca, de carnes prietas, ahorradora, parca en palabras.

Pero ¿qué más da, pensaba, que se engorden en la vejez y no se den cuenta?, si se gustan a sí mismos y el uno al otro, ¿qué más da que avancen juntos, siempre de acuerdo, eróticamente unidos, hacia un sobrepeso innegable?

—Lila es pequeña, hay que inculcarle buenos hábitos. El médico la pesó, está por encima de la media de las niñas de su edad —les explicaba ella.

—¡Ay, los médicos! —replicaba el señor Susane, obligándose a reír, porque no estaba acostumbrado a faltar al respeto a los expertos.

—Lila está muy bien como está —añadía la señora Susane con un tono tajante.

Sharon le había servido a Lila unos filetes de lechal sobre una base de calabacín y berenjena asadas.

Había preparado una salsa ligera de menta fresca y almendras.

Más tarde, la letrada Susane se acabaría los escasos restos, exquisitos.

¿Por qué el señor y la señora Susane no podían cuidar a Lila con el mismo cariño y el mismo esmero que Sharon, a pesar de que la consideraran su nieta biológica?

Su amor feroz por Lila era propio de unos abuelos de verdad, pero el desinterés que mostraban por su salud parecía revelar que eran conscientes de que no tenían unos vínculos tan incontestables con ella como para molestarse por el fastidio que implica una dieta equilibrada.

En este sentido, la letrada Susane sufría por ellos.

Pero ¿qué podría haber hecho?, se preguntaba.

¿Confesar falsamente que había parido a Lila siete años antes?

¿O reprocharles con vehemencia que alimentaran a Lila con productos mediocres sabiendo que tal vez no se comportarían así si ella fuera realmente carne de su carne?

Poco después de que la letrada Susane regresara a casa, Rudy fue a recoger a Lila, primero nervioso y ansioso y luego tan profundamente aliviado cuando su hijita le puso la frente en la barriga mientras lo abrazaba con todas sus fuerzas que exclamó, dirigiéndose tanto a la letrada Susane como a Sharon, con una voz rebosante de gratitud:

—¡Gracias, gracias!

Porque Lila no solía mostrar sus sentimientos cuando estaba alborozada, y la mayoría de las veces Rudy se encontraba, incluso en casa del señor y la señora Susane, donde todo iba sobre ruedas, a una niña esquiva, contenta a su manera confusa y taciturna, apagada y muda.

—Nunca había visto a mi Lila tan feliz —le dijo por teléfono a la letrada Susane la mañana siguiente—. Sharon ha sabido entenderse con ella como nadie, ni su madre, ni yo, ni tus adorables padres. Además, me dio a entender que había comido la cena más rica de toda su vida.

La letrada Susane le contestó que se alegraba.

Se sentía orgullosa tanto de Sharon como de sí misma.

Después, tras los saludos habituales en el momento de colgar, como si Rudy hubiera esperado aquel momento para añadir un tono ligero a lo que quería decirle, añadió:

—Por lo que entendí, Sharon y Lila hicieron la compra juntas y luego Sharon la llevó a un piso donde tenía que trabajar, hacer la limpieza, vamos. Parece que a Lila no le disgustó. Fisgó por todas partes, subió a caballito al aspirador de Sharon, incluso la ayudó a darle la vuelta a un colchón; en fin, igual no te cuento bien lo que me pareció entender…

—¿Sharon llevó a Lila a la casa de otra señora? ¿A una casa desconocida? ¿Eso te dijo Lila?

La letrada Susane, escandalizada, se esforzó por hablar en el mismo tono, aunque no logró engañar a Rudy.

—No te preocupes, ¡Lila estaba radiante! —exclamó enseguida, temiendo, tal vez, pensó la letrada Susane, que ella no le permitiera a Sharon volver a cuidar a Lila por aquella nimiedad—. Además, ¿qué importancia tiene? —añadió Rudy con arrojo—. ¿No me habías dicho que Sharon era una persona seria y de fiar, irreprochable? Pues entonces, por mi parte, puede llevarse a Lila a donde quiera.

—Sí, de acuerdo, tienes razón —dijo la letrada Susane, debilitada por una enorme sensación de alivio.

¡Que Lila vaya a donde quiera Sharon, esa Providencia, sí, al fin y al cabo, y que Lila nos ilumine a todos!

De ahí que por la noche de aquel mismo día glacial, lúgubre, la primera frase que le dijo a Sharon la letrada Susane, que deseaba aclarar las cosas, pensaba, fue:

—Sharon, me he enterado de que fue a casa de otra empleadora con Lila.

Le había hablado con un tono de voz lo más suave posible y se había acercado a ella con pasos cautelosos *para que la gallina no echara a volar demasiado pronto o la corza huyera fuera del alcance del fusil*.

—Pero no hay problema, Sharon, porque el padre de Lila me ha dicho esta mañana que él no tenía inconveniente. Él manda, ¿verdad?

Sharon, diminuta, con el rostro alzado y atento, duro y casi arrugado bajo las efervescentes luces de led, esbozó una sonrisa de rendición y, acto seguido, agachó la cabeza.

—Sí —susurró—, fui a casa de la señora Principaux, no puedo dejarla en la estacada.

—Tampoco se lo pido —cuchicheó la letrada Susane—. De todas formas, el padre de Lila está de acuerdo. Él manda, ¿verdad?

—En efecto.

La voz de Sharon resonó alta y orgullosa, provocadora.

—¿La mamá no dijo nada en contra?

—¿La mamá? —balbució la letrada Susane—. ¿Qué mamá?

—La mamá de Lila. ¿No está en contra de que la niña me acompañe a casa de la señora Principaux?

—No lo sé, supongo que no, pero no lo sé realmente, le corresponde al padre ocuparse de Lila. Dios mío, Sharon, no me interrogue sobre la madre de Lila. La mamá de Lila —añadió a propósito la letrada Susane para complacer a Sharon.

—¿No la conoce? —preguntó Sharon al cabo de unos segundos llenos de sospecha e incredulidad.

—¿A la madre de Lila? ¿A la mamá?

Sharon enmudeció.

Su mirada, de un azul verdoso, inclemente, observaba el rostro de la letrada Susane, muy por encima del suyo.

—Pues no, sé quién es pero nunca me la he encontrado, ¿y qué? De todas formas, sé quién es. ¿Qué entiende usted por «conocer», Sharon? ¿«Encontrarse» o «saber»?

—Como usted prefiera —susurró Sharon.

Como si de repente estuviera agotada, cogió su chaquetón del perchero con un gesto lento.

Se tocó el cuello, que llevaba desprotegido, y, con una voz seca, anunció:

—Su bufanda naranja se la puse a la niña cuando su papá vino a recogerla.

La noche antes, la letrada Susane no se había dado cuenta, ni siquiera tenía la certeza de haberle dicho adiós a Lila, pues estaba ocupada discutiendo con Rudy el caso de su cliente que quería cambiar de apellido.

—Bien hecho, gracias. Sharon…

La letrada Susane contuvo el aliento.

A continuación, palpitante, masculló:

—¿Qué puedo hacer con el asunto del certificado de matrimonio? ¿Con su expediente? Necesito ese documento, ¿sabe?

—Pues confío en usted —dijo Sharon—. Lo que se le ocurra estará bien, lo que haga estará bien. Yo no puedo hacer nada. Es su trabajo, salvar a la gente que no puede hacer nada. Por la noche no rezo primero a Dios, sino a la letrada Susane.

Entonces, en pleno pasillo, Sharon se arrodilló, con un movimiento pesado, doloroso, aunque fuera imponderable en este mundo.

—Me pongo así, ¿lo ve?, y me dirijo a usted y le suplico que nos ayude. Después ya hablo con Dios. Porque sé que todo lo que haga usted estará bien.

La letrada Susane, ofuscada, levantó a Sharon bruscamente.

—No está bien —balbució—, no piense eso, no tenga tantas esperanzas…

Entre los dedos notaba el frágil húmero de Sharon, la carne prieta y flaca de aquella mujer sin importancia que en sus pensamientos ocupaba un lugar comparable al de Marlyne Principaux.

¡Me horrorizan los rezos, Sharon, esa piedad femenina y lastimera, esa esperanza marrullera y calculadora! ¡No me dé un papel en el teatro complaciente de su pensamiento extraño y común al mismo tiempo, Sharon, no me rece a mí! ¡Qué vergüenza!

Al día siguiente, cuando la letrada Susane salió de casa para ir al despacho en medio del frío polar de aquel singular invierno, no llevaba las botas con la suela de caucho.

Había elegido unos botines de tacón, pensando vagamente que era un error.

¿Iría a visitarla Principaux, tal vez?

Pero ¿acaso no pretendía asquear a Principaux, en lugar de gustarle?

Frente a la hipotética aparición de Principaux, quería pertrecharse tras la seguridad que le daban los taconcitos puntiagudos, y no las suelas de caucho, a pesar de que la arrogancia de los tacones, del aplomo que le daba tanto la mayor altura (¡y eso que la letrada Susane ya era muy alta!) como la autoridad incontestable, obtusa, tiránica, del clac clac sobre el suelo sonoro se le antojaban de escaso poder ante Principaux y su pretendido olvido de su antigua relación, ante el dominio que se otorgaba (tal vez) sobre la memoria de la letrada Susane.

A veces pensaba, confusamente:

¿Y si mamá no se equivoca? ¿Y si hubiéramos ido a casa de los Majuraux y no de los Principaux? ¿Qué significaría entonces Gilles Principaux para mí? Absolutamente nada, excepto que es el marido de Marlyne. ¿Quién debo ser ante ese hombre?

Así que aquella mañana había decidido que si Principaux acudía a su despacho, se mostraría como una mujer con tacones puntiagudos, autoritaria, glamurosamente despótica en sus andares ruidosos.

No quería seducir sino intimidar, no quería cautivar sino reducir a aquel hombre de torso enjuto, con una camisa azulada debajo de un jersey de cuello redondo.

Había pecado por vanidad, por debilidad, se diría una vez que se hubiera levantado, y su miedo a Principaux la había llevado a la nimiedad de los tacones.

Sí, le tenía miedo, con furia, sin certeza alguna y muy consciente de que él no podía decirle, como había oído en sueños:

Antaño trató usted con un Majuraux, su madre no se equivoca y a mí, un Principaux, no me conoció hasta hace un par de semanas.

Menudo castigo me ha caído encima, pensaría, menudo castigo por haber sido lo bastante mediocre como para temerlo y desear imponerme a él por un simulacro de poder.

Avanzaba a grandes zancadas, como de costumbre.

En la alameda de Tourny, las suelas lisas de sus finos botines derraparon en el pavimento helado.

Se dio un trompazo.

Se golpeó la frente con el bordillo de la acera.

No fue consciente de la herida ni de la sangre que le manaba por la sien de lo que le dolía la rodilla izquierda.

Enseguida se esforzó por ponerse en pie, espantosamente avergonzada.

Pero le falló la rodilla, se volvió a caer al suelo.

Se golpeó la mejilla con el pavimento y, como si acabaran de darle

una bofetada inesperada, que no se merecía, se le llenaron los ojos de lágrimas.

Tenía tantísima vergüenza de sus carencias, de sus errores, que rechazó con un gesto decidido las manos que le ofrecían ayuda.

—Estoy bien, gracias, gracias —farfulló.

A costa de un sufrimiento que se habría ahorrado si hubiera aceptado la ayuda de aquellas manos anónimas, se levantó con las piernas temblorosas y se alejó a pasitos tambaleantes.

La sangre se deslizaba por la frente hacia los labios.

La rodilla le dolía horrores.

Fue cojeando hasta el despacho.

¡Cómo le hubiera gustado llamar a la señora Susane!

Dios mío, ¿por qué no puedo llamar a mi madre?

¿Cómo hemos llegado a este punto, los tres, la hija amorosa, los padres amorosos, a tal punto que no pueda pedirles que vengan a consolarme, a vendarme el alma, a curarme la herida?

Subió los dos pisos con dificultad, agarrándose a la barandilla, de la que estaba bastante alejada, y luego arrastrándose, con el fin de que el pie izquierdo solo rozara ligeramente los escalones.

Frente a la puerta de su despacho, estaba esperándola Principaux, con una expresión sombría, con los hombros apoyados en la pared y las caderas hacia delante como un hampón.

La letrada Susane apenas logró contener un grito de sorpresa, de contrariedad.

Se pasó con rapidez una mano por las mejillas ensangrentadas.

Entonces Principaux le dirigió una amplia sonrisa infantil.

Incluso le dedicó tal expresión de amabilidad que la letrada Susane se conmovió a su pesar.

Parecía no haber reparado en la pronunciada cojera de la letrada Susane ni en la sangre que tenía en la frente.

La miraba sin verla, cosa que la alivió y la turbó a partes iguales.

—¡Aquí está! —exclamó como un niño alborozado.

Su mirada oscilaba de la cara a los pies de la letrada Susane, ni siquiera como un niño, sino como un cachorro, como un animal feliz, pensó ella con cierta desazón.

—¿Puede recibirme? ¿Tiene un rato? ¿Debería haber concertado una cita? —le preguntaba con un tono suplicante, casi quejumbroso.

¿No ves que estoy herida? ¿Que estoy sangrando?

Eso no se atrevió a decírselo.

Resopló, agotada pero amable:

—No, no, se lo ruego, ha hecho bien viniendo, precisamente quería…

Su voz se apagó en un susurro inaudible.

Hizo entrar a Principaux y, a continuación, fue renqueando hasta el aseo.

El reflejo de su rostro en el minúsculo espejo la asustó.

Tenía sangre seca en las cejas, en los orificios de la nariz; la herida de la frente aún sangraba.

Se lavó la cara lo mejor que pudo.

Se repeinó, se puso un pintalabios demasiado intenso, pensó, dadas las circunstancias, con la esperanza de que le diera una prestancia que ya no le aportarían sus resonantes botines.

Porque, ante Principaux, deseaba no ser ella misma.

Ante Principaux, deseaba ser una mujer invencible.

Ya estaba instalado, se había quitado la bufanda y el abrigo, que había doblado a conciencia y había dejado cerca de su butaca, frente a la mesa de la letrada Susane.

Al sentarse, experimentó un violento dolor en la rodilla.

Se permitió hacer una mueca, dado que Principaux no parecía enterarse de nada.

Sin embargo, le clavaba la mirada en la cara, en la boca pintada que debía de tener deformada por el sufrimiento y por el asombro de sufrir así.

Principaux se había ensombrecido de golpe.

Pero lo que inspeccionaba con su mirada rencorosa, recelosa, no tenía nada que ver con el rostro lastimado de la letrada Susane, que literalmente ni veía, comprendió ella.

Escrutaba con ansiedad y suspicacia su propio caos interior.

—Letrada, ya no sé qué pensar, estoy muy triste, más triste, si cabe.

Ella enarcó las cejas, cosa que le provocó una punzada de un dolor atroz en la sien derecha.

Inclinó la cabeza, que de pronto le pesaba demasiado, hacia la mesa y apoyó la mejilla en una mano.

¡Cuánto le dolía!

—Letrada —decía Principaux—, no entiendo por qué Marlyne ya no quiere verme. Fui ayer, se negó a acudir al locutorio. ¡Letrada, ayúdeme!

Estalló en sollozos.

—Se negó a acudir al locutorio, no entiendo por qué, si solo le digo cosas amables, palabras amorosas, no le pregunto nada, no puede tenerme miedo, ¿verdad? Soy afable, soy comprensivo, ¿se da cuenta? ¡Soy una víctima afable y comprensiva!

La angustia, la tristeza y la inquietud agudizaban hasta tal punto la

voz de Principaux que a la letrada Susane le resultaba insoportable.

¿El joven Principaux, en su cuarto de Caudéran, tenía una voz tan estridente? ¿No se acordaría?

¡Cuánto le dolía!

Le dio la impresión de que la sangre le empezaba a manar de la herida, de que tenía las mejillas ensangrentadas de nuevo, y de que las pestañas recubiertas de sangre, pegajosas, impedían que los párpados le humedecieran las pupilas, por eso se notaba los ojos tan secos, como si le hubieran arrojado un puñado de ceniza a la cara.

Se contuvo para no llevarse los dedos a la cara, para no disculparse por su aspecto.

En cualquier caso, Principaux no la veía.

—Porque la víctima soy yo, ¿verdad, letrada? Yo y los niños.

Principaux lloraba sosegadamente.

—Déjela en paz —dijo la letrada Susane con esfuerzo—. No se atormente. Si ella ya no quiere verlo, no insista. ¿Qué más da? ¿Por qué se empeña en verla, en convencerse de que la ama? Su presencia es una tortura para ella, la presencia de ella es un suplicio para usted, así que no vuelva a visitarla.

¿Realmente había pronunciado aquellas palabras?

La letrada Susane, cegada por el dolor, no estaba segura, porque Principaux seguía mirándola con una expresión interrogante, como si esperara a que ella se decidiera a contestar.

Había sacado del bolsillo un gran pañuelo de tela, limpio y bien planchado, que había desdoblado despacio, con cuidado, antes de secarse los ojos.

—Cuénteme —dijo entonces la letrada Susane— qué ocurrió cuando volvió a casa y se encontró a los policías y a Marlyne en el salón…

Tal y como preveía, Principaux se animó.

Empezaron a temblarle las manos hasta tal punto que decidió arrugar el pañuelo antes de guardárselo en el bolsillo, incapaz de doblarlo.

En la comisura de los labios le asomó una sonrisa congelada, incongruente, la misma sonrisa indecorosa que la letrada Susane le había visto durante las entrevistas y que se guardaba de juzgar, a diferencia de ciertos comentaristas que habían concluido que revelaba la perversidad de Principaux.

De pronto, le pareció evidente que aquel rictus le servía a Principaux para disimular su cólera, su profundo sentimiento de ser incomprendido.

Era, comprendió de repente la letrada Susane, el desafortunado reflejo de su pudor, la torpe manifestación de su idea de la decencia,

según la cual no se debe mostrar ni el sufrimiento ni la cólera.

—Porque, sí, letrada —dijo comiéndose la mitad de las palabras por la emoción—, como sabe, Marlyne me había llamado antes, yo estaba en la facultad, trabajando, y ella me llamó por teléfono para pedirme que volviera a casa, para ordenarme que volviera a casa, de hecho, algo que me molestó bastante, la verdad. Porque aquel día tenía muchos quehaceres. Porque, sí, letrada, podría decir que aquel día estaba desbordado. Porque, sí, aún tenía que llevar a cabo algunas tareas administrativas, atender a alumnos, rellenar tablas y redactar informes, además de contestar numerosos correos electrónicos, cuyo número me angustiaba desde la mañana, cuando abrí el buzón y vi un problema irrelevante que me había atrevido a comunicar a mis colegas y a la dirección y que había desencadenado un torrente de respuestas y de declaraciones que hubiera preferido ahorrarme y que me había hecho pensar, para mis adentros, que hubiera sido mejor no decir nada, no plantear ese pequeño problema que en su momento no me había parecido pequeño pero tampoco tan importante como para lidiar con esa oleada de reacciones. Porque, letrada, podría haberme sentido halagado, ¿no? ¿No?

La letrada Susane guardó silencio.

Le parecía notar la sangre en la cara.

La rodilla le dolía tan cruelmente que la simple perspectiva de tener que ponerse de pie la desquiciaba.

—Porque, letrada, sí, algunos de mis colegas habrían sacado provecho y se habrían envanecido con algo así —prosiguió Principaux con ímpetu, tartamudeando—, porque, sí, resulta que uno comenta casi por casualidad algo que le preocupa, algo relacionado con la religión o con la laicidad, tanto da, en este caso, y entonces todo se encadena y se multiplica y uno ya no da abasto y puede sacar castañas de oro de ese fuego si es ambicioso, cosa que yo no soy en absoluto, letrada, o no lo suficiente, sin duda, y del fuego de los combates verbales solo saqué castañas carbonizadas que nunca me darán gloria ni fortuna, letrada. Porque sí, soy amable, soy manso, soy pacífico, soy ingenuo, sí, letrada. Porque soy crédulo, letrada. Porque soy…

Ella lo interrumpió:

—¿Qué ocurrió cuando volvió a casa?

Le parecía que la sangre de la herida le iba goteando del mentón al cuello de la blusa.

¿Qué veía Principaux?

La letrada Susane no se atrevía a hacer ni el más mínimo gesto.

Había dejado reposar las manos, pesadas, enormes, entre los muslos, no menos pesados, petrificados.

—¡Ah, sí, letrada, cuando regresé a casa aquel famoso día!

Quiso fingir una carcajada, pero se detuvo en seco.

Con todo, siguió sonriendo, distraídamente, sin conciencia, mientras clavaba su mirada afligida y dura en la oreja de la letrada Susane.

—Porque sí, letrada, Marlyne me llamó por teléfono cuando estaba trabajando, nunca me llamaba, nunca me molestaba, y usted pensará con razón que debería haber comprendido que ocurría algo grave. Porque no, letrada, no lo comprendí, aunque debería. Jamás me lo perdonaré, letrada, aunque sepa que eso no hubiera cambiado nada y que Marlyne llevó a cabo su gesto nada más llamarme, o casi. Porque si me hubiera precipitado, ¿qué? Sí, letrada, ¿qué? Porque habría encontrado a los críos antes de que llegara la policía. Porque habría encontrado los críos muertos de todas formas. Porque técnicamente, letrada, no habría cambiado nada, ¿verdad? Porque ¿me incordió su llamada? Sí, estaba impaciente, disgustado, ella no me decía nada, susurraba: ¿Puedes volver, por favor? Ay, ojalá pudieras volver enseguida, y cuando le pregunté por qué y le expliqué que, precisamente en ese momento, tenía muchísimo trabajo, demasiado para mi gusto, se limitó a repetir con una voz quejumbrosa, lastimera, cargante, sí, letrada, desde luego no era el tipo de entonación a la que te apetece obedecer: Vuelve, por favor, vuelve a casa. Porque ¿tendría que haberlo comprendido?, porque nadie lo hubiera comprendido, letrada. Porque aquel día tenía mil cosas que hacer. Porque, pese a todo, volví bastante antes de lo previsto, letrada, nadie lo reconoce. Porque fui responsable, porque una callada inquietud empezó a reconcomerme, letrada. Volví antes de la hora habitual. Porque la angustia se iba imponiendo a la irritación, porque el tiempo, aunque sea breve, acaba magnificando los impulsos, sí, letrada. Porque una hora después de la llamada de Marlyne ya no estaba exasperado, sino atormentado, sí. Porque conduje más deprisa que de costumbre. Porque estaba preocupado, sí, porque de repente temía por mi mujer, por Marlyne, porque pensaba: igual no se encuentra bien, ¿por qué me ha llamado si nunca me llama?, igual está deprimida, aunque no me parecía que hubiera ninguna razón para que Marlyne estuviera deprimida, letrada, pues, a mi modo de ver, letrada, Marlyne estaba bien, muy bien, porque todavía era ella misma la mañana de aquel funesto día y la noche antes también, porque era ella misma todo el tiempo, sí, letrada, porque Marlyne nunca cambiaba de humor, porque era estable y muy tranquila, letrada, porque Marlyne era una mujer equilibrada, sí, letrada, una mujer constante a quien yo amaba de manera absoluta, sí, letrada, y a quien comprendía, a quien amaba, porque era una mujer razonable, porque era una mujer razonable, letrada, a quien amaba, sí, y a quien comprendía de manera absoluta.

Principaux se detuvo, sin aliento.

Ya no sonreía, sino que continuaba haciendo una mueca tan pronunciada que lo desfiguraba por completo.

Cerró los ojos.

La letrada Susane aprovechó (¿por qué no, si no la veía?) para llevarse a la frente la mano pesada, reticente, y le dio la sensación de que la herida todavía supuraba, pero que ya no sangraba con la espantosa abundancia que antes había notado de manera clara, indiscutible.

—Porque sí, letrada, llegué a casa, porque llegué y vi que la policía estaba allí, aparcada delante de nuestra casa sin historia, delante de nuestra vida sin historia, porque entonces comprendí, letrada, que algo grave había sucedido, que algo malo le había ocurrido a Marlyne, porque todavía era y siempre será mi esposa querida, la única mujer a quien amaré hasta que me muera, porque ella es Marlyne y es la mujer a quien amo y la madre eterna de mis hijos, le pese a quien le pese, de los únicos hijos que tendré en este mundo, porque, letrada, sí, porque, sí, llegué y mi vida dio un vuelco, porque nunca más tendré hijos con nadie, porque podría volver a procrear, por supuesto, pero no quiero porque la sola idea me horroriza, porque ya no quiero más hijos, nunca; llegué a nuestra querida casa, ante mi querida esposa porque había visto el coche de policía y había pensado oh, no, amor mío, oh, no, no quiero que te mueras, porque solo pensaba en Marlyne, porque no me había preocupado realmente por los niños, que gracias a Marlyne gozaban de una salud de hierro, porque llegué, porque entré y me encontré a mi querida Marlyne sentada en el sofá, porque los policías la habían hecho sentar allí, porque Marlyne era una mujer obediente, casi en exceso, porque a veces yo le decía que en el trabajo tenía que defenderse y no dejarse maltratar por un director de colegio tiránico, porque así me permitía calificar a aquel individuo del colegio de Pauillac a quien ella aseguraba apreciar y respetar, pero que le imponía una barbaridad de horas extra que le repercutían mentalmente, porque mi querida mujer, mi amor, era lo que se llama una personalidad frágil, porque era frágil, porque era frágil y sensible, porque su propia madre y sus hermanas la habían abandonado, porque, como sabrá usted, casi nunca la visitaban desde que nacieron nuestros hijos, Dios mío, como si Marlyne hubiera decaído indiscutiblemente al convertirse en madre de familia, porque cualquier valor se invertía como en una película distópica en la que tus allegados te critican, te rechazan por tus virtudes y no por tu desenfreno, porque, sí, letrada, porque por aquel entonces su propia madre había más o menos decidido dejar de frecuentar a Marlyne debido a que Marlyne no vivía según los preceptos respetables que se había forjado su señora madre sobre el deber que tiene cualquier esposa de ser económicamente independiente, porque eso no lo

rechazo en absoluto, porque si mi pobre pequeña Julia hubiera vivido, yo también se lo habría enseñado, porque no soy la clase de hombre que cree la gente o que cree la madre de Marlyne, porque soy hombre, porque soy padre, era un padre partidario desde siempre de esas ideas de emancipación femenina, y la señora madre creyó preferible abandonar a Marlyne en lugar de escuchar la voz de su hija explicándole que había decidido ocuparse a tiempo completo de nuestros hijos, porque la señora madre, sí, letrada, optó por el abandono puro y duro, por la deserción fría, cruel, imperdonable, de una hija adulta que se había atrevido a ir en contra de sus prescripciones, porque lo sé, letrada, porque Marlyne sufrió una barbaridad, porque sufrió una barbaridad por esa distancia, sufrió una barbaridad por la distancia que su madre y sus hermanas le impusieron brutalmente, porque, sí, letrada, esas tres mujeres no tuvieron corazón en proporciones criminales, porque no se lo perdonaré jamás de los jamases, porque abandonaron a mi querida Marlyne, quien, se diga lo que se diga, siempre actuaba del mejor modo posible, porque mató porque pensaba que eso era lo mejor, porque eso creyó, aunque resulte insólito, sí, letrada, pero es la pura verdad, porque es la pura verdad, porque creyó hacerlo bien como había hecho siempre las cosas bien hasta entonces, porque les dio muerte porque siempre les había dado todo lo que podía y aquel todo se reveló en la muerte, porque la muerte era entonces lo que ella pensaba que debía darles porque mi pobre mujer está loca, letrada, es evidente, porque está loca a su manera discreta y admirable y púdica y meritoria porque se merece todo nuestro respeto, porque intento suplir con mi amor y mi apoyo a la señora madre que ya no quiere oír hablar de Marlyne, porque es cruel, porque es abominable por su parte siendo madre, sí, letrada, porque no sé si es su caso, ser madre, porque no lo sé…

—Más o menos —susurró la letrada Susane, agotada como raras veces lo había estado.

—¿Se refiere usted, letrada, a que tiene más o menos hijos? —repitió Principaux con un repentino regodeo que hizo aparecer de nuevo su amplia sonrisa de niño.

—Así es, literalmente —dijo la letrada Susane con un tono tajante —. No hay nada sobre lo que bromear.

Se levantó torpemente, presa de una brusca necesidad de orinar.

Fue cojeando hasta el aseo, donde evitó mirarse al espejo, convencida de que iba a ver reflejado un pobre rostro embadurnado de sangre, sabiendo también que la mujer sensata que albergaba en su interior dudaría de la realidad de semejante visión y sintiéndose sin fuerzas para distinguir entre la mujer sensata y la que no lo era en absoluto, pero que a veces se revelaba más lúcida.

¿Quién era Principaux para ella?

—Porque, sí, letrada —prosiguió en cuanto ella estuvo de vuelta—, porque llegué, porque tuve que acudir, porque tuve que entrar en casa y ver, por así decirlo, ¡porque lo que había que ver tenía que verlo!, ¿verdad?, ¡tenía que verlo! Porque de todas formas habría llegado, porque de todas formas habría visto lo que debía ver, ¿verdad, letrada? Porque es inevitable ver lo que te enseñan, porque es inevitable no ser ciego, ¿verdad, letrada? Porque ¡menuda suerte ser ciego en esas circunstancias, letrada! ¡Porque yo no pedí verlos! ¡Porque me acorralaron, letrada! Porque yo no quería ver nada ni saber nada, porque yo no quería mirar ni enterarme de nada porque solo amaba a Marlyne, letrada. Porque amaba a mi mujer por encima de todo, letrada.

—¿Quién lo acorraló, señor Principaux? ¿Y para qué?

—Gilles, letrada, llámeme Gilles, letrada, porque me llamo Gilles.

—Preferiría no tener que llamarlo Gilles, señor Principaux —murmuró la letrada Susane.

Con una voz rotunda, añadió:

—Prefiero no llamarlo Gilles. Y quiero que, por su parte, no me llame por mi nombre.

—Tampoco sé cuál es el suyo —constató Principaux con un tono de ligera sorpresa.

—¿No lo sabe o no lo recuerda?

Dejó escapar una risita amarga de la que se arrepintió, de la que se avergonzó.

El dolor de la rodilla se le avivó.

—Disculpe —dijo con calma.

Se inclinó hacia un lado, trató de masajearse la articulación, pero el gesto le causó más dolor todavía.

Y su cara sanguinolenta, ¡qué bochorno!

Jamás, ni con Rudy ni con los demás hombres, aunque escasos, con quienes el recuerdo le permitía considerar vagamente que había compartido una especie de vida sexual, jamás se había sentido que se desnudaba de ese modo.

—Esos dos tipos me forzaron, letrada, los dos polis que ya estaban allí cuando llegué.

Ella lo interrumpió:

—¿No había un hombre y una mujer? ¿Ella joven, él a punto de jubilarse?

—No, letrada, en absoluto, eran dos hombres —dijo Principaux con el tono sosegadamente concluyente de quien sabe que nadie podrá contradecir su testimonio sobre ese punto—. Porque dos hombres, ninguna mujer, no, no, figúrese, me acordaría, porque dos polis

bastante viejos, porque uno delgaducho y el otro barrigudo porque se me echaron encima en cuanto abrí la puerta, porque ni siquiera me permitieron hablar con Marlyne, porque me empujaron hacia el dormitorio, porque yo no sabía en absoluto qué me esperaba, porque qué sentido tenía obligarme, ¿verdad?, porque nuestro dormitorio debería haber sido un santuario desde que Marlyne llevó a cabo sus actos porque lo había hecho, sí, letrada, lo había hecho y a lo hecho, pecho, ¿verdad, letrada?, porque era absolutamente imposible fantasear o considerar deshacerlo o moderarlo o atenuar el resultado, de manera, letrada, que me empujaron, sí, me empujaron hacia ese dormitorio sagrado donde mis hijos, letrada, donde mis hijos…

La letrada Susane rechazó la idea de preguntarle si había visto los cadáveres colocados encima de la cama o en la cama, expuestos o arropados.

Principaux se secaba el rostro pálido y enjuto, los ojos húmedos.

Entonces la letrada Susane se atrevió a tocarse los suyos.

¡Le dolía tantísimo, todo!

Los dos se sobresaltaron, como cómplices, pensó la letrada Susane, cuando sonó el teléfono fijo.

—Soy yo, querida…

La voz de su madre le llegaba tan débil que la letrada Susane se alarmó:

—Sí, mamá, ¿qué ocurre? ¿Estás bien?

—Sí, sí. Como tu padre todavía no ha vuelto, aprovecho…

La señora Susane interrumpió la frase a propósito para que la letrada Susane se inquietara de nuevo.

—¿Mamá? ¿Estás ahí? ¿Todo bien?

—Sí, sí, querida, no te preocupes. Quería decirte que me equivoqué, me confundí, de alguna manera. Luego hice algo curioso… Le ordené a mi memoria que me dijera la verdad, ¿sabes? Y funcionó.

—¿Cómo?

Para no gritar, la letrada Susane bajó la voz, una voz velada, como indiferente.

Principaux la observaba, con la mirada todavía húmeda, apretando el pañuelo con el puño.

¿Veía la lastimosa cara de la letrada Susane, sus mejillas manchadas, el desasosiego general que traslucía?

—Pues ahora sé —prosiguió la señora Susane tan quedo que la letrada Susane apenas la entendía—, sé que aquella familia maravillosa se llamaba Ravalet, sí, los Ravalet de Caudéran, querida, por si eso te ayuda.

—Mamá, ¿Ravalet, de verdad?

—Sí, ahora ya lo sé; como te decía, le exigí a mi memoria que

fuera exacta.

—¿Cómo que se lo exigiste?, pero, mamá, ¡si tu memoria no corría ningún riesgo! ¿Qué era lo que estaba en juego? ¡Cuando se exige, cuando se ordena, el otro debe tener miedo a algo! ¿De qué tenía miedo en realidad tu memoria?

Un torrente de cólera inesperada se llevó por delante cualquier compostura por parte de la letrada Susane.

—Mamá, me matas —gimió lo más cerca posible del auricular—. Me hablas de esos supuestos Ravalet, pero ese apellido no tiene ninguna relación con… En fin, ¡su sonoridad no tiene nada que ver con Majuraux! ¿Estás segura?, ¿absolutamente segura?

—Sí, querida, y eres tú quien me mata con tus dudas, con esa incredulidad, con esa maldad, no te reconozco. ¿Por qué no…?

—¡Mamá, no te oigo, habla más fuerte!

—¿Por qué —continuó la señora Susane con una voz lánguida—, por qué tengo la sensación de que solo me creerías, de que solo me querrías de nuevo si te asegurara que se llamaban Principaux? Entonces tendría que confesarte que miento, pero no lo oirías, solo quieres aceptar ese apellido que a mí no me recuerda nada. Estás convencida, pero te equivocas, te equivocas, querida… Sufres horrores, sufres por nada… Yo también sufro… Ravalet, Ravalet, no sabes lo que me costó recordar este apellido… Sufres como en un sueño, para ti es real pero no existe, querida… Tu padre llega, adiós, adiós…

—¡Intente convencer a Marlyne, se lo ruego! —exclamó Principaux en cuanto hubo colgado—. Porque dígale que debe aceptar mis visitas, que no puedo vivir sin las visitas, porque Marlyne al menos me debe eso, porque ¿quiénes son las víctimas en esta horrible historia?

Era conmovedor, leal.

Los ojos le brillaban de dolor y de embriaguez.

—No me corresponde a mí —dijo la letrada Susane, cuya mirada probablemente, pensó ella, expresaba el mismo dolor, la misma embriaguez—, no me corresponde a mí convencer a Marlyne de nada que le ataña a usted. No es mi papel, compréndalo. No debo hacer nada que le plazca a usted. Para mí solo cuenta el interés de mi clienta. ¿Va a visitarla en su interés? Eso es todo lo que debo tomar en consideración, compréndalo.

—Sí, sí —dijo Principaux vivazmente—. Porque sí, se lo ruego, intente persuadirla de que se va a sentir mejor si recibe mis visitas de vez en cuando, porque nos quisimos, porque nos quisimos mucho, porque sufro y porque sufro menos si puedo verla.

Se golpeó ligeramente los muslos, desamparado, como presa del desaliento, dejando que las lágrimas se desbordaran por los párpados,

se deslizaran por los profundos surcos que tenía entre la nariz y las mejillas.

—Porque sufro, letrada, porque sufro —sollozaba.

Porque sufrimos, Principaux, porque sufrimos, no le dijo la letrada Susane.

Le parecía que la sangre de la herida chorreaba en su interior, sin causarle demasiado dolor, casi como si le hubiera venido la regla, simplemente.

Aliviada, se rozó los pómulos, las cejas, debajo de los ojos: los dedos no le anunciaron ninguna humedad delatora.

Se puso en pie con dificultad.

Fue cojeando hasta Principaux, puso sobre su hombro una mano temerosa, reticente, pero segura de su fuerza y de su derecho.

Pero ¿quién era Principaux para ella?

¿Hubo unos Majuraux, unos Principaux?

¿Hubo algo entre ella y todos esos apellidos?

Aquella noche, regresó a pasitos dificultosos.

Se le había hinchado tanto la rodilla que el tejido del pantalón se la comprimía cruelmente.

El aire era frío y húmedo, el pavimento seguía helado.

La letrada Susane tenía la impresión de no avanzar, de que sus botines bufonescos la hacían retroceder por la acera cuando les ordenaba a los pies que continuaran adelante.

Llegó a su casa en tal estado de abatimiento que le pareció que el resplandor de las bombillas encendidas en todas partes —a pesar de que siempre hubiera condenado semejante derroche— le calentaba tanto los dedos entumecidos como el corazón dolorido y ansioso, como un enorme fuego prendido en la chimenea, especialmente para ella, por un amigo, por una madre, por un alma bondadosa.

Sharon fue a su encuentro, seguida por Lila, que caminaba contoneando de manera extraña sus caderas redondeadas.

Sorprendida, la letrada Susane exclamó:

—¡Vaya!, ¡Lila, no sabía que ibas a venir hoy, querida!

Lila le dedicó una sonrisa de oreja a oreja, como tenía por costumbre con la letrada Susane.

—Ha venido su papá —explicó Sharon—, ha traído a Lila, tenía trabajo. Piensa que la cuido bien —añadió Sharon con una expresión de orgullo que conmovió a la letrada Susane.

Pero no salía de su asombro.

¿Por qué Rudy no la había avisado?

—Su papá no podrá venir a recoger a Lila esta noche —continuó

Sharon—. Me ha dicho que tenía que llevarme a Lila a mi casa y traerla mañana.

—Pero ¿cómo, Sharon? ¿En su bici? ¿De verdad ha dicho eso?

La letrada Susane emitió una risa forzosa, aunque el dolor de la rodilla se volvió casi insoportable, repentinamente consciente de que su pánico podía asustar a Lila, en quien había percibido ya —ella, que la conocía tan bien— una expresión más grave que de costumbre.

—Tengo una sillita infantil en la bici, evidentemente —dijo Sharon —. Sweetie, ¿nos vamos ya?

Anudó la bufanda naranja alrededor del cuello de Lila, que tuvo el reflejo de debatirse y luego desistió enseguida, vencida, pensó la letrada Susane, por la ternura juiciosa, convencida y plácidamente dominadora de Sharon.

A la letrada Susane apenas le dio tiempo a abrazar a Lila.

Entonces percibió, en el cuello de la niña, un olor extraño, algo agrio, el olor del miedo.

—¿Todo bien, querida? —susurró a toda prisa.

La niñita le contestó con la gran sonrisa a la vez cálida, ferviente e impersonal que, según Rudy, reservaba para aquellos a quienes más quería.

Y la letrada Susane se conformó, aunque a sabiendas, oscuramente (¡pero estaba maltrecha y cansada!), de que pecaba por cobardía.

Sharon le había preparado de nuevo una cena suculenta: creps de arroz rellenas de picadillo de cordero con cilantro, patatitas salteadas con abundante ajo y perejil, una ensalada de endivias y de achicoria roja.

La letrada Susane comió más de lo que hubiera deseado, con el propósito de que no quedaran sobras.

A menudo, de forma instintiva, se llevaba la mano al corte de la frente, que se había lavado y desinfectado, y sobre el cual ya se estaba cerrando la carne.

Se sentía agraviada, ofendida, humillada, como si alguien le hubiera asestado un golpe tremendo en ese lugar a propósito.

En cuanto hubo terminado la cena, llamó a Rudy.

—No me habías dicho que hoy traerías a Lila.

—Es que pensaba que habíamos quedado así —dijo Rudy con una voz sorprendida—, que podía traerla siempre que lo necesitara, ¿no? Y también le he pedido a Sharon que esta noche se lleve a Lila a dormir a su casa.

—Sí —dijo la letrada Susane—. ¿No es un poco…?

De pronto, se quedó en blanco.

Era incapaz de recordar el vocabulario.

¿Qué quería decir?

Ya no tenía ni idea.

—¿Un poco qué? —preguntó Rudy a la defensiva.

—Un poco… Me duele tanto la rodilla, ¿sabes?, antes me he caído… Un poco prematuro, quería decir.

—No lo creo —dijo Rudy despacio—. Me dijiste que estabas segura de que Sharon cuidaría perfectamente a Lila.

—Sí —dijo la letrada Susane—, eso no me preocupa lo más mínimo.

—Entonces, cielo, ¿por qué Lila no puede quedarse a dormir en casa de su niñera, si todo el mundo está contento?

—Sí —dijo la letrada Susane—, sí.

Inspiró profundamente.

—Rudy, ¿estás seguro de que Lila está contenta? ¿Te lo ha dado a entender?

—Por supuesto, es evidente. ¿A ti no te lo parece?

—No me gusta que Sharon la lleve a casa de la otra empleadora que vive cerca de la catedral —dijo la letrada Susane con firmeza—. Al fin y al cabo, a esa mujer no la conocemos de nada.

—Lila me contó que era una anciana muy amable, que apenas la había visto, de hecho, y que no deja a Sharon ni a sol ni a sombra. Me parece que todo está en orden, querida, y que te preocupas innecesariamente. Por cierto, ¿por qué? No es tu estilo preocuparte sin razón… Mañana por la mañana iré a tu casa para recoger a Lila. No hace falta que estés, ya me las arreglaré con Sharon. Eso es lo que habíamos hablado, ¿no?

La letrada Susane, a quien parecía que iba a estallarle la cabeza, no recordaba haber llegado a ningún acuerdo sistemático con Rudy respecto al cuidado de Lila.

¿Lo habría olvidado?

¿O acaso Rudy intentaba imponerse por la fuerza?

—Bueno —concluyó—, si Lila está bien, eso es lo único que importa, ¿no?

Se sorprendió articulando con esmero las palabras de esa frase banal, pronunciándolas con un esfuerzo manifiesto como si, pensó con espanto, ya avanzara los argumentos de su propia defensa en un hipotético proceso en el que llamarían a declarar a todos aquellos que no habían cuidado de manera suficiente a la vulnerable Lila.

Al día siguiente, se marchó antes de que Lila y Sharon regresaran.

Calzada con sus botas forradas, arrastró la pierna hasta el tranvía.

Al parecer, la rodilla se le había hinchado durante la noche, así que aquella mañana había preferido no examinarla por temor a que se le hinchara todavía más a causa de su mirada ansiosa, de su atención

preocupada.

Fue en tranvía hasta la cárcel.

En el relato de Marlyne, le faltaba algo que la intrigaba y la horrorizaba, algo que hubiera preferido no oír y no saber jamás pero que no podía pasar por alto, aunque solo fuera para evitar escrupulosamente evocarlo durante el proceso: ¿en qué momento Marlyne se había rendido a su propia decisión?

¿Cómo la idea había tomado un cariz realista en su cabeza?

¿Y desde cuándo le daba vueltas?

¿Desde una hora antes, desde la víspera, desde hacía meses?

¿Y qué sentía cuando albergaba la perspectiva, el sueño, la posibilidad de matar a sus hijos?

¿Era como una llama tenue que su razón, su ternura, podían apagar de un plumazo?

¿Era un fuego devastador que se avergonzaba de no poder contener?

¿Dónde se le ocurrían aquellos pensamientos funestos? ¿en el dormitorio, en la cocina, de camino a la escuela?

¿O acaso tal vez algunas de las imágenes de sus pesadillas la habían inspirado, convencido, descarriado y, por último, persuadido de que debía llevarlas a cabo, de que debía obedecer la orden que le dictaban sus propios pensamientos?

¡Cuántas veces, siendo joven, la letrada Susane había recibido la orden de devolverle al muchacho de Caudéran la ofensa que al despertarse ya no estaba segura de haber sufrido pero que sus sueños le presentaban como incontestable y atroz!

Porque los sueños le sugerían que sabían más cosas que ella, más y mejor, y que si se sometía a sus mandatos de venganza gozaría de una justicia muy superior a la de la sociedad, con sus dudas, sus moratorias, muy superior a la de su yo despierto, que, dudoso, dilatorio, le hacía olvidar cualquier idea de castigo a aquel que tal vez se había llamado Gilles Principaux.

Sin embargo, no fue Marlyne quien entró en la salita donde la esperaba la letrada Susane, sino una celadora, sola, que traía un mensaje.

—No quiere verla.

Le tendió un papelito a la letrada Susane.

«Déjeme en paz», leyó esta.

—¿Podría decirle que la espero, por favor? ¿Que tiene derecho a cambiar de opinión y a venir a hablar conmigo? No me marcharé.

La letrada Susane se dispuso a sacar el ordenador de su enorme cartera.

Abrió un correo electrónico indignado de su cliente, que aspiraba impetuosamente a cambiar de apellido, en respuesta a una carta que le había enviado la letrada Susane, en la cual expresaba su temor a que la administración no encontrara motivos legítimos para aquella solicitud, dado que ella misma, la letrada Susane, no había descubierto ningún indicio que demostrara que un antepasado suyo hubiera participado en la trata de esclavos, y, por lo demás, las asociaciones que se dedicaban a denunciar a los negreros, exigiendo que las calles dejaran de llevar su patronímico, jamás habían citado su apellido.

Ninguna calle de Burdeos se llamaba como su cliente.

¿Deseaba continuar adelante?, le había preguntado la letrada Susane.

¿Enzarzarse en su obsesión infundada?

«Le pago para que lo encuentre y debe encontrarlo. Mi apellido es abyecto, lo sé, he oído cosas en mi familia. Es verdad, es real, así que por fuerza debe de haber indicios. He consagrado años enteros de mi vida a este asunto, y no desistiré jamás. No me moriré con este vil apellido, no estará grabado en mi tumba. El mero hecho de que quiera cambiar de apellido debería bastar como motivo legítimo si viviéramos en un país realmente libre, ¿no? ¿Qué le importa al Estado que elija un nuevo apellido? No estoy desesperado, sino exasperado. ¡Siga investigando, letrada! Siempre se acaba encontrando algo, el universo de internet es infinito. No quiero que un día alguien desee escupir en mi tumba. Aunque comprendo ese futuro de maldiciones. En mis pensamientos, escupo en mi apellido, en la tumba de mi detestable antepasado. Sin embargo, no quiero sufrir semejante injuria, porque no me la merezco; como sabe, batallo para liberarme de la ignominia.»

La letrada Susane trabajó una horita, luego se adormiló un rato.

No supo si la había arrancado del sopor otro pinchazo de la rodilla o la llegada de Marlyne Principaux, a quien la celadora hizo entrar en la sala con un cordial guiño dirigido a la letrada Susane.

Marlyne apartó la silla de mala gana, arrastrándola a propósito por el pavimento de hormigón, como una niña enojada.

La letrada Susane contuvo una mueca de dolor.

Su mano revoloteó hasta la herida de la frente, cuyos labios todavía doloridos, aunque ya secos, se acarició fugazmente.

Era una brecha brutal, una lesión poco distinguida, había pensado la letrada Susane frente al espejo aquella misma mañana.

¿No debería ir a que se la curaran?, se había preguntado sabiendo

que no lo haría, que siempre se engañaría diciéndose que no tenía tiempo.

Descubrió, sin reconocerlo, que le resultaba indiferente presentarse así ante el mundo.

Pero ¿cómo se atrevería a ver de nuevo a sus padres con la frente marcada por semejante estigma?

Marlyne llevaba la misma sudadera que la vez anterior.

Estaba llena de lamparones grasientos.

Había metido los puños cerrados en el bolsillo central, mantenía los muslos en tensión, el uno contra el otro en la silla metálica.

Su pelo rubio claro le caía a lo largo de las mejillas, que a la letrada Susane le parecieron más carnosas, como hinchadas a causa de una seguridad soberana y hostil.

Su mirada dura se detuvo en la frente de la letrada Susane.

—¡Vaya! —susurró.

Una sombra de compasión apareció en sus ojos de color verde grisáceo.

Entonces la letrada Susane no pudo evitar tocarse de nuevo la frente.

Se obligó a sonreírle.

—Me caí, por el hielo.

—Pues se ha dado un buen porrazo —dijo Marlyne con una voz que a la letrada Susane le hizo pensar repentinamente que debía de ser su voz de antaño, compasiva, solícita, amable, su hermosa voz de madre diligente y de profesora atenta.

Y Marlyne se inclinó hacia delante, como si deseara curar, con la tibieza que irradiaba su piel, el dolor de la letrada Susane.

Se enderezó bruscamente, retomó su expresión huraña, altiva, casi provocadora.

—Pero siempre supe que mis hijos no alcanzarían la edad adulta, siempre lo supe, pero esa certeza me desesperaba, pero lo que no sabía es que yo lo iba a hacer. Pero pensaba que alguna desgracia los azotaría desde el exterior, que un coche los arrollaría, que un incendio… Pero tenía visiones de catástrofes relacionadas con ellos. A veces me despertaba sobresaltada, pero había soñado que se morían y que yo no podía hacer nada para salvarlos. Pero yo no soñaba con que murieran en mis manos, pero jamás de los jamases. Pero aquella mañana estaba muy abatida. Pero pensaba que iba a ocurrirles alguna desgracia a mis hijos, pero ¿qué haría yo entonces sin ellos? Pero ¿encerrada con el señor Principaux? Pero llené la bañera sin saber realmente si iba a ocurrir algo o no. Pero estaba escuchando en la radio un programa sobre filosofía, pero hablaban de Lévinas, lo

citaron: «La cara es lo que nos impide…». Pero esa frase me gustó, pero ¿lo ve?, me acuerdo. Pero los niños no hacían ruido en casa, eran buenos niños, pero estaban muy pendientes de mí, pero no les gustaba nada verme triste, pero me querían, creo. Pero tenían miedo por mí, eso creo, sí. Pero Jason me preguntaba a menudo: ¿Estás bien, mamá? Pero podía preguntarlo diez veces al día, pero siempre lejos del señor Principaux, que se hubiera enfadado. ¿Estás bien, mamá? Todavía oigo su vocecilla preocupada, pero todavía veo su sonrisa contenta cuando le contestaba: Muy bien, querido, pero entonces le daba un beso, pero entonces le daba un beso varias veces al día, pero solo lo consolaba un rato, pero creo que, como era el mayor, intuía en mí algún trastorno, pero algún trastorno, sí, algún trastorno en mi espíritu azorado y en mi corazón amargo amargo amargo. Pero Jason me entendía de maravilla, pero no aceptó morir, pero tuve que luchar con él, pero luchamos juntos, abrazados y agarrados en el agua tibia del baño que salpicaba estrepitosamente. Pero cuando me levanté por la mañana no sabía que lo iba a hacer. Pero sabía, como todos los días, que me iban a arrebatar a mis queridos hijos, pero no sabía cómo ni cuándo, pero solo que me los arrebatarían y que… Pero adelanté ese momento, pero no tenía derecho a hacerlo, pero pensaba que así se irían menos dolorosamente si era yo quien… Pero era yo quien lo hacía, yo la que los quería y los mimaba. Pero lo sabía, lo sabía, pero sabía que estábamos destinados a una gran desgracia. Pero me levanté como cada mañana, pero tenía el corazón destrozado, pero ni más ni menos que de costumbre. Pero le eché agua suavemente en la cabeza a Julia para quitarle el champú, pero le sumergí la parte trasera del cráneo para aclararla mejor, pero le siguió el resto, la cara, el cuello, pero entonces no podía volver atrás y sabía que había llegado el momento, que solo de pensarlo me aterraba desde que nacieron, pero sabía que entonces sí. Pero pensaba, pero pensaba ya está, nos ha tocado en suerte y la desgracia ha entrado en nuestra casa para siempre. Una gran calma se apoderó de mi alma porque al fin había ocurrido y ya no tendría que temerlo porque había ocurrido. Pero esta es la razón, letrada, pero esta es la razón por la que no debemos reprocharle nada al señor Principaux.

Marlyne empezó a sudar a mares.

La letrada Susane le tendió la mano, sabiendo que desde su sitio no podría tocarla.

Veía su mano en el aire, temblorosa, con los dedos separados, entre ellas dos.

No te acerques más, habría interpretado cualquiera que hubiera entrado en aquel instante.

Pero ¿era así?

Nada de lo que había dicho Marlyne había alcanzado aún, en el

interior de la letrada Susane, la fuente de la que brotan de repente la comprensión y la piedad.

Aquella mujer, pensaba confusamente la letrada Susane, no solo era alguien ante la que ella se encontraba, sino *algo*, y aquello le resultaba extraño.

No: ¿Quién es Marlyne?, sino: ¿Qué es Marlyne, pues?, se preguntaba, desorientada y con toda su cólera hacia aquella mujer repentinamente apagada.

En torno a mediodía, cuando volvió a casa, le asombró encontrarse a Lila todavía allí, o de nuevo allí, con Sharon.

—¿El papá de Lila no ha venido a buscarla?

—No —dijo alegremente Sharon.

Entonces, sin perder su expresión de alborozo, se fijó en la frente de la letrada Susane.

A continuación, apartó la mirada, por discreción.

Sharon estaba alegre, pletórica, aliviada.

La letrada Susane nunca la había visto así.

Se arrodilló frente a Lila, quien, sentada en una silla de la cocina, le pareció ligeramente distinta de la víspera, como empequeñecida, encogida, no en el sentido de que esa niña regordeta se hubiera adelgazado, sino como si su persona se hubiera atenuado, reducido, aplastado.

Lila esbozaba una sonrisa que le deformaba ligeramente la boca.

La letrada Susane la estrechó contra ella.

—¿Estás bien, pequeña mía?

Lila posó su frente húmeda sobre la herida de la letrada Susane.

Una tremenda quemazón hizo gemir a la letrada Susane.

Le dio la sensación de que le ardía la herida, estimulada tanto por el contacto de la frente de Lila como por lo que la niña trataba de darle a entender.

Con un grandísimo esfuerzo, la alejó con dulzura.

¡Le dolía tantísimo que instintivamente hubiera podido apartar a Lila de un empujón!

—Lila está desmadrada, me parece —le susurró a Sharon al oído.

—Sí —dijo Sharon riéndose amablemente—, Sweetie está desmadrada, todo el mundo la adora.

—Ay, disculpe —dijo la letrada Susane, avergonzada—, me refiero a que está rara, diferente que de costumbre, ¿no?

—Pues Sweetie está alegre y muy contenta conmigo —dijo Sharon tras un silencio—. No sé cómo era antes. Estamos muy bien juntas, y punto.

Alzó una mirada hacia la letrada Susane llena de reproches, de desafío y casi de aversión.

—¿Ha vuelto a casa de la señora Principaux? —cuchicheó la letrada Susane.

Tal vez su herida incomodara a Sharon, le encendiera el rostro, así que la letrada Susane dio un paso atrás, pendiente de su maltrecha rodilla.

—Sí —dijo Sharon con un tono frío, circunspecto—. Su papá dijo que era algo bueno.

La letrada Susane levantó la voz a su pesar:

—No creo que dijera que era algo bueno, Sharon, sino simplemente que no tenía inconveniente, a diferencia de mí. A propósito, Sharon, dígame…

De pronto, a la letrada Susane empezó a darle vueltas la cabeza.

Fue tambaleándose hasta el salón, se dejó caer en una butaca.

Sharon permaneció alejada, escéptica, profundamente reprobadora, como ante un espectáculo provocador y obsceno que considerara artísticamente lamentable.

—¿Lila ha visto a la señora Principaux hoy? —musitó la letrada Susane.

—Es posible —contestó Sharon con precaución—. Igual ha visto a la anciana, no lo sé. A Sweetie le encanta husmear por el piso mientras yo paso el aspirador. Es una anciana muy dulce, muy normal. No hace falta que se preocupe.

Con una voz apiadada, añadió:

—¿Dónde está el mal? Usted lo teme, pero ¿dónde está? Solo es una anciana que ya no puede salir de casa, pobre. Por allí no campa el mal.

Entonces Sharon soltó una carcajada astuta que la letrada Susane —que siempre había considerado ingenuamente a Sharon una mujer sólida, pero en el fondo simple, contenida y deferente— oyó con desagrado.

A la letrada Susane siempre le había parecido que Sharon la había mirado desde lo alto de su propia respetabilidad, y ella, inexplicablemente, no había sido más que inmundicia medida por el mismo rasero.

¡Ay, ella se había dado perfecta cuenta!

Y resultaba que Sharon hablaba de algo que ella sabía identificar claramente, que no le resultaba ajeno en absoluto, algo impuro y funesto sobre lo que se había formado su propia idea.

¡Entonces había juzgado a la letrada Susane con misericordia!

¿Y por qué su sentido práctico de la abyección no le había revelado que debía proteger a la letrada Susane?

¿Protegerla en lo que atañe al honor, a la honradez, a la inocencia?

Porque la letrada Susane jamás había cometido ningún crimen.

—No, señora, el mal no está en su casa —continuó Sharon con vehemencia—, no habita en casa de la anciana donde trabajo. ¿Quiere saber dónde habita? Pues se lo voy a decir.

Alzó el brazo, señalando la lejanía con un índice vengativo.

—Señora, la dirección del mal está allí, en mi hogar. Se ha establecido en Mauricio, en mi casa, y sus…, sus ramificaciones me persiguen hasta aquí, sí, señora. No basta con huir, además habría que cercenarlo por completo. El papel importante, el que lleva pidiéndome desde hace meses, está prisionero allí, nunca lo voy a conseguir, así es. Sí, señora, conozco la dirección exacta del mal. Campa a sus anchas. Ahora mismo vive en mi casa, allí, se encuentra de maravilla y nadie puede hacer nada al respecto, no hay más remedio que acogerlo y poner buena cara. Así que insisto, señora, ¡deje de pensar en la señora Principaux porque es una pérdida de tiempo, su piso está desierto y es de lo más natural e inocente, y Sweetie no corre ningún peligro en su casa!

Sharon enderezó orgullosamente la cabecita, para hacer hincapié en sus palabras.

Había hablado sin mirar directamente a la letrada Susane; más bien con una expresión dura, sabia, un poco hastiada, le observaba las manos o los hombros.

La puerta principal se abrió; Rudy recorrió el pasillo llamando a Lila con una voz cálida y tierna.

Vaya, pensó la letrada Susane atónita, ¿ahora Rudy tiene la llave de casa?

Se puso en pie con dificultad.

—¡Rudy! —gritó con una voz amistosa—. ¡No sabía que tuvieras la llave de mi casa!

—¡Conque estás aquí!

Se volvió hacia la letrada Susane, y le dio un abrazo fugaz.

Ella iba a contarle cómo se había hecho aquella herida tan impresionante en la frente, pero como Rudy no comentó nada, ni siquiera pareció haberse dado cuenta, calló.

—¿No recuerdas haberme dado la llave?

Parecía sorprendido, divertido y socarrón.

—¿Yo te di la llave? —susurró la letrada Susane.

—¡Pues sí, claro! Hace tiempo, de hecho.

—¿Y por qué habría hecho algo así?

Se esforzaba por darle un aire desenvuelto a su voz, pero una ira sorda, inquieta, la incitaba a desafiar a Rudy, a su rostro satisfecho y travieso, indolente y malicioso.

No recordaba haberle dado a Rudy una copia de la llave, ni a Rudy ni a nadie, aparte de a Sharon.

¿Por qué intentaba engañarla?

—Bueno —dijo Rudy repentinamente serio—, pensaste, con toda la razón, que así sería más fácil con Lila, que nuestras idas y venidas serían más sencillas…

—Antes Lila no venía tan a menudo. Se dividía entre su madre y tú, y de vez en cuando iba a La Réole, a casa de mis padres. Realmente no entiendo por qué te habría dado la llave —repitió la letrada Susane con una voz más aguda de lo que hubiera deseado.

—¡Pues lo hiciste y punto! —exclamó Rudy, jovial—. ¡Y sabes perfectamente que para Lila eres la única mamá, la auténtica! ¿Verdad, querida mía? —canturreó dirigiéndose a Lila, que había salido de la cocina (su sillita de reminiscencia) para ir a su encuentro, con los brazos levantados instintivamente, la tez gris, el cuerpo encogido, machacado, y los ojos negros como alejados de la superficie del rostro.

¿Cómo era posible, se preguntaba la letrada Susane perpleja, que fuera la única en constatar que la niña no estaba nada bien?

Rudy, que siempre había prestado a los sentimientos de Lila una atención ansiosa, perspicaz, tanto más sutil cuanto más impregnada estaba de culpabilidad, la abrazaba afectuosamente como de costumbre, pero, pensó la letrada Susane, sin haberla mirado como solía hacer, cuando ponía sus manazas en los hombros de Lila, se agachaba a su altura y rugía con aquella voz de ogro que a la niña le encantaba: «¿Cuándo podré deleitarme con este cordero?».

—¿Todo bien? —le preguntó a Sharon con una voz excesivamente alborozada.

—Sí —dijo Sharon con dignidad (¡oh, su elegancia inflexible, su decencia natural!, ¡su instintiva reticencia a rebajarse a una alegría sospechosa!)—. Sweetie y mis hijos se entendieron muy bien. Estuvieron jugando los tres y luego se durmieron casi al mismo tiempo.

—¡Cuánto me alegro! —exclamó Rudy—. Entonces, Lila mía, ¿querrás volver a casa de Sharon? Dime, ¿te gustaría?

La niñita escondió la cara en el muslo de Rudy.

Parecía que intentara encerrarse allí para retomar una apacible e, idealmente, infinita gestación.

Rudy se avergonzó un poco, creyó observar la letrada Susane.

Apartó a Lila con suavidad.

¿Por qué le costaba aceptar que ella experimentaba una profunda, íntima satisfacción pensando que había salido del hermoso muslo apaciguador de su padre, y solo de allí?

¡Siendo su madre tan insegura, tan poco de fiar, tan cuestionable!

Una vez que Rudy y Lila se hubieron marchado, la letrada Susane engulló las exquisitas sobras de las comidas anteriores que Sharon había mezclado (albóndigas fritas de arroz y cerdo, col gratinada, compota de manzana), mientras esta fingía estar atareada limpiando.

Luego, en medio del viento helado, bajo la fría y lúgubre luz de aquella enésima tarde de un invierno sin fin, la letrada Susane se fue a su despacho, mientras Sharon también salía, honesta y segura, sin esconderse ya, para acudir a casa de la señora Principaux, donde trabajaba con asiduidad.

Sin embargo, no dijo nada.

La letrada Susane le agradeció que hubiera renunciado a la artimaña que habría supuesto el hecho de que Sharon abandonara el piso después que ella.

Así que Sharon ya no le mentía por omisión.

Le imponía a la letrada Susane su manera de gobernar su vida, de organizar su trabajo y de ganar un dinero del que tenía una gran necesidad.

Sharon ya no le mentía, ya no era necesario, porque tenía un corazón augusto y la letrada Susane parecía consentir todo aquello que anteriormente la había indignado.

Llegó al despacho en tal estado de agotamiento que se dejó caer en su butaca y se adormiló, olvidando así todo el dolor (rodilla magullada, frente incandescente).

La sobresaltó el sonido estridente, imperioso de un sms; raras veces recibía uno.

Cosa curiosa (no, ¡desconcertante y de mal augurio!), era de su padre, del señor Susane, que hasta entonces nunca la había llamado al móvil ni le había enviado un mensaje, dejando esa práctica a la señora Susane, por ser hombre pudoroso que solo quiere tener noticias si hay alguna razón para preocuparse seriamente por algo, y delega en su mujer la correspondencia fútil, aunque luego quiera enterarse de las novedades.

De manera que la letrada Susane no recordaba haber hablado jamás con su padre por teléfono ni haber conversado con él, en casa, sin la presencia de la señora Susane.

«Anda con Dios, hija mía, esta vez soy yo, tu padre, quien te escribe, tu madre no lo sabe y no hace ninguna falta que lo sepa, me refiero a que ahora mismo no le hace ninguna falta saberlo, así que te ruego que no le digas nada de este mensaje. Anda con Dios, hija mía,

nos has hecho mucho daño sin querer, creo yo, y tu madre está muy perturbada, cosa que me perturba enormemente a mí también. Se pasa el día buscando un apellido. Quiere darte el apellido que buscas, pero no puede, por eso se lo inventa. No lo sabe, pero se lo inventa, en sueños se le ocurren apellidos y te los anuncia como si fueran reales. Majuraux, Ravalet y otro que me dijo y que he olvidado, algo así como Robineau, ya lo ves, es absolutamente ridículo. Se niega a citar el apellido Principaux, porque ha entendido que es el que quieres oír y sabe que cometería un delito de falso testimonio cediendo a tu petición implícita, a tu ruego, casi; sabe que saciaría tu avidez a costa de una mentira descabellada y peligrosa: no conoce a ningún Principaux, nunca ha conocido a ninguno. Anda con Dios, hija mía, pues tu madre está tocando fondo. No puedo permitir semejante desmoronamiento. Así que anda con Dios, hija mía, pues es la única manera de salvar a tu madre. No vuelvas a reclamarle un apellido, no vuelvas a obligarla a acordarse de algo que sin duda jamás existió, no vuelvas a apremiarla a satisfacerte construyendo en su interior un espantoso teatro que ahora confunde con la vida real. Anda con Dios, hija mía, y sé lo bastante fuerte como para no intentar ponerte en contacto con nosotros hasta que hayas recobrado el tacto, la sensatez y la bondad, sobre todo la sensatez, de la que proceden todas las cualidades.»

El mismo roce misterioso sacaba cada mañana a la letrada Susane de un sueño simple, fortalecedor, de una duración perfecta que se correspondía exactamente con las ocho horas que transcurrían desde que se adormilaba en aquella nueva cama hasta que se despertaba al son de aquel frotamiento, de aquel crujido procedente del exterior, cuyo origen se complacía en no tratar de averiguar; ¿para qué?

Aquel ruido misterioso la despertaba en el momento perfecto, cuando había dormido lo necesario, y justo antes de que imágenes ponzoñosas y estériles se aprovecharan de su somnolencia para desasosegarla con empeño.

¿Quién o qué rascaba debajo de su ventana?

Más tarde, casi a su pesar, se enteraría de que Christine, su casera y la encargada del colmado de la planta baja, todas las mañanas, muy temprano, barría el patio con una escoba dura, pesada; así ascendía hasta la ventana de la letrada Susane la señal que necesitaba para ponerse en pie, cosa que hacía con una presteza insólita y por pura impaciencia por zambullir su cuerpo convaleciente en el cuerpo revitalizante, áspero, sin delicadeza ni belleza aparente, de la ciudad adonde la había arrojado su extraña enfermedad.

Incluso después de que Christine le hubiera contado que todas las mañanas, muy temprano, barría el pequeño patio de detrás del colmado, la letrada Susane, suavemente desalojada de la noche, continuaría preguntándose, contenta, liberada: ¿de dónde viene este sonido?, ¿cómo puede ser que no lo reconozca?

Allí se deleitaría entre lo que sabía y lo que percibía, o entre lo que deseaba y lo que le ofrecían —como en el caso del desayuno, que, según habían acordado, tomaba cada mañana en compañía de Christine y de Ralph, un desayuno muy alejado de lo que le gustaba comer por la mañana, con pestiños especiados, el té demasiado cargado, la margarina reblandecida, que no le entusiasmaba pero no le importaba en absoluto—; todo iba viento en popa porque así era y entonces ya no se preocupaba ni por sus gustos, ni por sus preferencias, ni, casi, por sus valores morales; un alivio.

Aquella mañana de marzo se levantó prometiéndose vagamente que, después de desayunar, hablaría con Christine y con Ralph de lo que la había llevado a su casa.

Su cuarto, del que ya se había prendado, aunque estuviera fríamente embaldosado y pobremente amueblado con una cama de pino barnizada, un pequeño armario cojo y una mesa de jardín de

plástico verde, daba al este.

La blanca, la resplandeciente luz matutina se desbordaba en frías ondas sobre las baldosas grises del suelo, sobre las paredes apagadas y desnudas, la indiscutible pobreza del lugar, su fealdad manifiesta, indiferente.

La letrada Susane se vistió, se curó ante al espejo la cicatriz todavía purulenta de la frente y luego volvió a sentarse en la cama, esperando la hora del desayuno.

No quería molestar a sus huéspedes presentándose ni que fueran dos minutos antes de la hora prevista.

Intuía que Christine y Ralph, pese a su afabilidad de comerciantes, eran una pareja de férreas costumbres a quienes la impuntualidad, de cualquier clase, contrariaba en extremo y los llevaba a juzgar con severidad a la persona que hacía gala de ella.

No es que la letrada Susane se preocupara en exceso de lo que sus caseros pensaran de ella.

Pero le parecía, en su casa (*¡y su cara, que esperaba que fuera ardientemente honesta, frente a la de ellos, que seguro que lo era!*), le parecía representar a Sharon.

La embajadora de la mujer orgullosa, ambiciosa, irreprochable que era Sharon, la mensajera de todas esas cualidades y de dicho éxito, dado que a Christine y a Ralph no les cabía ninguna duda de que hubiera «conseguido el exilio», tenía la obligación de ser ejemplar, simplemente perfecta, ajena a cualquier tipo de reproche.

Así, la letrada Susane tenía el deber de confundirse con Sharon, con el ser envidiable y bien protegido, victorioso y perfectamente acorazado que parecía ser para su hermano y su cuñada.

Por esta razón, sentada en su cama ante el fulgor casi insoportable del amanecer en la ventana desprovista de cortinas, observaba el transcurso de los minutos en su teléfono.

De vez en cuando, dirigía fugazmente la mirada a sus pies, tan pálidos que parecían verdosos bajo las tiras de las chanclas, a sus rodillas extrañamente prominentes, a sus muslos estrechos; su propia carne, hasta hacía poco tan perfectamente familiar y que ahora le costaba reconocer.

¿No era raro, se preguntaba, que Sharon, Rudy e incluso Lila, a su manera, tuvieran un conocimiento de su cuerpo del que ella carecía?

Al parecer, habían convertido el pobre cuerpo de la letrada Susane, su cuerpo maltrecho, desdichado, en objeto de sus cuidados atentos, inteligentes, preocupados y amistosos, y tan solícitos que ella no hubiera creído posible de no sentir amor por la naturaleza que alberga ese cuerpo.

¿Significaba eso, pues, que la amaban?

Ante aquella idea, la letrada Susane empezó a temblar en la cama.

La llamarada del alba le azotaba la frente, reavivándole la herida supurante, le parecía, y causándole todas las mañanas la misma migraña ligera, embriagadora.

No se movía, al mismo tiempo absorta, concentrada y embobada.

Aquel estado le recordaba, con un placer turbador, el estado de antes, el de las semanas anteriores, cuando, mientras guardaba cama en su piso de Burdeos, a todas luces enferma, aunque no sufriera ninguna afección reconocible, percibía más que veía el revoloteo atareado en su dormitorio de una Sharon eficaz, diligente, y de un Rudy igual de enérgico, igual de decidido a sacarla del atolladero.

Los dos se afanaban alrededor de su cama como torbellinos, ágilmente, con el único fin de curar y velar a la letrada Susane, que tenía el alma atribulada, el cuerpo maltrecho.

Cuchicheaban, pero ella no temía que estuvieran conspirando.

Por el contrario, intuía que se transmitían la información necesaria para erradicar la pena que albergaba en ella.

Aquella pena la letrada Susane se la imaginaba siempre, en su extravío, encadenada a ella, mientras que sus dos guardianes inesperados, sus salvadores familiares, parecían haberse impuesto el cometido de liberarla de ella.

No existe ninguna carga, ninguna tristeza, ninguna herida que no podamos aliviar con nuestra voluntad afectuosa, parecía anunciarle la coreografía púdica de sus dos siluetas, dando vueltas a su alrededor.

Llegó a reclamar a sus padres, pero su grito le despertó otro dolor, dado que el señor y la señora Susane la habían repudiado, claramente.

—No van a venir, querida —le dijo Rudy con una voz dulce.

Pero ¿qué sabía él al respecto?

¿Habría leído el mensaje de su padre?

¿Se habría apoderado de su teléfono?

Incluso en ese caso, ¿cómo podía estar tan seguro de que el señor y la señora Susane, dejando de lado cualquier agravio y olvidando temporalmente el asunto Principaux, no se apresurarían en responder a la llamada de su hija desdichada, en cama, de su única hija repentinamente vencida por la tristeza de vivir?

Le pareció que ella misma le preguntaba a Rudy: ¿Puedes intentar localizarlos de todas formas?

No podía distinguir si hablaba en sueños o no, si Rudy no había logrado entenderla o si había fingido no oírla, por su bien y porque sabía, de fuente misteriosamente fidedigna, que los padres de la letrada Susane ya no querían tener trato con ella.

Entonces se agitaba, las voces de costumbre contenidas en su fuero interno empezaban a gritar de repente sin procurarle el menor alivio;

una cólera vana, una indignación lastimosa, estéril.

Una oportuna somnolencia devoraba aquellas preguntas.

Se adormilaba y luego se despertaba de un humor diferente, confiada, fatalista.

Rudy le pasaba por la cara un paño húmedo y suave, tibio y perfumado.

Ella se complacía pensando que la había despertado aquella fragancia (¿muguete, siringa?) en lugar de la sensación de los dedos delicados de Rudy en las mejillas, la frente, el ángulo de los ojos, las aletas de la nariz; unos dedos tan amables, tan atentos, que la invadía una tristeza desconocida.

Porque, en la época en que la amaba, ¿alguna vez Rudy le había mostrado tanta bondad?

Sí, sí, ¿y ella se había empeñado en ignorarla?

Ahora, sentada en su nueva cama a la luz incandescente del alba, ¡qué lejos le parecía aquella noche que volvió del despacho después de leer el mensaje del señor Susane!

Sintió que la invadía el sopor.

Se enderezó, comprobó la hora: ¡qué vergüenza, para ella y también para Sharon, si llegaba tarde al desayuno!

Aunque engullir una comilona al amanecer no le procuraba nada bueno, ni placer ni beneficio, le gustaba reunirse con Christine y con Ralph en torno a la mesa austera de su pequeña cocina en la trastienda del colmado, y ninguno de los tres hablaba si no era para pasarse la margarina o la pimienta.

Ralph, el hermano de Sharon, tenía los ojos del mismo color gris pálido que ella y la misma cara menuda, encogida por naturaleza —ninguna superficie de carne inútil—, las mejillas enjutas, la frente estrecha, el mentón inexistente, la nariz corta y la boca bien modelada pero pequeña.

Christine, su mujer, que desde un principio le había impuesto a la letrada Susane, se mantenía quieta y erguida, y su aspecto fuerte y corpulento, sus carnes duras, contenidas, vigorosas, su mirada fría, su expresión estoica, habían desbaratado cualquier posibilidad por parte de la letrada Susane de engatusarla con sus circunstancias —su estado convaleciente, su título de abogada, su amistad con Sharon.

Christine, a todas luces, nunca se dejaba engañar.

La letrada Susane, cuyo fin era persuadirlos o arrebatarles como fuera, de manera honesta o no, lo que ellos querían conservar honestamente o no, se rendía para sus adentros ante la incorruptibilidad de Christine, aunque aquella virtud de su anfitriona se basara en una falta de sensibilidad o en una traición.

¿Se había metido en su casa para convencerlos o para engañarlos?

¿Para hacerles entrar en razón o para engañarlos?

Por lo demás, ¿lograría salir airosa de lo uno o de lo otro, en el caso de que se tratara de convencerlos o de embaucarlos?

La letrada Susane, sentada en su nueva cama, observando escrupulosamente el paso del tiempo en su teléfono, se cuestionaba todas las certezas sobre sí misma que había albergado hasta entonces.

Tenía un recuerdo brumoso de las semanas durante las que Sharon y Rudy la habían cuidado, pero se acordaba con una precisión casi molesta de su desesperada vuelta a casa, tras haber abandonado el despacho y haber cerrado la puerta con llave pensando que ya no regresaría jamás, que carecía de los atributos de una abogada respetable y que incluso sus padres, que eran las únicas personas del mundo que la querían incondicionalmente, de repente la sometían al juicio más cruel pero más exacto, desde luego: no había estado a la altura de los hechos.

Había decepcionado a todo el mundo.

Hasta al joven Principaux o Majuraux o Ravalet en su casa de Caudéran, tal y como había recordado abruptamente mientras cerraba la puerta de su despacho, a quien había defraudado por algún motivo que su memoria no lograba precisar: volvió a verlo de repente, a aquel muchacho a quien había sorprendido con sus palabras, con el brillo de su inteligencia desatada, volvió a verlo señalándole la puerta con un gesto desdeñoso, la puerta de aquel cuarto maravilloso que él le había permitido conocer y del que la expulsaba con desprecio sin que ella lograra recordar por qué.

Pero lo que recordaba de repente, violentamente, era su propia conciencia del despecho que sentía el muchacho, de la profunda contrariedad que le había suscitado ella sin querer.

¿Qué había hecho en aquel cuarto, pues, capaz de provocar la aversión del muchacho y la de su padre, que especulaba al respecto?

¿Acaso no era contradictorio?

Lo que había hecho podría haber complacido al muchacho y ofendido al padre, o haber defraudado al muchacho y aliviado al padre, pero ¿cómo cabía interpretar que se hubiera atraído la antipatía de los dos, la de aquel joven tiempo atrás, cuando le había dado a entender con un gesto que debía marcharse de su cuarto, y la de su padre, que la desterraba del cariñoso reino de los Susane, su padre que no había visto nada, que no sabía nada, que andaba persiguiendo quimeras?

Sin embargo, dada la contradicción, ¿no era ella la única responsable?

¿De qué inocencia podía jactarse si había llevado a su propio padre

a forjarse penosas fantasías y a su madre a inventarse patronímicos de culpables?

¿Y el muchacho de Caudéran qué diría de la niña que se había mostrado ante él, quien tal vez la había hecho caer en la trampa de un prestigio social deslumbrante, es verdad, pero poderoso y corruptor?

¿De qué la acusaría hoy, no sin razón, tal vez?

La letrada Susane había llegado a su piso sumida en una gran debilidad moral.

Se había desvestido a toda prisa y luego se había metido en la cama, y le dolía la rodilla y le parecía que la herida de la frente le iba devorando toda la cara.

Había estallado en sollozos, grandes borbotones de lágrimas y de mocos que la habían consternado.

Ay, ¿soy yo quien llora así, y por qué razón y de qué sirve?

Continuaba llorando cuando llegó Sharon, encendió todas las luces canturreando y luego se dio cuenta sin inmutarse de la presencia de la letrada Susane en el dormitorio.

—Bueno, bueno —había susurrado.

Con una mano experta, tan eficaz como benéfica, había lavado el rostro, las manos y los pies de la letrada Susane, la había bañado de una manera que a ella siempre le parecería milagrosa.

Porque la fuente de sus lamentos se había secado.

Y Sharon le había traído un caldo de ave especiado, elaborado de un modo tan apresurado que parecía fruto de su fuerza de voluntad.

A continuación, la letrada Susane se había sumido en un extraño sueño.

Dormía, mientras tenía conciencia de dormir y de participar de lejos en todo lo que ocurría a su alrededor.

Así, había notado en su cuarto la presencia de Rudy y de Lila, de sus dos cuerpos llegados de la ciudad fría, exhalando el curioso efluvio de una transpiración glacial y el olor no menos intenso de su ansiedad.

¡Se preocupaban por ella!

Rudy subía con ternura el edredón hasta las mejillas de la letrada Susane, como le gustaba a ella, y Lila le posaba una mano furtiva en la frente rajada, provocándole un estremecimiento de dolor, pero, al mismo tiempo, un impulso de gratitud hacia Lila, la única, a todas luces, que se había dado cuenta de que la letrada Susane estaba herida.

Cuando hablaba con Rudy o con Sharon, emergiendo de los limbos del sueño, no conseguía determinar si se expresaba en voz alta o interiormente, ni si la oían o si, por consideración, lo fingían.

La primera cosa que creía haber dicho estaba ligada a Lila.

—¡No la dejes volver a casa de la señora Principaux, no permitas

que Sharon la lleve allí!

En su recuerdo, suplicaba, otra vez atormentada, febril, y Rudy la apaciguaba:

—No te preocupes, Lila solo se relaciona con gente de fiar y velo por mi hija desde siempre, ya lo sabes.

—¡Pero no conoces a los Principaux, parecen dignos de confianza cuando probablemente no lo son! —replicaba la letrada Susane.

Pero ¿la oía Rudy?

De todas formas, ¿qué entendía de todo eso?

No estaba al corriente.

Ignoraba lo que ella sabía, lo que sentía.

Ella se daba perfecta cuenta, aunque se despertara confusa de sus amodorramientos en aguas profundas, de que Lila había cambiado.

Y ni se te ocurra decirme que ha entrado en la adolescencia, refunfuñaba en su duermevela.

Lila tenía la cara petrificada, contraída y como velada por una indiferencia propia de una niña que sufre, observaba horrorizada la letrada Susane desde la cama de sus propios terrores.

Su cama de Port Louis era la de un renacimiento.

Eso pensaba ella, anegada de luz, esperando religiosamente el copioso desayuno.

Iba a encontrarse de nuevo con Christine y con Ralph y debía determinar quién era ella para ellos: ¿una sinvergüenza o un ángel pacificador?

Le gustaba aquella pareja trabajadora, ascética, solitaria, ¿malvada, tal vez, como pensaba Sharon?

Unos puritanos cuyos actos aparentemente malévolos debían juzgarse a la luz de su sistema moral, según el cual se volvían coherentes, necesarios, tal vez hasta redentores.

Entonces la acusación de maldad se desvanecía.

La alarma del teléfono sacó a la letrada Susane de su ensoñación vigilante.

Se levantó con presteza.

Salió de su cuarto sin hacer ruido, ágil y silenciosa con sus chanclas como Christine y Ralph, quienes, pese a que vivían, hablaban, dormían en un cuarto separado del suyo por un simple tabique, nunca le hacían sentir ni acordarse de que estaban allí.

Y aunque su aliento y el suyo debían de mezclarse a veces por los resquicios de la pared, por las grietas minúsculas de las que salían insectos microscópicos, la letrada Susane jamás los oía.

Convivía con almas.

¡Ojalá, pensaba, que piensen lo mismo de mí! ¡Que me vean como a una simple *fuerza*!

Extática, le había asegurado a Sharon:

—No volveré de vacío.

Sharon, que acostumbraba a mostrarse distante, la había estrechado entre sus brazos finos, había posado la frente en el mentón de la letrada Susane y había susurrado:

—Sí, lo sé. No regresará si no lo consigue.

La letrada Susane tenía un recuerdo nítido del momento en el que había comprendido, oído, en el que había sabido en qué dirección debía dirigirse su deseo desesperado de influir favorablemente en una situación difícil.

En un momento en que Sharon y Rudy creían que estaba dormida, sin duda, cuando estaban a punto de salir de su dormitorio, que habían ventilado, limpiado, ordenado, Sharon le había hablado a Rudy, con una voz falsamente desenvuelta (había pensado la letrada Susane), de su certificado de matrimonio, que no lograba obtener y que la letrada Susane se obstinaba en reclamarle.

—Pero yo no puedo hacer nada —había dicho Sharon encogiéndose de hombros—. Lo tienen dos personas. No me lo quieren enviar. ¿Qué puedo hacer?

¡Sharon, no se ande usted con rodeos!, había gritado la letrada Susane en silencio, antes de razonar, de repente muy calmada: ¿qué sentido tiene…?, si la he oído perfectamente.

Entonces, en aquel instante, no menos plácido, casi sereno, esta iluminación: Debo ir a buscar ese papel.

Y el hecho de que Sharon, cuando la letrada Susane la hizo partícipe de su súbita y ferviente resolución, simplemente pareciera haberla esperado, haber contado con ella, le demostró a la letrada Susane que Sharon se adelantaba a sus propios pensamientos.

—Sí, por supuesto —dijo Sharon—. Es la única solución. No sé si volveremos a verla. No hay más remedio. Si no, tarde o temprano me expulsarán con mi marido y mis hijos. Usted nos salvará.

La letrada Susane, sentada, bien erguida, frente a Christine y a Ralph, en la mesa del desayuno, no pudo evitar sonreír acordándose de las palabras de Sharon, aunque, de hecho, en lo más hondo de sí misma se sintiera intimidada y temblorosa y más ansiosa por gustarles que deseosa de engañarlos.

Sharon los había pintado de un modo que ahora la intrigaba, a su hermano y a su cuñada, cuyos rostros como esculpidos por el decoro y

el respeto de la ley tenía ahora ante ella.

Sharon había llegado a la maledicencia:

—Son unos bellacos —había afirmado con un ímpetu poco habitual —. Tienen secuestrados mis papeles. Quieren que me muera de tristeza, por celos. Mi marido ya se está muriendo de angustia, ha dejado de creer en sí mismo, le han quitado toda la fuerza y todo el valor. Son unos asesinos, en mi propia familia, ya no puedo querer a mi hermano ni fiarme de él. Unos bellacos, sí, unos malhechores.

¿Cómo podían ser unos bellacos dos figuras tan francas, tan corteses y tan envaradas?, se preguntaba la letrada Susane mientras observaba a sus huéspedes con discreción.

Aún no acababa de entender a qué despacho se dirigía Ralph después de desayunar, pero de las actividades que constituían el trabajo de Christine en el colmado, a partir de las siete, sí que tenía una idea precisa.

Recordaba ciertas insinuaciones de Sharon respecto a la lamentable pachorra de su cuñada, incluso su pereza, pues, según la expresión de Sharon, se había «apalancado» en lugar de labrarse el porvenir que necesitaba su modesta pareja para alcanzar un confort mayor.

No hace gran cosa, había juzgado lacónicamente Sharon valiéndose de su inagotable savia.

¡Y eso que Christine trabajaba a destajo!

Para sus adentros, la letrada Susane le dirigía rotundos reproches a Sharon.

¿De verdad no vio, Sharon, cuando aún vivía aquí, lo pronto que se levanta, lo tarde que se acuesta, lo deprisa que come, y cómo lleva sola correctamente y muy eficazmente el colmado que también es un bar? ¿Cómo pudo usted, Sharon, que sabe por experiencia qué significa trajinar, tachar a Christine de dejada, de holgazana?

¿Quién era Principaux para ella?

¿Cómo se llamaban en realidad los Principaux?

Aunque a todas luces luchara contra su resignación al secreto, contra su sometimiento a este o contra la impenetrable conciencia de su deber hacia este (el santo secreto), Sharon se había decidido a revelarle a la letrada Susane algunos detalles o episodios de su vida en Port Louis, cuando vivía en casa de Christine y de Ralph, que eran seis o siete años mayores que ella, y dormía —le había parecido comprender a la letrada Susane con emoción— en ese mismo cuarto, en esa misma cama dura, y todas las mañanas se despertaba inundada

por la misma luz triunfal.

Contándoselo, Sharon había confundido, voluntariamente o no, la cronología de los acontecimientos.

La letrada Susane no sabría decir si Sharon se había alojado en casa de su hermano antes o después de conocer a su marido, si el marido también había vivido allí o no, incluso si el marido y el hermano se conocían, dado que el relato de Sharon, como regla general, había intentado ensombrecer todo lo que no parecía esencial para la misión de la letrada Susane, ya fuera por modestia, por pudor o por temor a aburrirla o por ofrecerle a la letrada Susane un restringido cariño parco, una prudente, estratégica, muestra de amistad.

De aquellas palabras mesuradas, calculadas tanto en su número como en su significado, la letrada Susane retuvo que Sharon y su hermano Ralph habían tenido una relación muy estrecha, se habían querido mucho en su primera juventud (padre albañil, madre ama de casa) y se habían distanciado debido a los caminos que habían elegido en la vida adulta o los infortunios que habían atravesado, y puede que por algo más que Sharon ocultaba celosamente.

En cualquier caso, había habido una división, malentendidos, ira y tristeza.

Aquella discordia, aquel brutal y profundo desacuerdo, la letrada Susane consideraba que no eran responsabilidad ni de Christine ni del marido de Sharon, que, como elementos extraños, no habían enturbiado el cariño que se profesaban ambos hermanos, sino que la decisión de emigrar a Francia los había separado y luego replegado a cada uno en un silencio opresivo, lleno de rencor.

Ralph había juzgado aberrante, presuntuoso y necio el deseo de exiliarse por parte de Sharon.

Sharon limpiaba en un hotel de lujo donde su marido, o el hombre que se convertiría en su marido, trabajaba como jardinero, o chico para todo, o como encargado de cuidar los pájaros ornamentales, cotorras, canarios, papagayos, cuyas hermosas jaulas decoraban los salones del hotel, o quizá como pinche de cocina, la letrada Susane no sabía nada a ciencia cierta.

Lo que le parecía haber entendido de manera clara era que Ralph consideraba objetivamente satisfactoria la existencia que se habían labrado Sharon y su marido gracias a su trabajo, a su esfuerzo.

Se habían acostado a la orilla de una felicidad adecuada, juzgaba Ralph según la letrada Susane, y no debían apostar toda esa humilde dicha a la esperanza vaga de una vida opulenta lejos de su hogar, donde siempre extrañarían la luz, la lengua y la sinceridad.

Pero Sharon, según la letrada Susane, rechazaba cualquier idea de

un destino suficientemente bueno.

A diferencia de su hermano, que se contentaba con los límites de sus propios impulsos, ella tenía hijos, a quienes no quería encerrar en una jaula estrecha ni en ningún otro tipo de jaula; de hecho, era lo que parecía contrariar, casi ofender a Ralph, quien le aseguraba que allí sus hijos crecerían en una casucha aún más pobre y pequeña.

¡Aquellas dos hermosas criaturas que Sharon había alejado cautamente de la letrada Susane!

Y Sharon, como una cabrita obstinada y enardecida, había plantado cara a su hermano razonable, tristemente ponderado, se había marchado a Francia y después, una vez que se hubo instalado, se las había arreglado para traer a su marido y a sus hijos, por lo que Ralph todavía le guardaba rencor por ello, o eso le parecía entender a la letrada Susane.

Sharon había soltado algo así como:

—Se había encariñado demasiado con mis hijos, ¿qué le voy a hacer? Son mis hijos, no los suyos, no iba a dejárselos.

En realidad, solo debía de haber pronunciado un tercio de una afirmación semejante, reconocía la letrada Susane, pero así había interpretado ella el grito de protesta de Sharon: Ralph, el hermano querido y estéril, no le perdonaba que se hubiera llevado lejos a su sobrina y a su sobrino de pelo sedoso, de dulce rostro de miel.

Esa era la razón por la cual guardaba el papel, el certificado de matrimonio que, desde hacía meses, Sharon le suplicaba o le ordenaba que le enviara.

—Tenía la esperanza de que yo fuera a buscarlo —había musitado Sharon, incómoda— y entonces, zas, me mantendría cautiva en su casa, en la suya y la de Christine, y sin que yo me diera cuenta, pasaría el tiempo y yo trabajaría en el colmado y me dormiría, me olvidaría de todo, hasta de mis hijos que se habrían quedado en Francia, zas, olvidados. Con usted, no podrán hacer nada, no se atreverán a convencerla de que se quede allí.

Ralph le preguntó a la letrada Susane si quería otra taza de té.

El pequeño patio bien barrido alumbraba con su luz blanca y fresca la cocina por lo demás casi en penumbra, limpia y fría, con sus paredes verde pálido, su mesa de madera sombría, sus sillas de jardín con duros listones de metal en las posaderas de la letrada Susane.

Desde su llegada, casi dos semanas antes, le parecía que la voluntad puntillosa de no dar la impresión de experimentar gusto o disgusto con cualquier actividad gobernaba las jornadas de sus huéspedes, quienes se mostraban, en cualquier circunstancia, cuando se los encontraba o incluso cuando los sorprendía, impasibles,

lacónicos, fríamente serenos, como si, pensaba la letrada Susane, se supieran bajo la terrible mirada de la Providencia, que se regodea castigando a los dichosos, a los orgullosos o a los contentos.

Pero ¿acaso podían engañar a una posible suerte vengativa fingiendo indiferencia y desinterés, si a veces su corazón maquinaba, se exaltaba o sangraba?

Sharon acusaba a Ralph y a Christine de velar por ella hasta extremos obsesivos.

Sus delirantes fantasías no dejaban de perseguirla incluso en Francia.

A veces los oigo, quieren apoderarse de mi voluntad, había susurrado Sharon en la cabecera de la letrada Susane.

¿O acaso lo había soñado?

No podía distinguir entre lo que le había dicho Sharon y lo que ella creía haber oído de sus labios.

Sin embargo, le consolaba la íntima convicción de que era una buena portavoz de los sentimientos que había expresado vagamente Sharon, incluso de sus sentimientos no revelados pero que Sharon había sabido comunicarle calladamente durante aquel periodo en que la letrada Susane, aquejada de desesperación, metida en la cama y enferma de tristeza, había sentido que su alma era permeable a cualquier dolor no expresado.

¿Cómo podía Rudy no adivinar que Lila sufría algo indignante?

—Sí, gracias, quiero un poco más de té —dijo con su voz más digna.

Ralph le llenó un tazón de esa bebida negra, fuerte y agria que la letrada Susane detestaba; un té venenoso, un incomprensible brebaje con sabor a mantillo.

Pero ella no rechazaba nada que viniera de sus anfitriones, ni las galletas demasiado saladas, aceitosas, cuya masa preparaba Christine antes de acostarse y que cocía al amanecer, ni las lonchas de salami servidas encima de las galletas recién sacadas del horno, ni la macedonia de fruta en conserva excesivamente azucarada y dulzona para el gusto de la letrada Susane.

Por el bien de Sharon, le parecía primordial causar la mejor impresión a la pareja, aunque aquella comida le dañaba tanto su engranaje interno que, después de desayunar, subía a tumbarse en su cuarto incandescente.

Sharon había vivido allí y numerosos turistas lo habían ocupado de paso.

—Alquilan mi habitación, puede quedarse todo el tiempo que quiera —había soltado una Sharon casi jocosa, irónica tal vez.

O bien quería decir que no se imaginaba por nada del mundo que a la letrada Susane le apetecería pasar una larga temporada en aquella casa, o bien, por el contrario, chinchaba a la letrada Susane por la suerte que tenía por poder compaginar trabajo y vacaciones ideales, voluntariado (socorrer a Sharon) y convalecencia de ensueño.

Alojarse en casa de Ralph y Christine requería ciertos esfuerzos que, a pesar de que a ella le gustara someterse a ellos, minaban una parte significativa de la vitalidad de la letrada Susane.

Allí, debía contener toda la espontaneidad de sus palabras, refrenarse e incluso prohibirse hablar con franqueza.

La habitación no era cara.

Sus huéspedes eran adustos y ascéticos.

Había encontrado el dinero.

La letrada Susane alejaba sus pensamientos con rotundidad cuando volvían a retomar este asunto.

Pero, de hecho, había encontrado el dinero.

Había bastado con que musitara que no podía permitirse un viaje así para que Rudy, de nuevo allí cerca de ella, tan asiduo en su cabecera como Sharon y —de manera más discreta, aunque palpitante y profundamente afligida—, la tranquilizara con una frase:

—No te preocupes, francamente tus padres y yo ya lo hemos pensado.

Así, la letrada Susane se había enterado o había supuesto que Rudy se había puesto de acuerdo con La Réole, sin pedirle su opinión, y que había reunido el dinero para el billete de avión y el alojamiento.

¿Acaso, despachándola tan lejos, el señor y la señora Susane la mandaban al diablo?

¿Acaso esperaban que no regresara jamás de aquel infierno leve?

Aquella mañana, la letrada Susane vació de un trago la segunda taza de té.

Clavó valerosamente la mirada en los ojos impávidos de Ralph mientras Christine, con prisa por ponerse a trabajar, por, como decía ella, «empezar su jornada», recogía la mesa, le quitaba la taza de las manos a la letrada Susane, eficaz, conversando calladamente consigo misma y casi irreverente a fuerza de vivacidad.

Ralph iba a levantarse cuando la letrada Susane tendió la mano para rozarle el brazo.

Él se sobresaltó y se frotó la piel donde ella lo había tocado.

Sin embargo, la miraba con una curiosidad no desprovista de cortesía.

—Sharon me pidió algo —empezó la letrada Susane.

—Sí —dijo Ralph—. Es mi única hermana. Ojalá viva mucho

tiempo con alegría.

—Me pidió —continuó la letrada Susane con una voz muy dulce— que le llevara un documento.

Christine, de pie ante el fregadero, dejó bruscamente de lavar las tazas y los platos.

No obstante, permaneció de espaldas, escuchando con todo el cuerpo, pensó la letrada Susane.

—Sí —dijo Ralph con amabilidad—, ¿de qué se trata?

—De su certificado de matrimonio. Lo necesita en Francia.

—Muy bien —dijo Ralph.

A la letrada Susane le dio la impresión de que estaba ligeramente sorprendido.

Entonces Christine se volvió hacia ellos, tensa, fuerte, dominándose para que su rostro expresara tan solo un vago interés.

—¿Tú sabías que estaban casados? —le preguntó a Ralph, desenvuelta.

—Sí y no.

—Eso es.

Parecía aliviada.

Aclaró la vajilla, la colocó en el escurridero, de nuevo concentrada no en la labor que tenía entre manos sino en todas las venideras, en todas las tareas que tendría que llevar a cabo durante la jornada y cuya planificación debía pensar, supuso la letrada Susane.

—Sharon —prosiguió la letrada Susane con la misma voz benévola — le ha pedido en numerosas ocasiones que le envíe ese documento. Al parecer, usted no le ha contestado.

Ralph se encogió de hombros.

Sonrió de manera forzada, como si necesitara un tiempo para asimilar su propio asombro y ocultárselo a la letrada Susane.

—Nunca me ha pedido nada —dijo con frialdad—. Nunca llama por teléfono. Igual está casada o igual no. Ojalá pueda triunfar más allá de todos sus sueños.

—¡Ojalá pueda triunfar! —exclamó Christine ante el fregadero, con un tono vibrante, profundo.

—Entonces ¿no tiene ese documento?

Ralph se había puesto en pie, decidido a no dejar que ninguna mano embaucadora revoloteara hasta su brazo para retenerlo.

La letrada Susane no ocultaba su estupor.

—¿De verdad no lo tiene? —volvió a preguntar absurdamente.

—Es imposible que lo tenga yo. Dígame, ¿por qué debería tenerlo? ¿Hay algo real en esta situación? Ojalá los hijos de Sharon puedan vivir felices en su nuevo país. Ahora debo ir a trabajar; si no, llegaré

tarde por primera vez en mi vida.

Le dirigió un saludo seco, breve, con el torso bien encorsetado por una estrecha camisa blanca y, seguidamente, abandonó con presteza la cocina.

—Ojalá los hijos de Sharon… —canturreaba Christine con una voz distraída.

La letrada Susane, abatida, experimentó una violenta reacción de rechazo hacia Sharon.

Si, de entrada, daba crédito a Ralph, si confiaba en aquel desconocido y no en Sharon, a quien había creído conocer un poco mejor, era porque Sharon, en el fondo, no la quería, tal vez hasta la reprobaba y, por eso, se había permitido contarle cualquier cosa, ay, sin objetivo ni táctica, por pura maledicencia.

Y, al perder la fe en Sharon, la letrada Susane empezó a detestarla.

Para vengarse, intentó odiarla más intensamente aún de lo que a todas luces la odiaba Sharon, sabiendo, no obstante, que nunca lo lograría, que siempre la frenaría, en la pendiente de la hiel y del rencor, la habilidad desinteresada, preocupada, casi amistosa con que Sharon la había cuidado en Burdeos.

Pero ¿qué debía interpretar, entonces?

¿Por qué Sharon manipulaba tan negligentemente la vida de la letrada Susane?

Los dedos le temblaban en la pantalla del teléfono cuando, una vez de vuelta en su habitación, la llamó por teléfono.

Sharon contestó de inmediato, cosa que desconcertó a la letrada Susane y la obligó a hablar en susurros para que Christine, que seguía atareada en la cocina justo debajo, no escuchara su conversación.

Había supuesto que Sharon se negaría a atender su llamada o la ignoraría, ¡se negaría o la ignoraría siempre, hasta el final de sus días!

—Sharon, acabo de hablar con su hermano, no tiene el documento, incluso parece que no sepa de qué se trata.

Sharon no dijo nada.

El silencio fue tan largo que la letrada Susane pudo distinguir su textura.

Tuvo que reconocer, estremecida, que había ofendido a Sharon.

—Sharon, dígame, ¿cómo está Lila? —susurró con una voz implorante.

—Está muy bien. Está muy bien, sí. Es una niña pequeña —condescendió a responder Sharon al cabo de interminables segundos de reticencia herida—. El papel está guardado en la cómoda de su habitación —añadió—. Mi hermano Ralph puede decir una cosa y luego la contraria, ¿sabe? Lo comprendo porque siempre lo querré. Pero a veces su juicio no es acertado. Que conste que usted me obliga

a hablar, a mí no me gusta criticarlo. Lo quiero porque siempre lo comprendo. En cuanto a Lila, no es más que una niña pequeña, ya lo sabe. Está bien, no está bien, va cambiando, así es. El papel, señora Susane, sé dónde está: en la cómoda.

—¡Sharon, no voy a hurgar en su habitación!

La letrada Susane soltó una risita exagerada.

Se llevó la mano a la frente, donde la cicatriz de repente le picaba otra vez.

—Sharon, ¿qué quiere que haga que sea razonable, aceptable?

—Usted sabrá. Yo no lo sé. Fue usted quien hizo promesas.

—¡No exactamente! —se exclamó la letrada Susane, aunque Sharon ya hubiera colgado.

Poco después, caminaba por la calle como todas las mañanas, pero un recelo traicionero, una sospecha ahogada hacia sí misma, socavaban el placer que solía experimentar cuando paseaba por el barrio.

Con una sonrisa y un movimiento de la cabeza, saludó al vecino de Ralph y de Christine, que estaba abriendo el cerrojo de su persiana de hierro; era un vendedor de tabaco que, desde su llegada, le brindaba una simpatía elocuente aunque discreta, delicada, inclinándose ligeramente en cuanto la veía, aunque rehuyéndole la mirada.

Aquella mañana, la letrada Susane tenía la vista borrosa.

Se quitó las gafas de sol, volvió a ponérselas, se las quitó de nuevo.

Cojeaba con sus chanclas.

Le parecía que el pantalón ligero y la blusa holgada se le pegaban a la piel, aunque la temperatura aún no fuera demasiado alta.

El mal que la había azotado en Burdeos la había debilitado, y se tambaleaba (sin duda, su padre ya no consideraría que se asemejaba a un hombre, pensó la letrada Susane enfurecida).

Era alta y esbelta, extrañamente estrecha, vacilaba sobre sus pies desnudos como si llevara tacones altos, y se sentía despojada, empobrecida.

La había abandonado aquella fuerza que había menospreciado cuando la poseía y que alarmaba al señor Susane.

Mucho tiempo atrás, el señor Susane se había asustado.

Entonces ella había sentido verdadera vergüenza por no ser agraciada a ojos de su padre.

Ahora añoraba su robustez, las carnes abundantes y prietas que le habían envuelto y sujetado los hombros, las rodillas.

Cruzó la calle como un autómata, sin saber adónde iba ni preocuparse por ello.

Una brisa fría procedente de la montaña, de las verdes cumbres puntiagudas, atravesó fugazmente la acera.

Se le heló el sudor de las pantorrillas.

¿Estaba allí para continuar sufriendo?

¿O para que Lila, tan lejos de ella desde hacía un tiempo, sufriera sin recursos?

¿Sin poder pedirle auxilio, con sus escasos medios?

La letrada Susane nunca había conocido a la madre de Lila o, suponiendo que así fuera, no se acordaba. Con todo, desde que nació Lila, siempre había albergado la certeza de que sabía interpretar mejor que nadie las sibilinas confidencias de la niñita.

Ni siquiera Rudy estaba iniciado.

Cuidaba a su hija querida, pero no se había aproximado a su silencio, incluso ignoraba que existiera, aceptaba a Lila tal y como era, con ternura, y según las costumbres indulgentes de la época.

La letrada Susane era la única que comprendía que Lila no podía entrar decentemente en casa de la señora Principaux.

¿Qué hacía entonces deambulando por Port Louis, sintiendo el aliento hostil de la montaña en los tobillos, suponiendo que Lila, de quien tal vez la habían alejado a propósito, debía visitar a la señora Principaux, sumiéndose en la angustia?

¿Y también en la vergüenza?

Pero, por suerte, Lila aún no conocía ese sentimiento.

¿O sí, claro, y la letrada Susane no se había dado cuenta, engañada por la personalidad rudimentaria de la niña?

¿Cómo saberlo?

¿No debería estar allí, protegiendo a Lila, en lugar de aquí, tratando de servir a los intereses de una Sharon que, por abstrusas razones, nunca la querría?

Entró en un supermercado que reconoció porque era el mismo donde, cada mañana, compraba la comida para mediodía.

Le había dado la impresión de que andaba vagando por calles desconocidas, cuando solo había seguido su recorrido habitual dentro de un prudente perímetro alrededor de su alojamiento.

El dolor de la frente, reavivado desde hacía un rato, intensificaba su estado febril y la sensación embriagadora que tenía de una inspiración: a quien debía sustraer del infortunio, de la desgracia, de la soledad, no era a Sharon, sino a Lila.

¿Acaso no se había equivocado de mártir?

¿Aquella a quien tenía la misión de salvar no era más bien…?

Compró a toda prisa zanahoria rallada y jamón al vacío, charló un momento con la cajera, salió apresuradamente a la calle, donde el mismo viento frío se apoderó al instante de sus pantorrillas mientras

le ardía la cara, expuesta al inmenso sol feroz que se despertaba.

Caminó tan deprisa como pudo.

Debía regresar de inmediato.

Pero ¿adónde podía regresar de manera útil, oportuna y lo menos dolorosa posible?

Lo más cerca, a casa del hermano de Sharon, ¿o a su casa en Burdeos, o a casa del señor y la señora Susane, que no podían haber olvidado que hasta hacía poco ella aún era su hija adorada, la única descendencia que tendrían?

¿O a casa de Rudy, tal vez?, dado que era el padre de Lila y la letrada Susane no tendría más prole en este mundo aparte de esa niñita desvalida, ¡y qué ternura sentía por ella!

Lila era su hija amada, significara lo que significara.

¿Cómo podía no haberse dado cuenta plenamente?

¿Y haber abandonado a Lila en las manos inconsecuentes de un padre incapaz de detectar, de oler y de localizar la profanación, *de albergar el mal*?

¿Qué había dicho Sharon al respecto?

¿Que la letrada Susane *se equivocaba de dirección*?

Se detuvo en seco, tratando de acordarse.

Los tobillos, los pies, helados por el aliento de la montaña, se le habían vuelto insensibles, mientras que le sudaba la frente, las mejillas, la nuca, bajo el efecto de un extraño suplicio.

Lo que temía la letrada Susane, la fuente de toda maldad, se había establecido transitoriamente en casa de Ralph y de Christine, había afirmado Sharon, y no en casa de la señora Principaux.

Algo así había dicho, sí.

¿Para engañarla?

¿Para despacharla a Port Louis y poder llevar tranquila, cotidianamente, a Lila a la guarida de la Principaux?

La letrada Susane, en su recelo, no llegaba a ese punto, aunque…

Retomó el camino de vuelta a su cuarto.

Con la cabeza a punto de estallarle, se tumbó en la cama, pensando únicamente en descansar, y en calentarse las pantorrillas y refrescarse la cara.

Abajo distinguía los ruidos tenues de la actividad de Christine, que había abierto la tienda y ya estaba sirviendo café a los habituales.

¡Cómo le gustaba de niña oír al señor y a la señora Susane atareándose discretamente para no despertarla, por la mañana, en la exigua cocina donde tomaban en silencio largos cafés muy cargados, y luego, a una hora muy precisa, calculada para que la letrada Susane pudiera descansar al máximo sin que luego tuvieran que meterle prisa

para no llegar tarde, uno de los dos entraba en su cuartito, le acariciaba la frente, fingiendo delicadamente que creía que aún estaba dormida!

La letrada Susane se despertó con las mejillas bañadas en lágrimas.

Había tenido un sueño triste, para su gran sorpresa.

Lo que no había previsto, en absoluto, era que se iba a quedar dormida.

Siempre le había perturbado la idea de que, durmiendo, pudiera tener pensamientos melancólicos, pero nunca sueños que le mostraran, aunque fuera por medio de innumerables carambolas mentales, lo que quería saber.

Había visto a sus padres, la casa de La Réole.

¿Por qué la nitidez de sus visiones nocturnas jamás alcanzaba a Principaux, a la casa de Caudéran?

Malhumorada, se levantó de la cama.

Encima había un papel, que hizo caer involuntariamente.

Bajó a toda prisa al colmado, descalza.

Christine acababa de cobrar a una clienta que le dirigió una mirada reprobatoria; ¿a santo de qué aparecía con su cara pasmada, sudorosa, su indomable pelo hirsuto?

No mucho más afable fue la actitud de Christine, cuyos rasgos parecieron impregnarse de un rígido, instintivo decoro en proporción inverso a la dejadez y a la vehemencia, al desaliño y al inquietante frenesí que creía observar, sin duda alguna, en la letrada Susane.

Esta se enderezó.

Hizo ademán de alisarse el pelo erizado, se lo acarició con una mano tranquilizadora; ¡aquel pelo tan feo que había dejado tan sumamente desolado a su padre!

—Gracias —dijo con una voz forzada—. Gracias de parte de Sharon, quiero decir.

—Muy bien —dijo Christine con un tono que significaba: No se hable más.

—¡Ah!

La letrada Susane, decepcionada pero terca y curiosa, levantó los brazos, abriendo las palmas, con una sonrisita testaruda.

Entonces Christine se enfureció:

—¡Ese papel no lo teníamos! —exclamó—. Ralph lo ha encontrado en algún sitio, le ha costado trabajo. Se ha despedido de su hermana y de los niños, no volverá a verlos nunca más, y si volviera a verlos, tampoco los reconocería y ellos no sentirían nada por él. Están muertos para su amor, para su ternura. Me ha preguntado si podíamos acordarnos de dónde estaba ese papel, encontrarlo o recuperarlo o

incluso hacer uno nuevo, y yo le he dicho que de acuerdo, que acabemos con esta historia. Sharon ya no nos pedirá nada más. Ya verá como se olvida por completo de nosotros ahora que ya no tiene ningún motivo para hablarnos. Ha conseguido lo que quería y no ha sido nada bonito. Nunca maldigo a nadie, por principio y por prudencia. Pero ese ridículo papel no le traerá nada bueno.

Christine, por pudor, se dio la vuelta para respirar hondo.

La carne arrugada de la nuca le temblaba.

—¿Ese papel —dijo la letrada Susane con dulzura— no estaba en la cómoda de su habitación?

Christine se volvió hacia ella.

—¡Para nada! ¡Jajá! No estaba en ninguna parte, Ralph ya ha sufrido más de la cuenta, ¡basta! Yo no digo: ¡Bendita Sharon! Que nos den las gracias a nosotros, que amamos lo que tenemos y no pretendemos tener lo que no nos ama. ¡Bendito sea Ralph el valeroso!

Aplaudió sus propias palabras con un aire de sarcasmo desesperado.

Sus manos palmoteaban la una contra la otra, furiosas, estrepitosas.

—Pero, entonces —susurró la letrada Susane—, ¿de dónde sale ese papel?

—¡De ninguna parte! —la regañó Christine—. Sharonsoñó, exigió, y ha sido recompensada. Yo no la hubiera gratificado con nada en absoluto, aparte de mi silencio. Pero Ralph la quiere, es su hermanita, a fin de cuentas, y se las ha arreglado para renovar ese maldito documento. Ella la ha mandado hasta aquí, Ralph le contesta, cede, también para que usted no haya venido en vano, porque él la respeta.

Al atardecer de aquel mismo día, la letrada Susane aguardaba en la acera el taxi que debía llevarla al aeropuerto.

Acababa de caer la noche, una noche suave, negra y tibia.

Con la maleta a los pies, la letrada Susane sujetaba firmemente entre los pechos la tira del bolso que llevaba en bandolera.

De la calle vacía, silenciosa, emanaba un vago hedor a leche agria.

Pero un fuego jubiloso ardía alegremente en el corazón de la letrada Susane.

¡Y qué contenta estaba de regresar a casa, en contra de sus expectativas!

Aunque el barrio estaba desierto y el aire inmóvil intensificaba el menor sonido, no vio venir el ataque.

De repente, el hombre se encontraba detrás de ella, no olía, no hacía ningún ruido.

La rodeó con los brazos, trató de arrojarla al suelo o más bien, como le dio la extraña sensación, de obligarla a deslizarse hasta el pavimento, con el propósito de inmovilizarla sin hacerle daño.

Le ceñía los hombros, intentaba doblegarla, y su forma de agarrarla, firme, convencida, era casi grata, como si —pensó confusa pero rápidamente la letrada Susane— él no dudara de su sumisión, como si no considerara necesario añadir a la inevitable molestia del asalto el mal gusto de la violencia.

¡Pero si yo no quiero que me venzan con elegancia!

El fuego áspero, salvaje y jovial que llameaba en el pecho de la letrada Susane se convirtió en una hoguera furiosa, alimentada solo por la rabia.

Se debatió, dio golpes, intentó morderle.

Sus dientes rozaron algo blando, irreconocible.

Mientras tanto, él permanecía mudo, robusto, casi condescendiente, y ella no lograba adivinar sus intenciones.

La letrada Susane se enardeció.

Aferró los brazos que la aprisionaban, arañó la piel desnuda y fría, tal vez gritara y maldijera, luego ya no se acordaría.

Entonces, dolorido pero en silencio, el hombre la soltó.

Con el pie que había llevado hacia atrás, ella le golpeó la rodilla.

Él dejó de luchar, sin quitarle los brazos de encima, con los que la estrechaba.

Ella lo notaba flácido y blando, como si estuviera satisfecho de no haberla sometido.

La letrada Susane le susurró, iracunda:

—¿Eres tú, Principaux? ¿Te llamas así?

Él seguía sujetándola.

De repente, se sentía débil, los brazos del hombre la sofocaban.

Habían derrochado vergüenza y pusilanimidad, pero también temeridad, aplomo, bravura.

—¿Cómo te llamas? —repitió, agotada—. ¿Principaux? ¿Quién eres para mí?

Él profirió una carcajada, sin maldad ni socarronería.

—¿Y tú? —musitó.

La soltó tan de improviso que a punto estuvo ella de caerse, pese a que la embestida la había dejado de pie.

Él se alejó corriendo a paso ligero, frívolo.

—¡Principaux, nunca te diré quién soy! —gritó la letrada Susane—. ¡Nunca jamás!, ¿me oyes?

Llegó el taxi, y, en el instante mismo de subir, todavía temblorosa, exaltada y convencida de su victoria, la letrada Susane constató que

ya no llevaba el bolso en bandolera.

Al cabo de unos días, una vez de regreso en Burdeos, el momento que tanto había temido fue muy distinto de lo que se había imaginado.

Cuando le confesó a Sharon que le habían robado el bolso y que dentro llevaba el certificado de matrimonio, esta no solo no se mostró perpleja ni afligida, sino que la propia letrada Susane experimentó una intensa sensación de haberse *quitado un lastre*.

Las dos se encontraban en la cocina, que Sharon había iluminado por completo.

La letrada Susane no podía evitar llevarse la mano a la frente.

¿No ve, Sharon, que prácticamente me ha desaparecido la cicatriz? Sharon, ¿de verdad no se había dado cuenta de hasta qué punto estaba sajada, rajada?

¡Qué frío hacía aún en Burdeos!

Los cristales estaban empañados por dentro.

—¿Cómo era el hombre que la agredió? —preguntó Sharon con un tono de interés educado.

En la embajada, le habían hecho la misma pregunta a la letrada Susane, que solo había podido contestar, lamentándolo, pero con franqueza y cierta incomodidad:

—No lo sé, no le vi la cara.

—¿Un hombre joven? ¿Un hombre maduro?

—No sabría decirlo.

Le contestó igual a Sharon:

—No le vi la cara.

Le pareció que Sharon no estaba descontenta de que el asunto se hubiera zanjado de ese modo.

—Lo siento muchísimo —empezó la letrada Susane.

—No tiene la más mínima importancia —la interrumpió Sharon.

—Sí, para su expediente.

—No lo creo, no, no se preocupe.

Sharon observaba a la letrada Susane con una gravedad perpleja.

—Rudy la librará de mi expediente, señora Susane. Él se encargará, será mejor para usted —le dijo despacio.

—¡Oh! —musitó la letrada Susane, a la vez atónita e inmensamente aliviada.

—De hecho, señora Susane…

—Sharon, llámeme H…

—De hecho, voy a dejar de trabajar en su casa. No es nada útil, ¿verdad? Mi presencia aquí.

A continuación, como tenía por costumbre, abandonó la estancia

bruscamente.

Eso no significaba, se permitía pensar la letrada Susane, que Sharon le reprochara algo, sino simplemente que, como no podía entender ni sus motivos ni sus propósitos, cosa que la ponía en un aprieto, prefería liberar a la letrada Susane de su presencia, en caso de que esta pudiera parecerle condenable.

Al día siguiente por la mañana, la letrada Susane se dirigía a grandes zancadas a su despacho cuando una mano delicada le agarró el codo.

Un viento desapacible silbaba en la calle.

El trayecto de un lugar a otro era pura grisura, apagado sufrimiento.

Pero aquel siniestro paseo no podía mermar el empuje, casi la euforia de la letrada Susane, como tampoco los dedos circunspectos de Gilles Principaux en su brazo.

—Precisamente iba a verla —dijo con una voz quejumbrosa—. ¿Dónde estaba? ¡No sabe la de veces que he ido a su despacho y usted nunca estaba!

—Aquí estoy de vuelta —dijo con vehemencia la letrada Susane.

—Veo que ya no cojea, eso está bien, me alegro por usted.

Se esforzaba por sonreírle cordialmente.

Pero su mirada continuaba siendo a la vez ausente y atormentada, indiferente a aquello en lo que se posaba: el rostro de la letrada Susane.

Tenía mala cara, los rasgos demacrados, el pelo un poco largo alrededor de las orejas.

No me interesas y ya no te temo. No me interesas, ya no me preocupa saber quién eres para mí. Ahora solo eres el marido de Marlyne, un tal Gilles Principaux del que únicamente debo saber lo que pueda resultarme útil para la defensa de tu mujer. Estás derrotado, he luchado, he triunfado, ya no me importas.

Había hablado calladamente, por eso Principaux no reaccionó.

—Además de no querer verme, Marlyne quiere divorciarse —le dijo entonces.

Su larga nariz había enrojecido a causa del viento destemplado.

Aunque la letrada Susane tiritaba de frío, no lo dejaba traslucir.

Allí estaba, frente a ella, Principaux: solo él, el marido de su clienta.

¡Tener la fuerza necesaria para decidirse!

Observaba su cara, afanándose para que esta le resultara extraña y ni uno solo de sus rasgos le recordara a nadie.

En el despacho, la letrada Susane escribió al cliente que quería cambiar de apellido.

En un paréntesis de un artículo antiquísimo sobre la trata negrera en Burdeos, había encontrado una mención a un personaje cuyo patronímico guardaba cierta semejanza con el de su cliente, aunque diferían dos consonantes y una vocal, cosa que, se permitía subrayar la letrada Susane en su correo electrónico, no autorizaba a conjeturar una verdadera relación de parentesco entre aquel individuo y su cliente.

Apenas hubo enviado el mensaje, le llegó la respuesta:

«¡Investigue, letrada, siga investigando, pero, antes que nada, gracias! Ya me siento ligado a ese N…, terriblemente. Algunas letras distintas no cambian nada, ya sabe usted que, antaño, la ortografía de los apellidos, en una misma familia, podía variar. Gracias, letrada. Jamás renunciaré a mi fe en la culpabilidad de todos los N… de esta ciudad».

A continuación, recibió la visita de una mujer de Bazas que, tras haber golpeado en la cara a un vecino y, a raíz de ese hecho, haber sido denunciada, instigó a la letrada Susane a reafirmarla en su convicción de que no habría podido actuar de ningún otro modo.

Porque todas las mañanas el vecino no recogía los excrementos de perro a posta, y no solo eso, sino que incluso dejaba que se ensuciara en ellos delante de la puerta de aquella mujer que había aguantado semejante faena durante largos años.

—Se me fue la mano, letrada, es normal, ¿verdad? Le di un puñetazo en la nariz, en su horrorosa napia arrogante. Todavía me duelen los dedos. Pero ¿qué iba a hacer?

Un domingo a mediodía, oscuro y frío, la letrada Susane estaba sentada en la cocina de sus padres, en su silla habitual.

Se sentía conmovida y desconcertada a la vez, como si una casualidad asombrosa, y no su voluntad o su deseo, la hubiera llevado a la casa de su infancia, hasta tal punto que apenas recordaba haber conducido su anticuado Twingo hasta La Réole. ¡Ay, qué brumosa y altanera se mostraba la vieja ciudad paralizada en pleno invierno!

Rudy y Lila, que habían llegado antes que ella y también estaban instalados en su asiento familiar, esperaban con zalameras manifestaciones de impaciencia glotona dirigidas a la señora Susane que esta sirviera el entrante, un surtido de patés y de salchichones.

La señora Susane estaba extraordinariamente arreglada, pizpireta, casi jovial.

En las orejas lucía las discretas perlas de su pedida de mano.

Y llevaba el pelo corto, poco espeso, recién teñido, pensó la letrada Susane, de un castaño cobrizo que no recordaba haberle visto nunca a su madre y que, cuando la señora Susane le había abierto la puerta, la había confundido: ¿quién era aquella señora?

De repente, la señora Susane levantó las manos de la tabla de cortar.

Las separó despacio del pecho, abriendo en corola los dedos, que le temblaban ligeramente.

—Hija mía, estoy tan contenta de que estés aquí —susurró.

Le brillaban los ojos.

El señor Susane, de pie a su lado, se apoyó con las dos manos en el respaldo de una silla.

Afectado, se chupeteaba el labio inferior mientras le iba echando ojeadas a la letrada Susane, disculpándose por semejante demostración de sentimientos.

—¡Todos estamos muy contentos, sí! —exclamó Rudy.

Se levantó de un brinco, abrazó a la señora Susane. Luego se inclinó y rodeó con los brazos los hombros de la letrada Susane.

—¿Qué tal, madrecita? —le susurró al oído.

Así acostumbraba a llamarla, enamorado y bromista, en la época de su relación.

Pero ¡menuda sorpresa se había llevado la letrada Susane cuando, al entrar en la cocina detrás de la señora del pelo castaño, había descubierto la presencia de Rudy y de Lila!

Rudy le había dado un beso en la boca.

Lila se había pegado a su pecho gimiendo de placer.

¿De qué infierno salimos?, se había preguntado la letrada Susane, desasosegada.

¿De qué batalla?

¿Y hemos vencido?

¿Quiénes somos, aquí mismo, los unos para los otros?

¿Quién es Lila para mí?

¿Una herida, una señal, una oportunidad?

¿Un Misterio?

Examinaba febrilmente el rostro de la niñita, mientras Rudy, como siempre había hecho —ganándose así, amablemente, de buena fe y sin condescendencia alguna, la devoción imperecedera de los Susane—, bromeaba con sus anfitriones.

—Desde luego, con esta comida no voy a recuperar la figura —fingía refunfuñar mientras olfateaba cómicamente los aromas grasos que exhalaba el horno.

—¡Tienes que recuperarte, pobrecito mío! —exclamó el señor

Susane.

—Es verdad, estás terriblemente flaco.

La señora Susane pellizcó la barriga plana, dura, atlética, de Rudy, se tomó la libertad de levantarle el jersey para tocarle la piel tibia, inocente, como hacen las madres o las suegras cariñosas, las esposas o las compañeras enamoradas.

En aquella diminuta cocina flotaba una alegría pura, pensó la letrada Susane con asombro.

Lila la miraba con un ademán falto de desolación.

Estaba relajada e impasible, satisfecha —¿en exceso?, se preguntó la letrada Susane.

En su expresión aparentemente confiada no había ni rastro de suplicio, de aturdimiento, de perjurio.

La letrada Susane le acarició el cuello, la parte de detrás de las orejas.

Lila ronroneó.

Pero ¿acaso sus enigmáticas esperanzas, sus impenetrables deseos, no le exigían dar la impresión de encontrarse bien de todas todas?

¿Y acaso Lila no había adoptado la costumbre —se preguntó la letrada Susane con cierta angustia— de mostrar una apariencia serena, para no preocupar a Rudy?

Le puso las manos en las mejillas.

El rostro de la niña era opaco, callado, impermeable a cualquier deseo de comprensión.

Sin embargo, nada más lejos de la intención de la letrada Susane que estropear la atmósfera cálida, alborozada, que delimitaba y ennoblecía la blanca luz de la lámpara de techo de opalina; nada más lejos, hasta el extremo de que ni siquiera hizo amago de retener la mano de la señora Susane cuando esta volvía a servirle a Lila otra ración de cada plato: embutidos, pierna de cordero al horno, gratinado delfinés, helados en cucurucho.

¿Por qué la atiborráis así? ¿No veis que tiene un problema de peso?

No dijo nada, sonriente y, a fin de cuentas, bastante feliz.

Cada vez que Lila y ella cruzaban las miradas, sus labios formaban silenciosamente estas palabras: He vuelto.

Tal vez Lila la comprendiera, desde el fondo de su corazón solitario.

Después del café, mientras los Susane acompañaban a Lila al antiguo cuarto de su hija para que echara la siesta, Rudy acercó su silla a la de la letrada Susane.

Le puso un brazo ligero, delicado, sobre los hombros y murmuró:

—La queremos tanto, tú y yo.

Señora presidenta, señoras y señores del jurado…

… Porque ¿qué sabemos de lo que ocurrió en aquella casa y de las tristezas, los temores, las acritudes, las aversiones y los rencores que ella conserva? La casa lo sabe todo y no se olvida de nada. Bajo la tortura de nuestros espíritus inquisidores, no siempre permanece callada. Hagamos hablar a la hermosa casa de Bouscat donde Marlyne, Gilles y Jason, John y Julia vivieron, digámoslo así, una vida plácida, de una felicidad corriente y dedicada vagamente a perpetuar las amarguras jamás expresadas…

… ¿Qué ocurrió en aquella casa? Unas alas inmensas la envolvieron, las tinieblas se cernieron sobre ella…

… Gilles Principaux abusa de la oscuridad, alimenta su obsesión, trabaja en su plan: que Marlyne esté rodeada de soledad…

… Que él sea el único adulto del entorno de Marlyne…

… Los niños no cuentan y su simpático papá les inspira un grandísimo terror…

… Un dios injusto y furibundo, de decisiones imprevisibles pero irrevocables…

… Los niños solo importan en vista de esta preocupación: que se haga el vacío en torno a Marlyne…

… No debe ser secuestrada, sino relegada, recluida por su propio jefe…

… No, para Gilles Principaux, los niños no cuentan. Tampoco cuentan para la casa cómplice, la casa que lo ve todo y nunca denuncia nada, la casa que no quiere a nadie pero que prefiere aliarse con el más poderoso de la vivienda… Sí, las casas son cobardes, las paredes no sueltan prenda. Sin embargo, a veces podemos obligarlas a testificar…

… ¿Quién es, pues, ese Principaux de múltiples nombres, ese ángel malvado del hogar?

… La casa confiesa hoy…

… Sí, señoras y señores del jurado, confiesa, la casa que colabora en los crímenes confiesa y dice: Fui el secuaz de aquel hombre…

… ¿Quién es, pues? Ahora creemos saberlo, pero nos preguntamos: ¿y si me equivoco?

MARIE NDIAYE

(Pithiviers, 1967) estudió linguïstica en la Sorbona y publicó su primer libro, *Quant au riche avenir*, a los diecisiete años. Autora de más de veinte novelas, es una de las escritoras más destacadas en lengua francesa, y una de las pocas dramaturgas vivas cuyas obras han sido incluidas en el repertorio de la Comédie Française. NDiaye ha obtenido los principales galardones de la literatura francesa: en 2001 ganó el Premio Femina por su novela *Rosie Carpe*, y en 2009 el Premio Goncourt por *Tres mujeres fuertes*; también ha sido honrada con el Premio Ulysse (2018) y el Premio Marguerite Yourcenar (2020) por el conjunto de su obra. Reparte su tiempo entre Berlín y el suroeste de Francia.

La letrada Susane, una abogada acostumbrada a llevar casos de perfil bajo, recibe un encargo inesperado, relacionado con un suceso que ha causado conmoción en Burdeos. Un hombre llamado Gilles Principaux le pide que asuma la defensa de su esposa Marlyne, una madre ejemplar que, sin motivo aparente, ha ahogado en la bañera a los tres hijos del matrimonio.

La letrada Susane será incapaz de tratar a Principaux como un cliente más, pues cree reconocer en él al chico al que amó locamente treinta y dos años atrás. Sin embargo, no logra recordar con nitidez qué sucedió en la habitación del adolescente. ¿Acaso abusó de ella, como sugiere su padre? La abogada se niega aceptar el papel de víctima, pero en su memoria tan solo subsiste la huella de una pasión cegadora, teñida de ambigüedad y confusión. ¿Quién es realmente Gilles Principaux? ¿El joven amante y el marido abnegado que vela

por su esposa infanticida? ¿El discreto opresor de la letrada Susane y de Marlyne? Una lógica indescifrable rige la vida de las mujeres de *Mía es la venganza*, incapaces de formular el origen de su malestar, pero guiadas por la voluntad de ser algo más que meras víctimas de sus circunstancias.

«Un absorbente thriller psicológico, una narración atmosférica en la que la amenaza se manifiesta sin ser visible —una proeza— y una gran novela social.»

Le Figaro Littéraire

NOTAS

[1] Referencia velada a *Under Milk Wood* (1954), conocida en castellano como *Bajo el bosque lácteo* o *Bajo el bosque de leche*, una obra de teatro escrita para la radio por Dylan Thomas. (*N. de la T.*)